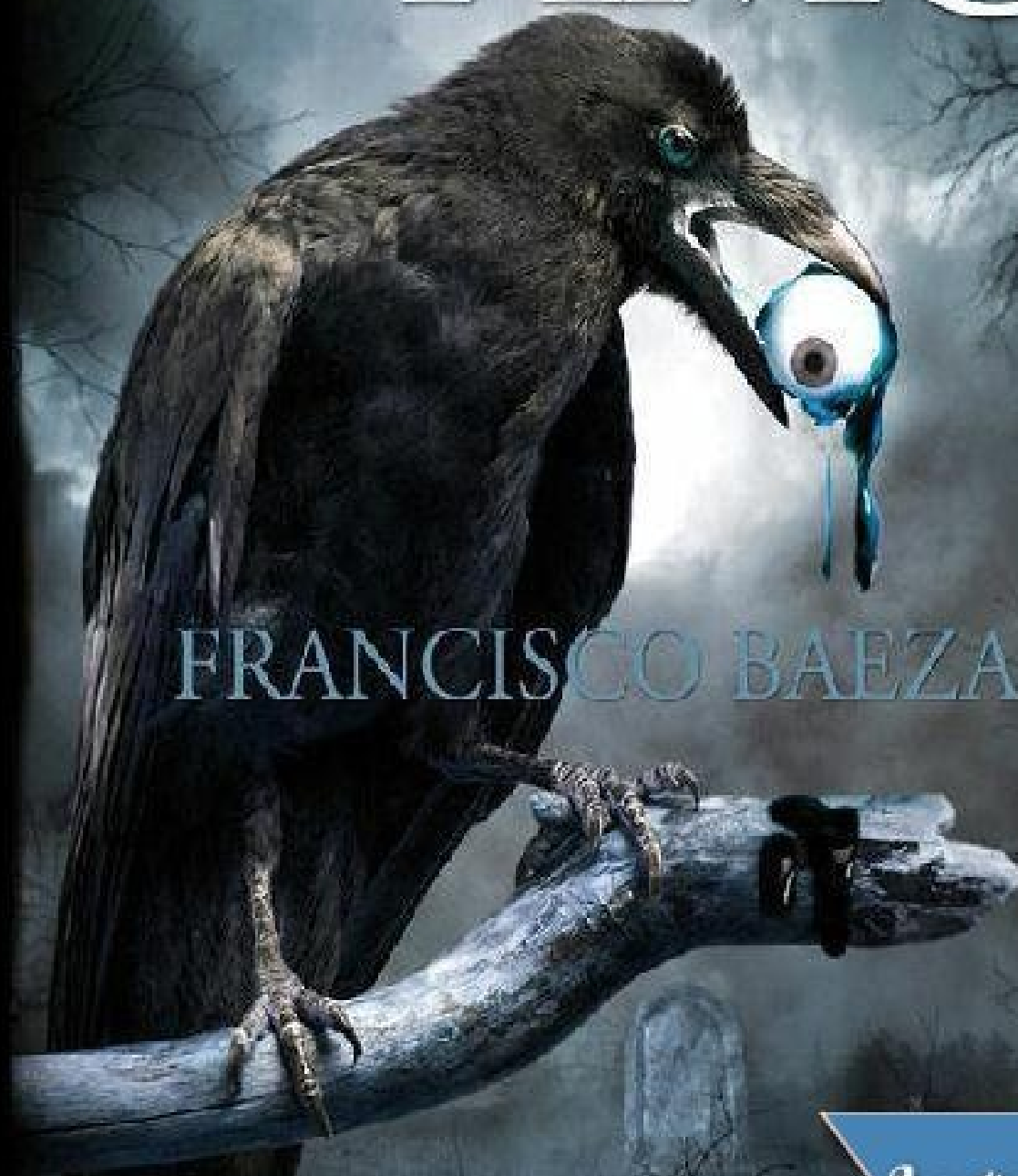


NI DIOS

No quieras conocer al vigilante del cementerio

NI AMO



FRANCISCO BAEZA

Lectulandia

Martín, un ciudadano corriente, despierta en el interior de un féretro. Todo indica que ha vuelto a nacer, pero en realidad... está muerto. Un extraño ángel, el vigilante del cementerio, le brindará información acerca de las preguntas que le atenazan. Y una nueva ¿vida? se desplegará ante él, plagada de situaciones que desconocía por completo. Pero nada es gratis, ni en la vida ni en la muerte. Martín deberá saldar su deuda asesinando a otro ser vivo...

Mediante una narración absorbente, Francisco Baeza despliega una trama de asesinatos y reencarnaciones, con situaciones sobrecogedoras. Ganadora del IV Premio de Literatura de Terror Villa de Maracena, Ni Dios ni amo es una indagación en el Mal a través de la experiencia de un hombre que se reencarna en el cuerpo de otras personas para vivir momentos estremecedores. Una obra insólita, que aúna terror, mitología y crítica social. El Jurado que la distinguió, entre más de cien novelas llegadas de distintos puntos del orbe, destacó entre otros su agilidad narrativa, la elaborada trama de suspense y la marcada originalidad en el tratamiento del mal, la vida y la muerte.

Lectulandia

Francisco Baeza

Ni Dios ni amo

ePUB v1.0

AlexAinhoa 18.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Ni Dios ni amo*

© Francisco Baeza, 2011.

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)

ePub base v2.1

*A mi pequeña Silvia,
que ha cambiado mi vida.*

A mi madre, que me la concedió.

A mi hijo Sergio, que todavía no sabe en qué mundo ha aterrizado.

A todos los que me han apoyado y zancadilleado a lo largo de estos años.

Unos y otros me han hecho así y han hecho posible esta novela.

Capítulo 1

Abrí los ojos en medio de una oscuridad densa y absoluta. Levanté el brazo derecho y tropezó con una superficie acolchada. Deslicé la mano y reconocí una trama interminable de montículos y depresiones. En esa dirección orienté la cabeza, pero continué sin poder ver nada. Creo que fue entonces cuando lo intuí. Dejé de respirar un par de segundos. Ningún sonido llegaba a mis oídos. Mis manos recorrieron lo que semejaba una estructura que me aprisionaba. Lo pensé y lo negué un par de veces, pero no había luz ni sonido, sólo una nada de color petróleo. En mi infancia despertaba por las noches en la oscuridad, pensando que me había vuelto ciego. Me levantaba de la cama y caminaba hasta el pasillo, hasta convencerme de que seguía conservando la vista. Después regresaba y dormía aliviado. Pero ésta era una clase de delirio diferente. Lancé mis manos a explorar en todas las direcciones y confirmaron mis peores sospechas. Me hallaba aprisionado en el interior de un ataúd. ¿Y qué hacía un feliz padre de familia en un ataúd? No recordaba haber muerto. En realidad, no recordaba nada. En condiciones normales me hallaría al borde del colapso cardíaco. Sin embargo, me encontraba tranquilo, sereno. Comprendí.

—Así que, ¿esto es la muerte?

Mi voz sonó apagada en la oscuridad. Me resultó profundamente extraño oírme a mí mismo. Había abierto los ojos y, sin embargo, la nada se dibujaba oscura, alquitrana. Conduje una mano a la cara y reconocí la geografía de mi rostro. No, no estaba muerto.

Siendo sólo un niño aquella clase de historias me habían aterrado. Pero nunca piensas ser la víctima de la pesadilla. Tenía cuarenta y dos años, una mujer preciosa y un niño que adoraba a su padre. En el trabajo me había ganado la confianza de mis superiores y recibía a diario la simpatía de mis compañeros. Pero todo ese laureado currículum carecía de valor en aquel lugar. Me hallaba encerrado en un ataúd funerario. Y estaba completamente solo. Palpé la superficie acolchada de nuevo y comprendí que no sería fácil, que no sería fácil morir de esa manera.

Durante años había confesado alguno de mis temores infantiles a mi esposa. «*Si algún día muero, quiero que me acompañe un hacha, en mi último viaje*». Y no, no corría sangre vikinga por mis venas, sólo pretendía librarme de una horrible muerte en el interior de un féretro. Conocía las leyendas populares —ése era quizá uno de los problemas—, los miles de individuos cuyos ataúdes habían amanecido en el pasado recorridos de arriba abajo por sus desesperados arañazos. No sabía realmente qué me había pasado, pero en ese momento no me preocupaba en absoluto mi salud. Flexioné las rodillas y, sí, ¡por Dios! llevaba mis mejores zapatos, los que sólo usaba en bodas y entierros. Me deslicé unos centímetros hacia abajo y descargué el primer golpe. Mi propósito era quebrar la caja allí donde debían reposar pacíficos mis pies. Descargué

un segundo golpe y un tercero. Estaba de acuerdo en dejarme la piel en el intento. Creo que por eso no me interrogué acerca de si tenía o no suficiente aire para respirar.

Descansé un poco. Comprobé el anillo que calzaba mi dedo corazón y no lo reconocí. Era una de mis pocas excentricidades. Había encargado una calavera de oro macizo que había adornado mi dedo corazón izquierdo durante los últimos siete años. Y en su lugar portaba una alianza de bisutería. Mi mujer había resuelto que el anillo le haría más falta a ella que a mí. No podía satisfacerme ese frío pragmatismo. Había hecho caso omiso de mi petición de dormir eternamente con un hacha de leñador. Y me había privado asimismo del objeto al que había estado más unido en vida. Siempre había sospechado que las voluntades del difunto nunca son respetadas si no se reflejan convenientemente en un documento notarial, pero no dejaba de constituir una traición. Furioso continué golpeando con los pies y, he de reconocerlo, sin aparentes progresos. Pero había visto ceder estructuras más compactas. Le perdonaba lo del anillo, pero la ausencia del hacha era una demostración fehaciente de que hablamos a la pareja y ésta nunca nos escucha. Sí, ahora podía imaginar perfectamente su conducta futura. Se liaría con otro hombre. Y en cuanto a mi hijo, era demasiado pequeño para recordar a su padre. Lo sustituiría por cualquier otro y seguiría adelante con su vida.

Esa rabia podría haberme abatido y, sin embargo, me proporcionó un combustible infinito. Todavía recordaba ese cuento de que las piernas poseen una energía difícil de agotar. Creo que había golpeado unas doscientas veces cuando sentí que la madera cedía. Descansé un poco y, de inmediato, reanudé la labor destructora. A la cuarta embestida de la nueva serie comprendí que lo estaba consiguiendo, que estaba salvado. Un par de descargas más y la madera crujió y se separó de los largueros del féretro.

Tal como había entrado en el cementerio, salí con los pies por delante. Pero la oscuridad permanecía envolviéndolo todo. Y sí, lo había visto en los entierros de mis familiares. Los operarios cerraban el nicho con una tapia de ladrillos. Nada que pudiera asustarme después de lo conseguido. El cemento aún estaba fresco. Y mi cuerpo se había bañado en un sudor frío. Si me hallaba acompañado de los restos de mi tío o de mi abuela no era algo que me preocupara. Yo estaba vivo. Y con idéntico método de derribo comencé a golpear el muro, con los pies, con mis mejores zapatos. Y a los diez o quince golpes, vislumbré, por fin, un débil reflejo lumínico. Era de noche, pero en mi interior brotaba una excitada primavera, el primer día de una nueva vida.

Sólo cuando salté al suelo desde la tercera hilada de nichos comencé a sentirme mal. Me arrodillé, miré a mi alrededor y lloré desconsoladamente. ¿Por qué me había correspondido vivir ese infierno?

Alcé la vista y el círculo lunar apareció redondo, blanco y majestuoso. Era un

maldito desagradecido. Apresuradamente di gracias a Dios, aunque en vida había sido un ateo declarado que jugaba a ridiculizar a la divinidad cristiana y a sus creyentes. Me puse en pie y contemplé el nicho perforado por la contundencia de mis golpes. Era un siniestro recuerdo con el que debería convivir durante años. Creo que fue en ese momento cuando miré las ropas que llevaba. Me habían vestido como un pingüino. Parecía ir o venir de una fiesta. Me sacudí los pantalones y la parte trasera de la chaqueta. Sonreí y, de inmediato, carcajeé. Volví a soltar unas lágrimas de puro nerviosismo. Una vez recuperado, inflé los pulmones y me sentí feliz por primera vez en mucho tiempo. Habría correteado por las calles del cementerio, habría brincado apoyando los zapatos en aquellas residencias individuales, pero me invadía un sentimiento de incertidumbre. Aún no había salido de esa prisión de cadáveres y cuerpos corruptos. Y no, no reconocí dónde me hallaba. Los cementerios eran espacios completamente ignorados por mí. Probablemente, porque desde mi niñez me había negado a despedir a nadie en su último viaje. Tomé una dirección que supuse me conduciría a la salida y desfiló ante mis ojos un interminable mosaico de nichos con fotografías amarillentas y flores secas. Los árboles se mecían de un lado a otro impulsados por el viento y sólo el cielo estrellado y la luna llena me ayudaban a mantener encendido el ánimo. Porque podría haberme quedado allí toda la noche y haber visto amanecer, el primer amanecer de una nueva era. Pero podía postergar ese placer unos días, me encontraba fatigado, sediento y hambriento. Y no, no pensaba morir esa noche. Había en mi actitud un ansia por hallar la salida y cerrar de manera definitiva ese macabro episodio. Un gato negro se cruzó en mi camino y maulló desconfiado. Era imposible que me trajera mala suerte, había vuelto a nacer.

Apresuré la marcha y en cinco minutos llegué cansado y sudoroso hasta la calle mayor del cementerio, la que atravesaban todos los visitantes, los vivos y los muertos. A ambos lados se erigían los monumentos funerarios de la burguesía local, con sus amenazantes ángeles alados y sus pétreas cruces. A cincuenta pasos divisé una luz artificial y me aproximé. Era el fulgor azulado de un televisor. Sí, el municipio había dotado una plaza de guarda del cementerio. Y el tipo parecía cumplir su horario escrupulosamente. A unos pocos metros de la puerta de aquella caseta edificada entre nichos y sepulturas me detuve. Sentí miedo de otro ser humano. Supuse que no reaccionaría bien ante la noticia de un resucitado. Me alejé sigilosamente por la izquierda, siguiendo la línea de nichos que se adosaban al muro exterior del cementerio, buscando una puerta secundaria. Tropecé con ella después de un interminable minuto. Era una puerta enrejada de unos cinco metros de altura, pareja al muro y, por tanto, difícil de sortear. Podría haber escalado, pero las puntiagudas flechas que la coronaban me hicieron desistir del intento. Debía probar suerte con el único ser humano vivo que se atrevía a consumir sus horas en ese lugar maldito. Y no dejaba de ser una apuesta arriesgada confiar en un individuo de la

misma especie.

Me aproximé de nuevo con sigilo, porque no pretendía darle un susto de muerte. Volví a observar el fulgor de la pantalla del televisor. Esperaba contemplar la elección de un consumidor analfabeto, de ésos que se aficianan a los aplausos coreografiados de un concurso para idiotas. En su lugar la pantalla emitía una película en blanco y negro en versión original y con subtítulos. Era una elección desconcertante, quizá más fruto de la programación de esas horas de la madrugada que de cualquier otra circunstancia. Imaginé, no obstante, que esa clase de puestos de trabajo no podía ser ocupada por ciudadanos normales, como mi mujer o como yo. Detrás de la puerta debía hallarse un intelectual camuflado, un marginado, en cualquier caso, un ser desequilibrado y frío. Resolví que era menos agresivo emprenderla a gritos desde fuera que golpear la puerta o, simplemente, empujarla.

—*¡Por favor, me puede ayudar! ¡Por favor, me puede ayudar!*

La puerta se abrió. Y lo que vi no me gustó. Era un anciano corpulento que había dejado crecer libre su barba canosa. Debía haberle despertado y amaneció ante mis ojos con una barra de acero entre las manos.

—¡Por favor, ayúdeme, no soy un delincuente, se lo aseguro!

—¿Quién es usted?

—Es difícil de explicar...

—Inténtelo.

Después de un vaso de agua le expliqué con toda clase de detalles mis últimas horas de vida. El hombre poseía una nariz inflamada como una hortaliza y unas orejas asnales y su dentadura habría merecido la fotografía científica de un odontólogo. Era un adefesio humano. Todo encajaba perfectamente. Esa era la única clase de individuos que podría haber aceptado el puesto. Tenía una edad en la que ya no perseguía a las mujeres y se había abandonado, como un enfermo mental que descuida su indumentaria y que vive en su mundo interior. Su mirada me infundía temor y la identifiqué con la de un esquizofrénico.

—Yo sólo quiero salir de aquí —le confesé cuando hube acabado el relato.

—Eso no es tan sencillo.

Me arrepentí de no haber escalado por la puerta de hierro. Ya me encontraría afuera celebrando mi nueva vida.

—¡Déjeme llamar a casa, por favor! ¡He de decirles que estoy vivo!

—No, llamaré a la policía. Es lo más adecuado.

Ni siquiera el estado ruinoso de su covacha me distrajo. Repasó una lista de nombres en un papel arrugado y señaló el mío con un dedo grueso y coloreado por la nicotina. Descolgó el auricular y habló con la policía. Y fue un diálogo poco convincente.

—¿Qué han dicho?

—Que puede marcharse. Mañana ha de pasar por la comisaría y arreglar unos papeles. No olvide hacerlo.

—Por supuesto que iré.

—Estoy seguro de que lo hará —afirmó el anciano con severidad antes de sonreír abiertamente.

Soltaban al pajarito de su jaula y era la segunda vez en esa misma noche en la que creía ver la luz celestial de la libertad. Abrió una primera puerta con llave. Y una segunda. Le estreché la mano agradecido y comencé a caminar con mi traje de fiesta.

—Adiós —pronuncié feliz.

Pero el empleado municipal no respondió. Miré distraídamente hacia atrás y no lo vi. Había cerrado la puerta y había regresado a su monótona existencia. Yo debía celebrar mi suerte. Hundí las manos en los bolsillos, las volví a sacar. Caminaba feliz como un niño, había vuelto a nacer. Caminaba hacia las luces de la ciudad, a casa o a cualquier otra parte.

El aparcamiento que rodeaba los muros de uno de los Cuatro cementerios de la ciudad era sombrío, casi aterrador, con sus grandes árboles ocultando el firmamento. Y, sin embargo, sólo podía contemplar lo positivo de mi liberación. Pensaba disfrutar, en adelante, de las pequeñas cosas que nos ofrece este mundo, del vuelo de un pájaro o del oleaje del mar, de los balbuceos de un niño o del cariño de una mujer a la que estaba dispuesto a perdonar. Me iba a olvidar durante un tiempo del trabajo en la oficina, del maldito dinero que lo pudre todo. Pensaba vivir y, ¿por qué no? podría tomar una nueva identidad y empezar una nueva vida en otro lugar, con otra familia. Sí, era una ocurrencia divertida, sumamente seductora.

Sólo que, al pasar junto a la puerta secundaria del cementerio, me giré de súbito y observé una escena que me dejó paralizado. El vigilante abrazaba los barrotes como un recluso sin perderme de vista. Había en sus labios algo semejante a una sonrisa, cierto es que las arrugas que surcaban su rostro me confundían.

—¿Qué hace? —le pregunté elevando la voz. Mi intención era permanecer a una distancia segura. Sospechar del desequilibrio mental en una profesión como la suya no era, en absoluto, descabellado. Pero deseaba despejar la incertidumbre de inmediato. El anciano se hallaba al otro lado de la puerta y, sin embargo, su presencia me resultaba amenazadora.

—Le observo.

Supe en aquel momento que nada era lo que parecía. Ni él ni yo mismo. Porque, en condiciones normales, yo habría salido corriendo, pisoteando desesperadamente mi supuesta virilidad. Pero me aproximé con una cierta cautela. E insisto, era un comportamiento poco habitual en mí, adoctrinado por mis progenitores y por mi experiencia personal en evitar toda clase de peligros potenciales. Era la misma sensación que había experimentado unos minutos antes. Desde el momento que había

despertado en el interior del féretro me embargaba una serenidad glacial, contraria a la irritabilidad que me había sacudido durante los últimos meses.

—Dime, resucitado, ¿qué es lo que crees realmente que pasa aquí?

Me molestó el apelativo empleado. Pero yo era uno de esos tipos apocados, corteses hasta el extremo, un número que viajaba de casa al trabajo y del trabajo a casa, un ser básicamente débil, pusilánime, alguien incapaz de iniciar una pelea o de contestar a una provocación.

—No me entiendes, ¿verdad?

No, no le entendía en absoluto. Desde hacía veinte minutos aproximadamente, había concluido que el viejo estaba completamente loco. Y era normal pensar que el tipo se hubiera trastornado como consecuencia del puesto de trabajo que ocupaba.

—No, no le entiendo.

—Es comprensible. Hace apenas una hora dormías el sueño eterno. Y ahora, mírate...

Incliné la cabeza y me miré de abajo arriba como un estúpido. Sí, todo era muy extraño, pero había logrado salir del ataúd y eso era lo que realmente importaba.

—... Reconoce que es una historia increíble —el vigilante dejó reposar los antebrazos sobre uno de los travesaños del enrejado. Sus manos gesticulaban libremente a través de los barrotes negros. Sí, resultaba extraño lo que veía. Y quizá mucho más, lo que contaba el anciano—. En primer lugar, te dan por muerto tus familiares, los médicos forenses y los empleados de la funeraria. Después, tú despiertas en el interior de un ataúd. Y sin aparentes esfuerzos, logras escapar de tu jaula y me haces una visita.

—¿Qué insinúa?

—¡Joder, está muy claro!

Me incomodó la palabra que encabezaba la exclamación. Realmente me sentía un poco raro. Y el empleo de esa contundente expresión confirmaba que me hallaba ante una incertidumbre no resuelta.

—No me gustan los acertijos —le repliqué contrariado.

—A mí, en cambio, me apasionan. Será porque tengo todo el tiempo del mundo... —sonrió estúpidamente, como si hubiera un público a quien mostrarse—. Quiero, no obstante, que llegues a la conclusión por ti mismo.

—Ya le he dicho que no me gustan esta clase de juegos. Será mejor que me vaya.

—Allí donde vas no encontrarás la respuesta.

Todos buscamos respuestas. Pero los míos no eran interrogantes retóricos. ¿Había resucitado o, simplemente, había despertado de un ataque epiléptico? Y, sí, no me había detenido a meditar sobre la torpeza del ser humano. Curiosamente todos me habían dado por muerto. Es decir, todos se equivocaban y yo era el único que acertaba. Esa circunstancia no había tenido lugar nunca en mi anterior vida. En mi

más absoluta intimidad consideraba que me había equivocado en todo, en la elección del coche, de la casa o de la mujer. Era un balance negativo, claramente deficitario. Y que ahora precisamente fuera yo quien tuviera la razón y la verdad me producía escalofríos.

—Haz un último esfuerzo. Si esto es un cementerio, tú estás...

¿Muerto? Una corriente eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies y me erizó la piel. Era imposible. Estaba sudando, en realidad, bañado en un sudor frío. Y el vello de los brazos se había electrificado.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lamento contrariarte, pero ésa es precisamente la única explicación lógica.

—Dime, entonces, ¿por qué respiro, por qué estamos hablando, por qué puedo caminar?

—No puedo ni debo explicártelo todo.

He de reconocerlo, la explicación más plausible era mi propia muerte, pero eso es siempre lo último en lo que pensamos. Y, Dios, si estaba muerto, ¿por qué tenía tantas dudas y preguntas? Resultaba inverosímil considerar que mi familia hubiera permitido enterrarme vivo. Y, además, la burocracia de las modernas democracias exigía la certificación de un médico forense y la manipulación de los empleados de la empresa funeraria. Era imposible que tantos profesionales no se hubieran dado cuenta del error.

—Dime sólo una cosa: si yo estoy muerto, ¿quién eres tú?

—Eso no importa realmente.

Sí importaba, de hecho me pareció esencial, pero el vigilante dio media vuelta con ánimo de regresar a su puesto. Había demasiados interrogantes que formular y empujé la pesada puerta que daba acceso al interior del recinto. Cedió lentamente y seguí sus pasos, como el niño que escolta a su maestro. Miré hacia atrás con inquietud, había dejado la puerta abierta. Era un comportamiento natural. Y una cuestión de seguridad. Vacilé en regresar y cerrarla. Pero no, estaba mucho mejor así. Mi acompañante no había prestado atención a esa circunstancia y proseguía su camino. Y yo le imité.

Volvimos a ocupar los asientos en torno a la mesa cubierta de mugre. El televisor seguía escupiendo imágenes. Esta vez chicas en bikini, una playa soleada y azul, sonrisas de juventud, cabelleras agitadas por la brisa. Me sentí muy alejado de ese universo publicitario, mucho más que de costumbre.

—¿Estoy muerto?

En vida me había hecho esa misma pregunta una docena de veces, quizá sólo como un ejercicio de filosofía existencial. Ahora, sin embargo, nada parecía importar. El anciano se mecía en la silla esperando que yo hablara. Y yo sólo demandaba un rotundo monosílabo.

—¿Te tranquilizaría saberlo?

—Sí.

—En eso no te puedo engañar. Algunos lo llaman *pasar a mejor vida*, otros *dar el pasaporte, diñarla, palmarla, joderla...*

—¡Basta, por favor!

Me llevé las manos a la cabeza y oculté mi rostro de su cínica mirada. Era el compañero de viaje que nunca habría escogido libremente.

Sí, debía estar muerto, y era una noticia sobrecogedora. En realidad, no era el de antes. Me llevé la mano derecha al corazón y no percibí la taquicardia que cabría esperar. En realidad, no detecté ningún latido.

—¿No imaginé que esto fuera así?

—¿Y cómo es? —preguntó curioso mi interlocutor.

—No lo sé, sigo confuso. ¿Todos pasan por aquí, por esto mismo?

—No, sólo los que tienen cuentas pendientes.

—¿Y cuáles son las mías?

Mi acompañante ignoró la pregunta y se encendió un cigarrillo.

—Entonces, ¿eres una especie de ángel?

—Sí, se puede decir así. No es inexacto en absoluto.

—¿Por qué yo?

—Ya te he respondido.

—¿Y ahora?

—¿Qué quieres hacer?

—Si es verdad que he muerto, me gustaría volver a vivir una nueva vida. O, al menos, querría despedirme de mi mujer y de mi hijo. ¿Es posible?

—Todo es posible. Pero quizá no te guste lo que veas.

—¿Qué debo hacer?

El vigilante mostró solemne la palma de su mano derecha. Sobre las grietas surcadas en su piel había dos pastillas, una de color blanco, otra de color negro.

—¿Qué significa esto?

—Los dos caminos de la naturaleza humana. Con la blanca podrás visitar a tu familia por última vez. ¿Y con la negra?

—No me corresponde a mí explicarlo todo. Mañana debes estar de regreso y yo estaré esperándote. Yo te proporciono algo ahora, tú me proporcionarás algo mañana.

—Sí, claro, todo parece muy razonable —ironicé con voz marchita.

Era una propuesta material incongruente para un cadáver y, sin embargo, tomé la pastilla blanca y la introduje en la boca. Quería salir de allí como fuera.

No tardé en encaminarme fuera del cementerio. Y volví a sentirme estúpidamente feliz. Debía ser el primer tipo a quien le comunicaban que había muerto y se sentía feliz. El viejo me acompañó a la salida y repitió el ceremonial. Abrió una primera

puerta y una segunda. Esta vez no le estreché la mano. Volví sobre mis pasos anteriores. El aparcamiento desierto, los árboles en movimiento, la noche cerrada. Miré inquieto hacia atrás y escupí la pastilla. Habría hecho cualquier cosa por salir de allí. Pasé junto a la monumental puerta de forja y le dediqué una mirada de curiosidad. Permanecía abierta. Y ahora entendía por qué. ¿O no? Porque si yo podía alejarme libremente y visitar a mis parientes, en condición de qué lo hacía, ¿cómo muerto o como vivo? Seguí caminando con las manos hundidas en los bolsillos, como en la primera ocasión, pero algo más escéptico, invadido por una amarga confusión. Si estaba muerto, había llegado ese día que todos tememos. Y en la escuela no se enseñaba qué es lo que se debía hacer, si tomar la pastilla blanca o la negra. En realidad, la resolución de ese dilema no me preocupaba, me inquietaba pensar que nada sería como antes, que empezaba una nueva vida, o, simplemente, algo nuevo. Me crucé con un par de automóviles y me tranquilicé un poco. Miré instintivamente el reloj que llevaba en la muñeca, pero no funcionaba. ¿Era un estúpido simbolismo o tenía que agradecer algo más a mi mujer? No, mi propósito en ese momento no era odiar, lo cierto es que caminaba a su encuentro.

Pero, ¿qué estaba insinuando? ¿Realmente creía que estaba muerto? Sí, era bastante extraordinario haber despertado en un ataúd, pero las autoridades burocráticas y sanitarias cometían esa clase de errores, y aún mayores. ¿Y el empleado del cementerio? La conclusión psiquiátrica era contundente: estaba completamente loco, desquiciado por un trabajo y un horario mezquinos.

Las calles de la ciudad que me había visto nacer no habían cambiado. Había llovido y se respiraba una envolvente humedad. Debía ser las diez o las once de la noche. Los vehículos transitaban veloces, espoleados por la urgencia de los conductores por llegar a casa. No sé por qué recordé que las oficinas de la empresa quedaban cerca. Tenía tiempo y, realmente, no sabía muy bien en qué emplearlo. Pasé por delante del edificio. Las nuestras eran la primera y la segunda planta. ¿*Las nuestras*? Si en vida ésa había constituido una posesión ficticia, ¿qué podía significar en mi nuevo estado? Intuí que la experiencia vivida cambiaría profundamente mi relación con el trabajo. Las luces permanecían encendidas. Y apostaba mi cuello a que Máximo y Aurelio seguían trabajando delante del ordenador, labrándose un futuro, o lo que es lo mismo, cavándose una sepultura adecuada a sus dimensiones.

Me alejé escupiendo, pensando en lo absurdo de la naturaleza humana. Empecinada en acumular riqueza, preferentemente, para otros seres que no la merecían. No, no pensaba regresar a ese estado de servidumbre. Pero era tarde para convertirse al comunismo. Yo había sido como ellos toda mi vida. Nada que objetar, por tanto. Excepto que no volvería a hacerlo. ¿O sí?

Los honrados ciudadanos se habían refugiado en sus casas, acompañados de la programación televisiva nocturna. A esas horas sólo los perros paseaban a sus amos.

Y yo era de esa clase de excéntricos a los que se evita mirar directamente a los ojos, un tipo vestido para un funeral, para su propio entierro. Me sentía como uno de esos comerciales que se ponen la corbata a las nueve de la mañana y no se la quitan hasta las tres de la madrugada en la habitación de un burdel. Nadie reparó en mí, ni en el incómodo traje de pingüino. Lo atribuí a la falta de comunicación en las grandes ciudades. O quizá esos tipos no podían verme y sólo era un fantasma. Tenía demasiado frío para pensar que no era de carne y hueso. Además, cuando la vejiga amenazó con reventar, me alivié en una esquina sin pensármelo dos veces. Caminé durante media hora. El barrio no había cambiado, pero yo sí. Dudaba que fuera una buena idea aparecer en casa y matar a todos de un susto. Qué debía hacer, presentarme a mi mujer y decirle: *Cariño, he de darte una noticia. Ayer estaba muerto. ¡Hoy estoy vivo!* No, meditaría la mejor manera de explicar esa insólita situación. Creo que por eso me quedé allí, paralizado, frente al número once de aquella calle donde fracasaban todos los locales comerciales que lo intentaban. Esperaría al día siguiente.

Observé las luces del comedor cómo se apagaban. Y cinco minutos después, las del dormitorio. Raquel debía sentirse apenada por mi marcha. Yo apenas había rebasado los cuarenta y era comprensible que mi mujer no aceptara fácilmente mi ausencia. Examiné el resto del edificio y sólo detecté normalidad, una normalidad burguesa que escondía el dolor que sufrían una joven viuda y su hijo. Me maldije por mi mala suerte y por mi cobardía y caminé sin rumbo. ¿Qué debía hacer? ¿Regresar con el vigilante del cementerio? No, prefería esperar acontecimientos. Me aflojé el nudo de la corbata y me senté en el banco de un parque. Estaba húmedo, pero no me importó. Ni a mí ni al vagabundo que había cubierto su cuerpo con papel de periódico. La muerte ayuda a relativizar las incomodidades. Me sentía fatigado, desconcertado por los acontecimientos vividos. ¿Vividos? No, no tenía la absoluta certeza acerca de nada. Me subí el cuello de la chaqueta y cerré los ojos.

Capítulo 2

Me desperté faltó de aire. Me moví inquieto de un lado a otro de la cama y la sensación de asfixia desapareció. Todo había sido una maldita pesadilla. Abrí los ojos y observé a la criatura que respiraba a mi lado. Era una mujer de apenas treinta años, de cabellera rubia ondulada y boca grande. Dormía como un ángel. Levanté la sábana movido por la curiosidad y confirmé mi sospecha. Se hallaba desnuda. Y su cuerpo era un regalo de los dioses. Volví a cubrirla y en ese instante despertó. Abrió los ojos, unos ojos azules coronados por unas largas pestañas, probablemente postizas.

—Hola, cariño —alcanzó a decir.

Yo no respondí, me limité a seguir examinando mi suerte. Había pasado una mala noche, probablemente la peor de mi vida, apenas recordaba algo.

Pero el felino que había compartido mi aliento se había alzado sobre mí y descargaba su cuerpo sobre el mío. Era, lo reconozco, una propuesta poco común. En realidad, no quise interrogarme. Ella me quitó el pantalón del pijama y acarició todo mi cuerpo con sus pechos, de la cabeza a los pies. En unos pocos segundos se llevó el pene a la boca. Y después se subió a horcajadas sobre él y me hizo el amor como nadie antes había hecho. Danzó sobre mi apéndice poseída por un desinterés de misionero africano, entregada por entero a mi placer. Yo me limité a conducir las manos a sus pechos de diosa y a sentir los calambres eléctricos que la recorrían internamente. Creo que nunca había producido tanto placer a una hembra. La eyacuación fue un gramo de heroína inyectado en mi tronco venoso.

Caí de nuevo abatido sobre la almohada, narcotizado por el semen evacuado. Ella desapareció y yo me apropié del lecho que había sido testigo del más dulce despertar de toda mi existencia.

A los diez minutos regresé a la realidad. Abrí de nuevo los ojos y me sentí profundamente aliviado. Sólo que yo no sabía quién era realmente esa mujer. Y ni siquiera dónde me hallaba. Era una habitación espaciosa, de paredes blancas y mobiliario distinguido. Alguien se duchaba detrás de una puerta cerrada. Me incorporé desnudo y dirigí una mirada de comprobación a mi pene. No lo reconocí. Era absurdo. Podía aceptar el hecho de haber dormido en una cama ajena y haber mantenido sexo con una desconocida, pero esto de no identificar el propio pene era algo más incoherente. Pasé delante de un espejo y comprendí. En realidad, regresé de inmediato a la ventana cuadrangular y me examiné de nuevo. Tampoco reconocía a quien se reflejaba en el vidrio opaco. Hasta esa noche creía haber poseído más cabello en la cabeza, y un cuerpo fibroso y joven. Sin embargo, frente a mis ojos se erigía una anatomía desproporcionada y anciana. Esa mañana era un barrigudo cubierto de vello cano y sostenido por dos delgadas piernas. Medía un poco más, casi uno ochenta y debía pesar más de cien kilos. ¿Qué significaba todo esto?

La puerta del cuarto de baño se abrió. Una inofensiva nube de vapor escapó del recinto cercado hacia el dormitorio. La joven rubia envolvía su cuerpo en una toalla. Al verme sonrió y la dejó caer en el suelo. Era todo lo que se le podía pedir a una hembra, juventud y una completa sumisión sexual. Sé que las feministas me habrían empalado, pero en esa relación yo no acertaba a distinguir quién era realmente era el esclavo y quién era el amo. Ella me cogió de la mano y me condujo hasta la ducha. Volví a tomar su cuerpo bajo una lluvia de agua cálida y me sentí como un adolescente que ve realizadas, por fin, sus fantasías.

Me dejó solo. Y no sé realmente cuánto tiempo permanecí en la ducha. Me propuse cerrar el grifo y salir en un par de ocasiones. Pero en mi cabeza no bullía ningún imperativo horario ni urgencia. Tenía todo el tiempo del mundo.

—Cariño, me voy a la clase de tenis —anunció mi compañera.

Sus palabras me sobresaltaron. Conocía mucho mejor su cuerpo que su voz. La puerta se cerró y decidí que tenía que salir y aclarar algunas cosas.

Catando regresé al dormitorio la rubia se había evaporado. ¿Quién era realmente yo? Volví al espejo y sí, no cabía duda de que me hallaba encerrado en un cuerpo de casi sesenta años. Pero, ¿por qué afirmaba eso? Quizá porque recordaba a la mujer con la que me había casado, Raquel, y a mi hijo, Carlos. Y, especialmente, porque unas pocas horas antes, había amanecido en el interior de un féretro. ¿O no era yo? Resultaba increíble, absurdo, propio de una patología mental o de una intoxicación con barbitúricos.

Abrí el armario y no reconocí el vestuario. Podría ser Alzheimer. Era una explicación plausible. Había un par de ridículos pantalones a cuadros, de ésos empleados en la práctica del golf. En el fondo del armario se hallaba depositada una bolsa con palos. Sí, estaba seguro de que no eran míos. Ignoraba con qué palo debía salir o con cuál golpear corto. Yo siempre había detestado cualquier forma de deporte y, en especial, el golf. Y, sin embargo, me vestí con urgencia con aquellas prendas, porque tenía que saber dónde me había metido o quién era y las preguntas formuladas por un individuo desnudo no encuentran habitualmente la clase de respuestas esperadas.

El dormitorio se hallaba en la primera planta. Descendí por una amplia escalera de caracol mientras me ajustaba los botones de la camisa. Al llegar abajo miré a izquierda y a derecha, alarmado por un zumbido de actividad. Era la servidumbre. Porque el gordo panzudo y barrigón, además de una hembra hermosa y complaciente, poseía un par de empleados a su servicio.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —respondí mecánicamente. No les recordaba en absoluto, ambos debían constituir sin duda un feliz matrimonio de sirvientes. Ella era filipina, como él. Ambos menudos, pero proporcionados. Se movían con soltura disponiéndolo todo

en una mesa ovalada. El criado me mostró cuál era mi sitio y me senté. Frente a mis ojos se extendía una bella área ajardinada.

—¿Café?

—No, zumo de naranja, por favor.

—¿Cómo prefiere los huevos esta mañana?

—Fritos, gracias, y con una guarnición de patatas. Y un poco de beicon. Por cierto —vacilé un poco, porque no recordaba o no sabía su nombre—, ¿me estoy tomando en estos momentos alguna clase de medicación?

—El señor la toma antes de las comidas.

—¿Y para qué es?

—Para el corazón, creo.

Me llevé la mano al pecho y sentí un latido firme y regular.

—¿No hay televisor en esta casa?

Siempre me había desayunado, comido y cenado frente a las noticias del informativo. Al menos, eso era lo que creía recordar.

—Señor, usted dispuso que el aparato de televisión permaneciera en la biblioteca.

—No importa lo que dije, quiero ver las noticias. Traed el televisor.

—Pero, señor...

Su mujer me sirvió los huevos con beicon y desapareció del salón. Aproveché su ausencia para olfatear el guiso como un niño. Normalmente me comportaba como un tipo conservador en la mesa y me inclinaba hacia una alimentación saludable, pero intuía que mi nueva situación se hallaba por encima de ese primitivo condicionante. Los sirvientes transportaron el enorme televisor con dificultad e iniciaron las labores de instalación. Yo me hallaba distraído, alternando la visión del succulento plato que devoraba con el complaciente verde del jardín exterior.

El informativo de la cadena pública anunciaba los actos a los que asistirían los miembros del gobierno, el tiempo meteorológico y los últimos accidentes de automóvil.

—¿Quiere algo más, señor?

—Quiero repetir.

En unos minutos regresó con un segundo plato de huevos con beicon, quizá mejores que los primeros. Creo que deseaba apagar ese cerebro que me atormentaba con pensamientos absurdos, con sucesos extraños, casi sobrenaturales. Despertar en un ataúd, conversar con el empleado del cementerio, habitar una casa que no me resultaba familiar.

Algo hinchado por la acelerada ingestión, eructé libremente. Y el joven matrimonio de criados se retiró a la cocina murmurando. Si persistían en esa desafiante actitud, los despediría en unos días. Era evidente que yo era el dueño de la casa y que había sufrido alguna clase de alucinación. O de envenenamiento. Nada

podía descartarse para el pequeño cesar en el que me había convertido. Salí al jardín. Y como un imán me atrajo la piscina que no había podido contemplar desde el salón comedor. Me aproximé curioso y paseé por las dovelas de cerámica que trazaban su diseño ondulado y sinuoso. Finalmente me agaché y hundí la mano en el agua. Conservaba una temperatura agradable, extraordinariamente cálida. No me lo pensé dos veces y comencé a quitarme la ropa. La diligente criada salió entonces por la puerta y me lanzó tina mirada de extrañeza. Yo la comprendía. Los ricos acostumbran a levantar opulentas residencias que no aprovechan. Yo debía haber actuado sujeto a ese código hasta ese momento, pero esa mañana me sentía diferente. Me impulsé desde el trampolín y me zambullí en el agua desnudo. Buceando me sentí de nuevo en el útero de Madre. Fue un abrazo cálido, acuoso y orgánico. Miré hacia arriba y logré distinguir el sol elevándose majestuoso. Habría permanecido el resto del día bajo aquellas aguas estancadas, pero me asfixiaba y aleteé mis pies suavemente hasta ascender y sacar la cabeza a la superficie. Recorrí la piscina un par de veces y me sentí exhausto.

—¿Se encuentra bien el señor?

El marido de la excelente cocinera se había acercado hasta mi posición con un albornoz y unas toallas. Mientras dejaba cubrir mi desnudez por el sirviente, intuí una mirada maliciosa a mi espalda. Me giré y contemplé a un tipo joven y fornido, el prototipo de semental que debería estar al lado de una mujer joven y rica. ¿Era ese individuo con el que me traicionaba mi mujer?

—¿Quién es éste?

—Es el jardinero, señor.

Llevaba impresa a fuego una sonrisa en el rostro. Su piel, bronceada por el trabajo al aire libre, y sus musculosos brazos debían volver loca a cualquier hembra. Yo era tan distinto, tan viejo.

—Buenos días, señor —me dijo respetuoso, pero armado con la perenne sonrisa que me habría complacido borrar de un puñetazo.

—Dígale que siga trabajando —me limité a murmurar al criado, el cual abandonó mi espalda y se dirigió a su posición. Entré en la casa, complacido por las comodidades de mi paraíso doméstico. Debía haber trabajado duro para conseguir esa casa y ese nivel de vida, pero no recordaba nada. Todo estaba confuso. Y así debía permanecer.

En el dormitorio escogí un pantalón y una camisa diferentes. Me había propuesto explorar el resto de la mansión. Estaba seguro de que no había visto todavía todos los juguetes a mi alcance. Volví a pasar delante del espejo. Y esta vez aprobé mi aspecto. Había escogido una chaqueta de color marfil, unos zapatos de piel que parecían nuevos y unos finos pantalones que permitían pensar que caminaba desnudo y libre. Observé sobre la cómoda una cánula de vidrio y una cajita de plata. Cocaína. Sí,

ahora sí me reconocía. Esnifé por las dos fosas nasales con violencia. Contemplé satisfecho el polvo blanco que atesoraba. Me guardé el recipiente en el bolsillo de la chaqueta. Quizá la necesitaría más tarde.

En el salón comedor los dos criados se esforzaban en trasladar el televisor a su primitiva ubicación. Respiré profundamente y contuve la irritación. Tenía las narices impregnadas de cocaína.

—¡Dejad el televisor donde está! —exclamé con firmeza—. A partir de ahora quiero que ése sea su lugar.

—Pero, señor, eso no le gustará a la señora —respondió el criado fingiendo preocupación.

—Lo hablaré con ella después. Ahora, acompáñame.

Salimos por la puerta, pero yo me detuve. Y él se detuvo a mi lado. Resultaba un poco embarazoso confesarle que no sabía dónde estaban las llaves del coche. En el hipotético caso de que poseyera alguno.

—Acompáñame al garaje —le ordené secamente.

Ante mi pasividad, mi joven amigo oriental me precedió. Nos tropezamos de nuevo con el jardinero, pero esquivé su mirada. Era un insolente que parecía saber más de lo que aparentaba.

Por una vereda de piedras construida entre los setos llegamos a una espaciosa construcción. Mi acompañante orientó el mando a distancia que había sacado del bolsillo y una enorme puerta se plegó hacia arriba.

—¿Qué coche quiere conducir hoy?

Había una furgoneta —probablemente la del servicio—, un Ferrari, un Mercedes y un todoterreno. Me sentía como un nuevo rico, como un niño estúpido colmado de juguetes.

—Quiero el Ferrari.

Nos internamos en el garaje y el criado descolgó el llavero correspondiente y lo puso en mi mano derecha. Yo sólo tenía ojos para contemplar el fuselaje de esos aviones con apariencia de automóviles. El escogido era de un hermoso color rojo sangre, en agudo contraste con el gris plata de la berlina alemana y el azul cielo del todoterreno.

—¿Regresará para comer?

—Supongo que sí.

Cerré la puerta del descapotable y dejé pasar unos segundos hasta encender el motor. Tenía que familiarizarme con la instrumentación. El criado no había desaparecido todavía de mi lado y se inclinó para consultarme:

—¿Desea algo en especial para comer?

El motor rugía como un león herido. Aceleré un par de veces a fondo. Me comportaba groseramente, dejando manifestarse a ese ser irrespetuoso que todos

escondemos dentro. Mientras el asiático movía los labios y repetía su interrogante, yo sonreía como un idiota.

—No lo sé, ya te llamaré luego.

Desplacé el vehículo unos metros. Y volví a sentirme observado. Era el jardinero. Debía odiarme a muerte por mi fortuna. ¿Qué extraño azar me convertía a mí en un dios y a él en un proletario? Aceleré ruidosamente y me detuve junto a la puerta, que había iniciado su rutina de apertura. Miré hacia atrás y contemplé la casa con la que había soñado toda mi vida. ¿Quién era realmente yo?

Capítulo 3

No regresé para comer. Ni tuve la cortesía de avisar. Ignoraba el número de teléfono de mi residencia. Y ésa era una circunstancia que me hacía pensar en el rápido deterioro de mi salud mental. Había encontrado una tarjeta de crédito en el bolsillo y había comido en la playa, solo, atendido por una cohorte de serviciales camareros. Debía ser una jornada laborable, de ésas que dejan desiertas las playas, los parques y los monumentos.

Acabé de comer y el disco solar se tiñó de naranja y comenzó a descender sobre el horizonte del mar. Paseé en solitario, sintiéndome dueño de una playa infinita. Me crucé con un par de ancianos que corrían en chándal y con una adolescente que paseaba a su perro. Sin embargo, me sentía algo preocupado por mi laguna de memoria. ¿Qué me pasaba? ¿Quién era yo? Recordaba nítidamente lo sucedido la noche anterior, pero me negaba a aceptarlo como algo verídico. Había otros recuerdos, una mujer, un niño de nueve años, el trabajo en una oficina. Debía ser la vejez, la enfermedad o la muerte, el trío de razones que empujaron a Buda a descubrir el mundo real. No, debía ser la falta de riego sanguíneo. Y, sí, yo era el príncipe Siddharta y todo lo que pudiera ocurrir al otro lado de los muros de palacio carecía de importancia. Quizá era el recuerdo de otra vida, un suceso de reencarnación y de trasmigración de almas. Sí, eso tenía más sentido. Aunque yo nunca había creído en esa clase de supersticiones. Sólo había entendido un lenguaje, el del dinero, aunque no recordaba haber poseído tanto como en ese momento acumulaba. Me senté en la arena, junto a la orilla. El atardecer era un espectáculo soberbio y resultaba estúpido que el ser humano se empeñara en vivir y trabajar encerrado entre cuatro paredes. ¿Cuántos seres humanos habían disfrutado del nacimiento o del ocaso de un día? Yo conocía a pocos. Saqué de nuevo la pitillera de plata y esnifé cocaína sobre la palma de mi mano izquierda.

Había oscurecido y, lo reconozco, me costó encontrar de nuevo la casa. Debía padecer una forma aguda de demencia senil. Y me preocupaba, por supuesto. Al día siguiente visitaría al mejor médico de la ciudad. Porque vivía al lado de una gran ciudad, ¿no?

—Señor, la señora ha llamado por teléfono y ha dicho que no le espere para cenar.

En el dormitorio escogí una ropa más cómoda, una bata y unas zapatillas de fieltro. No olvidé la pitillera y volví a aspirar un poco de polvo.

Bajé las escaleras, entré en el comedor y celebré que el televisor me recibiera con la fanfarria musical del informativo de las nueve.

—¿Qué desea esta noche?

—¿Qué había para este mediodía?

—Pato asado a las finas hierbas. Y podemos prepararle una ensalada cesar, como

otras noches ha tomado.

—Me parece bien. Sírvemelo todo, no soy un desalmado que desperdicia comida.

El comentario debió sorprender al sirviente, pero como era un ser discreto y cauteloso, calló y siguió su camino. Me quedé solo frente a las noticias. Un atentado palestino en Israel, síntomas de recesión económica, aumento de la población inmigrante. Continué masticando plácidamente, deglutiendo información y saboreando la crujiente rebanada de pan con tomate y aceite. No recordaba un estado de felicidad material semejante. ¿Qué clase de vida había vivido hasta ese momento?

De repente observé a través del ventanal una sonrisa de marfil. Había oscurecido, pero las luces del jardín permitieron identificar al intruso. Era de nuevo el jardinero, que se aproximaba por la vereda que conducía a la puerta principal de la casa. Cruzó el umbral y se presentó en el comedor sin pronunciar una sola palabra, armado únicamente con una estúpida sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté bruscamente.

No respondió. Se movió de un lado a otro del comedor, curioseando los objetos, sin apenas prestarles atención. Se puso delante de la pantalla y me miró divertido.

—¡No puedo ver! ¡Apártate! —le grité.

Se desplazó hasta el mueble bar y fisgoneó las botellas.

—¡Qué bien viven los ricos! —exclamó burlonamente.

Si no me equivoco, has finalizado tu jornada laboral, ¿verdad? Será mejor que te vayas a tu casa. ¿O quieres perder tu empleo?

—¿Es una amenaza, patrón?

—Por supuesto que lo es.

El jardinero no abrió la boca, tan solo sonrió levemente.

¿Acaso era el amante de mi mujer y yo lo ignoraba? O era algo mucho más grave, ¿era mi amante homosexual el tipo que se paseaba delante de mis narices? Irradiaba seguridad o, más bien, descaro e insolencia. ¿Quién era el amo y quién era el esclavo en esas cuatro paredes?

—¿Puedo sentarme?

—No, estoy cenando. ¿No lo ves?

Me desafiaba abiertamente, sin perder su maldita mueca de felicidad. Se sentó, se acercó la bandeja del asado y picoteó con los dedos. De inmediato se sirvió un cubierto y comenzó a masticar con complacencia.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Olvidas pronto, Martín... —alcanzó a decir con la boca llena.

—¿Qué debo recordar? Lo siento, pero no le conozco.

—Soy su jardinero. Nos hemos visto esta mañana.

—Eso ya lo sé, pero yo no le conozco a usted.

—En realidad, tú no te conoces ni a ti mismo, ¿verdad? Es un curioso fenómeno.

Desde esta mañana exactamente no le reconoces en ese cuerpo, ¿cierto?

El criado filipino acudió al comedor atraído por la conversación. Dirigió una mirada escrutadora al jardinero y se aproximó desafiante hasta su posición.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿No lo ves? el señor me ha invitado a cenar. Es muy amable de su parte. Por cierto, trae un poco de vino.

Levanté la cabeza. La había hundido ligeramente en el plato. Las palabras del jardinero me habían hecho pensar de nuevo en lo que había experimentado desde el principio del día: me sentía extraño en ese cuerpo y en esa casa.

—Sí, por favor, traiga lo que ha pedido y déjenos solos —insistí con amabilidad.

El jardinero siguió comiendo con voracidad. Yo no le quitaba la vista de encima. ¿Quién era él? ¿Y quién era yo?

—¿Qué quieres? —volví a formular en tono imperativo.

—Sólo soy un comerciante —dijo secándose los labios con mi servilleta—. Presto mis servicios y exijo una contraprestación.

—No te entiendo, ¿quién eres?

—Soy el mismo con el que hablaste ayer.

—Lo de ayer sólo fue un sueño. Mejor dicho, una pesadilla.

—Créeme, no conseguirás nada engañándote a ti mismo. Y vas a gastar una fortuna en psiquiatras —elevó la copa de vino y la vació de un trago mientras alzaba la mano derecha solicitando que no le interrumpiera—. Sigues preguntándote qué haces metido en ese cuerpo de viejo. Es fácil, anoche formulaste el deseo de volver a vivir, de despedirte de tu familia. Pero creo que no has aprovechado muy bien el tiempo.

—Yo no tengo familia.

—El cuerpo que ocupas boy no tiene familia, es cierto, sólo una zorrita que se casó por dinero y que quiere heredar todo esto. Folla bien la tía, ¿verdad?

Me levanté de la mesa, insatisfecho por las explicaciones que recibía del desconocido.

—Pareces saberlo todo. ¿Quién soy yo, en realidad? —le pregunté finalmente.

—Tú eres Martín Martínez. Anoche despertaste en un ataúd...

—¡Ésa es una maldita fantasía! —le interrumpí colérico.

—Lamento contradecirte, querido.

Cerré los ojos y conduje las manos a las sienes. Tanta confusión amenazaba con hacerme estallar la cabeza.

—Siéntate, tu cuerpo actual es débil. Está enfermo.

—¿Qué significa esto?

—Significa que tenemos un acuerdo. Te concedí la posibilidad de despedirte de tu familia. Tú, en cambio, has preferido echar dos polvos y jugar con un Ferrari.

—No entiendo nada.

—Lo intentaré de nuevo. Has muerto y has resucitado en ese cuerpo fantástico que ahora ocupas. Querías despedirte de tu familia. Yo te proporcioné el medio y aquí estás. Ahora debes cumplir con tu parte del trato.

—No recuerdo ningún trato.

—Vamos a dar un paseo. Lo entenderás todo perfectamente.

Acudimos al garaje y el jardinero se puso al volante del Mercedes. Quince minutos después detuvo el vehículo junto a las instalaciones portuarias de una urbe que aparecía iluminada a varios kilómetros de distancia. A un lado una inmensa montaña de contenedores, al otro la ciudad que me había visto nacer. Pero ni siquiera esa familiar circunstancia me tranquilizó. El jardinero se encendió un cigarrillo.

—Tú, si quieres, puedes hacerte otra rayita.

No le respondí. No podía explicarme qué clase de poderoso influjo ejercía sobre mí. Era una combinación de respeto y de temor las que me impedían acabar con esa comedia.

—De acuerdo, yo estoy muerto, recuerdo perfectamente lo del ataúd y haber vivido otra vida, junto a una esposa y a un hijo, pero, ¿quién eres tú? Ayer me dijiste que eras un ángel.

—Es cierto.

—¿Cuál es tu nombre?

Tengo muchos, pero algunos no se atreven siquiera a mencionarme. Suelo despertar temor entre los hombres. ¿Ya has adivinado quién soy?

Creo que no hay muchas opciones. De todos modos, ¿cómo debo llamarte?

Llámame como quieras.

Te llamaré Lobo, porque me recuerdas más a un demonio que a un ángel. No me gusta Lobo.

—Está bien, Lobo —repliqué con arrogancia. ¿Qué más podía pasarme si era irrespetuoso con ese híbrido de hombre y demonio que tenía delante? Porque era evidente que el hijo de Dios no me había concedido una feliz resurrección en el cuerpo de un tipo gordo y rico para que pudiera copular con una hembra voluptuosa y comer hasta reventar. Probablemente, porque ni el padre ni el hijo habían existido jamás.

—Si no eres un ángel de Dios, sólo puedes ser el Diablo.

—No soy partidario de simplificar, ésa es una práctica humana. Puedes considerar simplemente que soy el vigilante del cementerio.

—¿Y qué buscas en mí?

—Lo mismo que busco en el resto de los hombres.

—¿Su alma? —pregunté con la ingenuidad de un periodista idiota.

—¿Alma? —repitió con solemnidad mientras exhalaba el humo del cigarrillo—.

Alma es un término excesivo, teñido de una espiritualidad mojigata, católica. ¿Un tipo que trabaja catorce horas al día, folla como un animal y odia a muerte al resto de sus congéneres, tiene alma?

Abrió la puerta del automóvil y se encendió un segundo cigarrillo. Yo le imité y me aproximé a él.

—Dime, ¿por qué en este cuerpo?

—Es sencillo, empleo cuerpos de individuos que van a morir.

—Entonces, ¿voy a morir por segunda vez?

—Esta noche echarás un polvo con tu mujer y morirás durmiendo, pero sólo es un cuerpo, un cadáver más de una montaña de cadáveres. Te preocupas demasiado, Martín. Si permaneces a mi lado, pongo a tu alcance la vida eterna.

—No te creo.

—Es natural, pero volvamos al principio de nuestra conversación. Ayer llegamos a un acuerdo...

—¡No es cierto! —protesté irritado.

—Hay muchas formas de entender un vínculo. Evoqué el momento en el que escogí la pastilla blanca y la ingerí.

—¡No tragué la pastilla, la escupí después!

—Ese es un simbolismo de estos tiempos. Pura estética consumista. Escogiste la opción de vivir otra vida y ahora debes abonar los servicios prestados.

—¡Estás loco!

Me alejé corriendo, pensando que si huía podría evitar volver a vivir de nuevo la pesadilla. Me interné en el bosque de contenedores y me escondí detrás de una muralla de metal, pero de pronto unas luces me cegaron. Llegó conduciendo el coche, sin perder en ningún momento la perpetua y estúpida sonrisa del cuerpo que había tomado prestado. Podría haber echado a correr, pero nada parecía tener sentido. Me empujó contra el contenedor cubierto de herrumbre y me acorraló.

—Martín, escúchame, no voy a pedir que reniegues de tu dios, porque, en realidad, tú nunca has creído en nada, sólo te acordabas de Dios cuando te sentías enfermo. Y ni siquiera eso. Últimamente confiabas mucho más en los fármacos que te recetaba el médico de la empresa...

—¿Adonde me conduce esto? —pregunté a manera de conclusión.

—Es sencillo. Por cada día que un retornado consume en la Tierra debe asesinar a otro ser. No has de temer nada, estás muerto y gozas de una absoluta impunidad. Eres libre para cometer toda clase de crímenes.

—¿Quieres decir que he de asesinar a alguien si quiero ver mañana a mi mujer y a mi hijo?

—Exacto. Me debes una vida. Es justo, una vida, una muerte. Eso te concederá un día más en la Tierra, un solo día. Mañana deberás entregarme a otra persona.

—Quieres convertirme en un asesino. ¿Con qué objeto?

—Ninguno en particular. ¡Ahora sube al coche!

Le obedecí. Me hallaba abatido ante mi futuro inmediato. Todo podía ser una maldita pesadilla, pero ya no estaba seguro de nada. Arrancó el motor y cruzamos uno de los doce puentes de la ciudad. Llegamos a un barrio degradado, deteriorado por la ambición de los especuladores.

—Hazme caso, hazte una raya —me aconsejó Lobo en tono amable. Y yo me sometí de nuevo a sus sugerencias, porque si en esa representación él interpretaba el papel del padre, yo debía ser el hijo obediente y descerebrado—. Un poco más... —insistió mi compañero—. ¡Y ahora bebe todo lo que puedas!

Había sacado de la guantera una botella de whisky y la vacié en la garganta. Los ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas. Le miré excitado de repente. Había hallado una salida a ese infierno.

—¿Qué pasaría si no cumpliera el contrato? ¿Y si no quiero matar a nadie? ¿Qué me puedes hacer a mí si yo estoy muerto?

—Haré desaparecer a toda tu familia de la faz de la tierra, ¿te gusta el tono épico de las Escrituras? Lo siento, la cita no es mía. Tu hermana, tus padres, tu mujer, tu hijo, tus amigos...

—No te creo.

Me puso en la mano un revólver plateado y señaló con su dedo índice un bulto negro acomodado en un callejón.

—¿Ves a ese tipo? Te lo estoy poniendo fácil, sólo es un marginado y un borracho. Mátalo y te dejaré en paz hasta mañana.

—¡No puede ser cierto!

—Pero lo es. Deja de pensar en ti mismo y piensa en tu familia. Ahora acércate a ese vagabundo y mátalos. Hazle un favor a la sociedad.

Me aproximé a esa mancha anónima en la oscuridad.

Era un pobre tipo cubierto de mantas que apoyaba la cabeza sobre una bolsa de deportes y que dormía junto a una botella vacía de vino.

—¡Eh, viejo! —le grité excitado por el alcohol y la coca.

Sus ojos se abrieron y yo le descargué tres balas en el cráneo.

Capítulo 4

Me asfixiaba y me incorporé sobre la cama. Estornudé un par de veces y maldije al dios de los cristianos. Hay peores maneras de despertarse, lo reconozco, ésa sólo era una de ellas. Miré a mi alrededor. Y lo primero que vi fueron unos zapatos sucios y deteriorados. Y se hallaban en mis pies. En realidad, estaba completamente vestido. ¿Qué clase de ser humano era si había dormido en esas condiciones? Frente a la cama un armario ropero se inclinaba a un lado encorvado por el peso de los años, la persiana permanecía completamente bajada y una banqueta de piel sintética y una silla completaban el mobiliario de la pieza. Me limpié las narices en la sábana, crucé las manos detrás de la nuca y miré hipnotizado el techo esperando una señal.

De repente, escuché voces. «*Papá, papá, ¿dónde estás?*». Era la voz de un niño. De mi hijo. Casi un susurro. Y provenía de algún rincón de la casa. Me puse en pie. Y observé que la llamada desesperada de Carlos se apagaba. Busqué su origen. No tenía sentido mirar en el ropero-ataúd. Salí al pasillo y escudriñé en la primera habitación. «*Papá, papá, ¿dónde estás?*». En lugar de mi hijo encontré a un anciano atado a la cama con correas:

—¡Por fin has venido! ¡Te estaba esperando! ¡Quiero comer! ¡Dame agua!

Le miré extrañado y vacilé en encender la luz. Toda la casa se hallaba a oscuras, almacenando polvo, gérmenes y enfermedad. Salí del dormitorio y avancé por el pasillo. Abrí una puerta cerrada. Era el cuarto de baño.

—¡Nunca llamas al entrar, hijo mío!

Si yo era su hijo, ella era mi madre, una vieja con el cabello de color ceniza y un ojo cubierto por un parche de gasa blanca. En la penumbra pude distinguir claramente su rostro agrietado por la vejez. Y a su lado, unas muletas.

—¡Ayúdame, venga, ayúdame!

Sí, mi amigo el vigilante jugaba conmigo de nuevo. Debía ser divertido ser un dios o un demonio, pero yo sólo era un hombre. ¿O algo menos que eso?

Me introduje en la pieza dispuesto a ayudar a mi madre adoptiva, pero yo tenía mis propias ideas de cómo deben hacerse las cosas. Presioné el interruptor, pero la luz no se encendió.

—Sabes perfectamente que no hay luz, hijo.

Una vivienda sin luz eléctrica. ¿En qué clase de cueva había despertado? Inspiré profundamente e insistí en serenarme. Me situé cerca de la anciana y ella descargó todo su cuerpo sobre el mío. Esa sencilla operación me fatigó. La mujer recuperó sus muletas y avanzó torpemente delante de mí. ¿En qué clase de cuerpo me hallaba? Porque el gordo y rico debía haber muerto. ¿Y ahora? Aprovechando la soledad de la pieza me precipité hacia el espejo, porque era la única manera de adivinar las facciones de mi rostro. Salí de allí disgustado, porque sólo era una caricatura humana

de lo que había sido. Era calvo, narigudo y bajito. La barba había crecido salvaje en una o dos semanas y apenas levantaba ciento setenta centímetros del suelo. No, el hijo de esa madre no era un individuo preocupado por su aspecto externo. Era un tipo que se había abandonado, que probablemente pasaba por una etapa de autodestrucción, de crisis. Yo llegaba, pues, en el mejor momento. Realmente, en el último.

Regrese al dormitorio y busqué en los cajones. Sólo quería un poco de dinero y largarme de esa casa. La voz de mi hijo ya no me susurraba en el oído y no tenía ningún sentido permanecer en esa madriguera de clase baja. Abrí la puerta del armario y encontré una chaqueta envuelta en un protector plástico. Debió haberla llevado en alguna boda o funeral y serviría. Me quedaba con todo lo demás, incluso con las gafas metálicas que casi había aplastado. Registré los bolsillos del pantalón y tropecé con las llaves de la casa. Pero necesitaba dinero y me puse a registrarlo todo de nuevo.

—¡Felipe, hijo, ven aquí!

La anciana me llamaba, pero no pensaba atenderla. Lo aceptaba como una malintencionada burla del destino, pero no pensaba mover un músculo en ese hogar desintegrado. Llegué al salón comedor. Y en esa pieza maloliente la mujer consumía sus horas, echada en una tumbona playera acolchada. El televisor no funcionaba. Y eso sí constituía un síntoma de desidia preocupante.

—Enciéndeme la radio, hijo.

Lo hice, claro que lo hice. Era preferible a seguir escuchándola.

—Ahora ve a la habitación de tu padre y ponle el plato.

No, querida madre adoptiva, ese juego no iba conmigo, no había eclosionado de un ataúd como una crisálida para acabar en ese infierno. Abrí los cajones del mueble del televisor.

—¿Qué buscas?

—Dinero.

—No sé dónde puede haber. ¡Estás muy raro hoy!

En la cocina se apilaba una montaña de platos, cacerolas y sartenes mugrientos. Era difícil de creer que alguien en su sano juicio cocinara o comiera en aquella pocilga. En la despensa hallé la respuesta: decenas de paquetes de bollería y zumos de frutas mantenían a aquellos monstruos con vida. Proseguí la búsqueda sin éxito.

—Dame las pastillas, hijo.

La concentración de polvo y ácaros excedía de cualquier norma sanitaria imaginable. Volví a estornudar. Yo sólo quería abandonar esas cuatro paredes, pero mi único propósito consistía en llenarme los bolsillos con algunos billetes. Entré, por fin, en la habitación de mi segundo padre.

—¡Ponle el plato, que va a reventar! —insistió la vieja desde el comedor.

Su voz cascada acabó desapareciendo y sólo escuché el monótono zumbido de la emisora de onda media. Me introduje con sigilo, con la esperanza de que el inválido, preso en su lecho, se hubiera dormido.

Error.

—¡Quiero comer, hijo! ¡Dame de comer y de beber! —gritó con desesperación—. Yo te alimenté cuando no teníamos nada...

Seguía sin tener nada. Y sí, la pobreza siempre me ha espantado. Deseaba escapar de allí, pero la falta de resultados positivos me condujo hasta una de las dos mesitas de noche que crecían a ambos lados de la cama. Me había internado en una espesa oscuridad y apenas distinguía nada.

—Hijo, dame de comer, te lo suplico. ¡Me queréis matar de hambre, tú y tu madre! ¡Esa bruja, esa maldita bruja!

Con ese acompañamiento musical aceleré el procedimiento de búsqueda y encontré, por fin, unos billetes atrapados en una libreta de ahorros. Los cogí y desaparecí del dormitorio. Solté un bufido de alivio, pero no estaba solo. Madre se aproximaba por el pasillo cargada con sus muletas. Era un desplazamiento torpe, lento y dificultoso, pero podía adivinar que llegaría hasta mi posición y que gritaría lo que acostumbraba a gritar a su verdadero hijo. La perspectiva de enfrentarme a aquella mujer enferma no dejaba muchas alternativas. Tomé el camino contrario. Tenía que ser la salida.

—¿Adónde vas? ¿Le has puesto el plato a tu padre?

Hallé la puerta de la vivienda enfrente de mí y supliqué a todos los dioses que se hallara abierta. Resultaba incongruente cerrar con llave semejante hogar. Unos ladrones desalmados habrían proporcionado la verdadera liberación a esos miserables. Pero yo no había aterrizado en ese día ni en ese lugar para practicar obras de caridad.

—Hijo, ¿adónde vas?

El lento progreso de la anciana continuaba. El impacto del extremo de las muletas en el suelo se me clavaba en el cerebro como un agujón. Empujé el tirador hacia la izquierda y lo encontré atrancado. La vieja venía detrás, avanzando como un autómatas. Recordé que tenía las llaves en el bolsillo. Miré hacia atrás y observé su mezquino rostro maquillado de sombras, retrato inigualable de la vejez y de la enfermedad. Esa casa era un gran sarcófago y yo sólo quería salir. Tomé aire de nuevo para llevar un poco de cordura a mi cerebro. Y con la segunda llave pude girar la cerradura y abrir la puerta.

—¿Adónde vas? Dime a dónde vas...

Probablemente yo no había oído a mi hijo Carlos, sino a un viejo enloquecido por la falta de luz solar. Descansé la espalda en la puerta cerrada, arriesgándome a que la anciana la abriera y me cogiera del pescuezo. Me incorporé y golpeé el interruptor de

la escalera. Recibí con alivio la mortecina luz del rellano y bajé las escaleras rápidamente. Olía a humedad, a construcción en declive, a infierno.

En la calle me recibió un tropel de escolares inmigrantes. Ansiaban convertirse en ciudadanos occidentales, soñaban con enriquecerse como los padres de sus compañeros blancos. Yo no sé si estaba de acuerdo, su juventud simplemente me deslumbró y me pareció un suceso maravilloso, un rayo de vida. Como la fuerte intensidad de la luz solar. Era un día espléndido, primaveral. Al menos a ese lado de la puerta. Esos malditos ancianos podían pudrirse en su cueva, tenían mi permiso. Y su hijo, es decir, yo mismo, pronto iba a conocer la definitiva liberación de su esclavitud.

Debía buscar a mi esposa y a mi hijo, no sabía realmente con qué objeto, pero debía hacerlo. Tomé un café con leche en el primer bar que encontré y juraría que mi chaqueta azul marino me proporcionaba un cierto grado de respetabilidad. En realidad, debieron pensar que la había robado, que sólo era un infeliz, un pobre diablo que había huido de la casa de sus padres. Pedí que me cambiaran un billete en monedas y descolgué el auricular del teléfono.

Marqué el número y esperé un par de tonos.

—Sí, dígame.

Enmudecí, no dije nada, permanecí callado como un estúpido. Era Raquel, mi mujer. Su voz no había cambiado. Colgué de inmediato. Me golpeé la frente reprochándome mi error infantil. Mi voz debía ser diferente, como lo era mi cuerpo. Volví a marcar el número.

—Sí, dígame.

—Sólo quiero hacerle una encuesta. ¿Tiene cinco minutos?

—Lo siento, no puede ser, me resulta imposible atenderle en este momento.

No se despidió, colgó directamente. Y no sabía cómo evaluar su comportamiento. ¿Era el propio de una viuda compungida por el dolor? Regresé junto al café con leche y pedí un cruasán. Podía presentarme en casa y captar su atención desvelando alguno de los secretos que nos unían. En realidad, teníamos pocos, nuestra vida en común había sido más bien vacía. Después del niño todo había cambiado, nos habíamos distanciado y apenas hacíamos el amor. Frente a la sociedad fingíamos ser una pareja corriente, unida por el oportuno nacimiento de un cachorro. Creo que en ese momento me abandonó el deseo de abrazarla, de besarla, de confesarle mi amor eterno. En vida no me había complacido nunca mentir. Y ahora no sentía deseos de cambiar.

De nuevo en la calle me crucé con centenares de rostros, todos diferentes, la mayoría arrugados por el ansia de las prisas o por una náusea interior. Las amas de casa gruesas y feas, los adolescentes enardecidos por las hormonas, los ancianos que esperaban la muerte. La población activa adulta viajaba en automóvil a toda

velocidad, incorporados a una corriente de metal y vidrio que había dejado de tener sentido para mis ojos.

Registré la chaqueta y hallé un puñado de arroz en los bolsillos. Y unas gafas de sol. Me las puse, porque era preferible contemplar la realidad en blanco y negro.

Al menos sabía en qué parte de la ciudad me hallaba, junto a un emblemático hospital privado que había hecho un gran negocio de la enfermedad y de la muerte. De eso podía hablar yo un poco, pero sólo un poco.

Un autobús municipal cargado de ancianos y de africanos vendedores de baratijas me condujo hasta la otra orilla del río. Lo reconozco, llevábamos a mi hijo a un colegio privado. Era algo que iba en contra de mis principios, pero mi único deseo era que aprendiera inglés y que pudiera ganarse la vida en este país o en cualquier otro. Me adherí como un arácnido a la verja de alambre y fui testigo de dos clases consecutivas de gimnasia. En la segunda pude ver a mi hijo dándole patadas a un balón. Estúpido, ¿verdad? Un padre reciente no necesita mucho más.

El niño comía en el colegio y no salía hasta las cinco. Pregunté la hora a un barrendero. Era el momento adecuado para comer y esperarle con el estómago lleno. Entré en un restaurante chino y me; esforcé en pronunciar claramente que tomaría el menú del día. No tenía mucho más dinero en el bolsillo y no quería matar a nadie por un plato de chop-suey. Porque, sí, por supuesto que lo recordaba todo. La noche anterior había acabado con la vida de un infeliz. Y era evidente que, si no estaba viviendo un sueño, esa noche volvería irremediablemente a matar. Nada tenía mucho sentido. Probablemente estaba volviéndome loco.

El infortunio me acompañaba ese día. Al contrario de mis previsiones, el local se llenó de un público hambriento. Yo era el único que proclamaba abiertamente su soledad y me sentí observado. Los camareros asiáticos apartaron a un lado su habitual servilismo y me trataron como a un imbécil. No sé cómo comía el propietario original de mi cuerpo, pero yo masticaba lentamente, casi rumiaba, todos y cada uno de los bocados. Debía hacer tiempo. No quería exponerme al sol con la panza llena de tallarines.

Mis compatriotas vivos tampoco me obsequiaron con la deseable indiferencia, optaron por examinarme, por hacer brotar risillas nerviosas en sus respectivas mesas, por despreciar mi calvicie, mi chaqueta de boda con los bolsillos llenos de arroz. Tampoco fue un ejemplo de discreción abandonar el local en último lugar. Me despedí de los asiáticos, pero nadie me respondió. Y os aseguro que habría pagado mi deuda con Lobo en ese momento, si hubiera tenido en la mano un revólver. Definitivamente, no era un ejercicio tan estúpido abandonar este mundo y no regresar jamás.

Volví a apostarme en el enrejado de alambre. Y pronto fui el único progenitor que persistía en esa actitud. Comenzaron a llegar vehículos y a aparcar en doble fila. En

unos minutos se organizó un tumulto de humanos espoleados por estúpidas urgencias. Todos querían recoger al niño correspondiente y acelerar hasta la nada. Yo no tenía coche, ni dinero, sólo era un ciudadano bajito, calvo y con gafas.

Mi hijo Carlos esperaba disciplinado en la puerta del colegio. Pasaron los minutos y el enjambre de recelosos progenitores se disolvió, buscando otro espacio que arrasar, la academia de ballet o la escuela de fútbol del equipo de la ciudad. Carlos buscaba a su adulto y yo me aproximé con la cautela de quien no se asemejaba en absoluto a su difunto padre.

—Hola —dije.

—Hola —respondió.

—¿A quién esperas?

—A mi madre.

La noticia me excitó. Los vería a ambos juntos. Quizá podría acabar en unos minutos con esa sensación de pesadilla que había arrastrado desde mi segundo despertar.

—¿Sabes quién soy yo?

—No.

Le acaricié el cabello rubio. El niño retrocedió y aumentó la distancia con el extraño. Flexioné las rodillas y me puse a su nivel. Era el turno del periodista estúpido.

—¿Y tu padre?

—Mi padre ha muerto.

—Debe estar en el cielo, ¿no?

—No lo sé.

Era un chico inteligente, al menos, no creía en todas las simplezas que brotaban de la boca de los mayores.

—Estará bien, estoy seguro.

Estaba a punto de derramar una lágrima cuando observé de reojo cómo se precipitaba un brazo oscuro sobre el hombro del niño. Era un tipo alto y fornido que vestía un traje negro. Me incorporé y lo observé con curiosidad. El niño se giró para mirarme. El adulto no dejaba de hablar, probablemente le regañaba mientras le empujaba hasta el coche. Juntos repasaban la lección de *prohibido hablar con extraños*.

Mi hijo desapareció en el interior del vehículo. Yo no perdí de vista al tipo trajeado, me resultaba familiar. Esperé a que rodeara el coche para ver su rostro. Antes de abrir su puerta me miró fijamente, perdonándome la vida. Era Fernando Falcó, un compañero de trabajo, corrijo, uno de mis superiores. ¿Qué hacía allí, qué hacía con mi hijo? Había un amplio abanico de respuestas posibles. En realidad sólo un par, y ninguna era sensata o razonable. El coche arrancó y yo quise derrumbarme.

Busqué en el bolsillo del pantalón. Suficiente para la cena. O para un taxi. Extendí el brazo derecho y el primero no se detuvo. El segundo lo hizo al otro lado de la calle. Me apresuré y pronuncié una frase que jamás había salido de mi garganta:

—¡Siga a ese coche!

Soporté la vacilación inicial del conductor profesional, quizá me juzgaba por mi aspecto. Fue minutos después cuando se desató una tormenta dialéctica entre ambos para hacerle comprender que no podía abonar la totalidad del importe del trayecto. Tuve que asentir ante su recital de reivindicaciones. Se quejaba amargamente de los impuestos municipales y estatales. Finalmente, acordó perdonarme los cuarenta céntimos y no denunciarme a la policía. Comenzaba a echar de menos la posesión de un arma de fuego.

El nuevo padre de mi hijo lo había conducido al domicilio conyugal, a mi casa. Y volví a recordar que nadie me reconocería con mi alquilada fisonomía. Creo que por eso esperé un par de horas junto al portal, tenía la esperanza de ver de cerca a mi mujer. Pero había oscurecido y crucé la calle hasta el edificio que había constituido mi principal motivo paisajístico durante los últimos años. Llamé a un timbre, alegando el digno oficio de repartidor de propaganda y subí por las escaleras. Mis intenciones no eran exactamente delictivas, pero al final de la escalera, más allá del séptimo piso, encontré una puerta metálica. Estaba cerrada. Miré a mi alrededor y hallé el tubo abandonado de una cañería apoyado en un rincón. Forcejeé durante diez minutos. Doblé la chapa metálica y abrí un hueco, lo suficiente para permitirme el paso a la azotea. Me hallaba bañado en sudor, pero corrí en busca de mi recompensa. Me asomé por la valla de protección. La luz de la vivienda familiar me tranquilizó. Miré en todas las direcciones. La noche había hundido en la oscuridad a la ciudad. Me sentía solo y le di la espalda a mi objetivo. Miré hacia arriba y contemplé las estrellas. Del mismo modo que había marginado en vida la visión de un amanecer, el firmamento permanecía virgen e inexplorado para mis ojos. No sabía realmente qué clase de vida había llevado.

Creo que pasé las dos siguientes horas observando fijamente el ventanal del comedor. Primero vieron la televisión juntos, después cenaron. Y, finalmente, volvieron a acomodarse en el sofá a dejarse hipnotizar por el televisor. El niño, cargado de juguetes y muñecos que le aburrían, iba de un lado a otro de la casa. Falcó dejaba descansar su brazo en el hombro de Raquel furtivamente, aprovechando las ausencias del niño. Yo lo observé con una inquietante serenidad. En realidad, no parecía importarme. ¿O sí? Algo me sorprendía. Y era un detalle doméstico insignificante. Mientras yo habité en esa casa las cortinas había que cerrarlas al caer la tarde. Siempre discutí ese punto con mi mujer. Ella deseaba respetar su intimidad y yo, dejar de sentirme enterrado en un sarcófago. Irónico, ¿verdad? Se le debían haber aclarado las ideas, había dejado de tener miedo al exterior. Y, sí, Falcó debía ser

mejor amante en la cama que yo, del mismo modo que era considerado el empleado más productivo en la oficina. Conducía un BMW y eso hablaba mucho en su favor.

Me senté en el suelo de la azotea, sumido en la oscuridad, deprimido por no poder hacer frente a esos minutos de vida —en realidad, de otras vidas— que me concedía un ser extraño, un ángel, quizá un diablo. Llevé las manos a la cabeza y la hundí entre las piernas, abatido por la confirmación de que la joven viuda se había buscado rápidamente otro amante. Quizá esa relación había nacido mucho antes, cuando yo vivía en esa casa. Realmente ignoraba si llevaba muerto una semana o un mes. Me inclinaba a pensar en el oportunismo del trepa que corteja a la desconsolada viuda de un compañero.

—¡Policía! ¡Levántese con las manos en alto! ¡Y no haga ningún movimiento extraño!

Me estaba vedada la soledad. Y el consuelo. Un agente de policía me apuntaba con un revólver y gesticulaba con la amenazante boca del cañón. En esos instantes no pensé en correr hacia él y obligarle a apretar el gatillo. Despertar en un cuerpo ajeno debía implicar un cierto instinto de conservación, pero en ese momento yo no sentía deseos de resolver problemas metafísicos.

Me levanté como pude y, una vez incorporado, alcé los brazos temeroso de recibir el balazo de un policía nervioso.

—¡Camine hacia esa pared y póngase de espaldas!

Le obedecí y su mano izquierda recorrió mi cuerpo con violencia.

—¿Qué hace aquí? —preguntó en tono firme.

—Nada.

—¿Nada? ¡Póngase de rodillas y míreme!

No era el modelo de comportamiento policial por el que pagan puntualmente los contribuyentes, pero no estaba en condiciones de discutir, temía por mi vida (o por lo que fuera). El cañón del revólver apuntaba a mi cabeza.

—¡No me mate, por favor, yo no he hecho nada!

El policía se había afeitado unas horas antes. Sus mejillas completamente blancas obligaban a concentrar la atención en el bigote y la perilla. Constituía uno de esos arquetipos estéticos que escogen como modelo los seres arrogantes. Y con un arma en la mano aquella clase de individuos podía llegar muy lejos.

—¡Te voy a matar, cabrón!

No quise preguntar cuál era el origen de su hostilidad, y arrodillado y con las manos en alto, cené los ojos y pensé en mi hijo. Lo acababa de ver cargado de juguetes, solicitando la atención de su nuevo padre. Eso me hizo feliz en un momento tan crítico.

—¿Por qué sonríes, imbécil?

Sí, tenía el cañón del revólver a un par de centímetros del entrecejo, pero sonreía

de felicidad y no era, en absoluto, un mecanismo para desconcertar a una mente criminal. ¿Qué podría pasarme si yo ya había muerto? Recibí un fuerte golpe en el mentón y caí hacia un lado.

—¡No me mate, por favor! —supliqué mecánicamente.

El policía se giró y comenzó a carcajear. Por fin tenía el gusto de conocer personalmente a un psicópata.

—Levántate, Martín, sólo eres un niño.

—¿Eres tú?

—¿Y quién soy yo? —replicó irónicamente.

—El vigilante del cementerio... O prefieres que te llame Lobo.

—Eres como todos los demás, te gusta ponerle nombre a todo, etiquetarlo, clasificarlo. Dime, ¿qué te parece tu nueva morada?

—He visto cuerpos mejores.

—Sí, yo también. Eres un desalmado, has dejado en casa a tus pobres padres cagándose y meándose encima.

Tuve que soportar como un esclavo las risas de mi amo. En realidad, todavía no había sido testigo de su fuerza. ¿O sí? Tenía la capacidad de transmutarse de un cuerpo a otro. Pero en esa clase de magia yo le igualaba.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a mi mujer y a mi hijo.

Nos desplazamos hasta la valla del edificio y nos asomamos. Fernando Falcó bostezaba frente a la programación televisiva nocturna y Raquel había cerrado los ojos y se apoyaba en su pecho de orangután siguiendo el modelo convencional.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal. No es un comportamiento normal que una esposa enviude y en un par de días se tire a otro hombre.

—Quizá ella no sea la responsable, la única responsable...

—Es evidente. Y pensar que ese tío me caía bien.

—¿Por qué crees que tu mujer es infiel?

—Yo no necesito ver más, lo sé.

—Supones acertadamente que el ser humano obra siguiendo sus instintos y deseos. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No pienso hacer nada.

Mi compañero me ofreció un cigarrillo. Negué con la cabeza y él se lo encendió con parsimonia. Teníamos todo el tiempo del mundo. O quizá un poco menos.

—Algo tienes que hacer. Quieres matar al amante de tu mujer, ¿sí o no?

—No tengo pruebas.

—¿Qué necesitas, que folien delante de tus narices?

Me alejé unos metros de su cigarrillo humeante. Asomé la cabeza y contemplé el

horizonte de una ciudad que consumía los últimos minutos de una jornada laborable. El falso policía me siguió.

—Dime, ¿quién eres? Tú lo sabes todo de mí. Yo, en cambio, ni siquiera conozco tu verdadero nombre.

—Puedes llamarme Dios.

—¿Por qué te burlas de mí?

—¿No se te ha ocurrido pensar que en la mayoría de ocasiones el que vosotros llamáis Diablo actúa como un agente de Dios, examinando la conciencia de los hombres día y noche?

—Esa batalla está perdida de antemano.

—Estoy de acuerdo contigo.

—No sé quién eres, pero no eres Dios. Ni el Diablo.

—Es lógico que tú no creas en mí, porque solamente los que creen en Dios creen en el Diablo.

—¿Por qué me has escogido a mí para esta diversión? Explícame qué sentido tiene el que yo haya regresado de la muerte. Es evidente que mi mujer no fue feliz a mi lado y que mi hijo me olvida a cada minuto que pasa.

Ante su silencio me desplacé de nuevo hasta la parte de la terraza desde la que divisaba mi casa. Falcó se había levantado y se despedía de Raquel. Un beso en los labios, seguido de otro y otro. A los cinco minutos mi ex compañero de trabajo salió del portal.

—Deberías malario.

—No puedo. Y creo que no quiero.

—No tienes elección.

—Sí la tengo.

—Te expliqué claramente lo que sucedería.

—No parece un trato muy justo.

—Es cierto, no es muy justo, tampoco es un trato cualquiera.

—Si tienes que llevarme contigo, llévame esta noche y acabemos con esto.

—No es tan fácil, Martín, llegamos a un acuerdo. Y por el disfrute de este día entre los vivos debes pagar un precio.

—Y si matara de una vez a cien personas, ¿tendría cien días más de vida?

Hacía frío en lo alto de la azotea, incluso para la chaqueta de boda del pobre imbécil en cuyo cuerpo había despertado.

—No nos desviemos del asunto, ahora debes matar para ganarte un nuevo día junto a tu familia —me tendió el revólver asiéndolo por el cañón. Me apropié instintivamente del arma y la sopesé en mis manos. Mi acompañante, un par de palmos más alto que yo, me agarró del cuello e inclinó mi cabeza hacia el abismo.

—¿Ves a ese negro? ¡Baja a la calle y mátalos!

—¿Por qué me pides esto?

—¡Vete ahora!

Me encaminé hacia la puerta con el revólver en la mano. De nuevo me dejaba solo mi único interlocutor sobre la Tierra. Formaba parte de su estrategia, hacerme sentir solo y, a la vez, estrecharme hacia su perversidad. Yo me dejaba llevar, de igual modo que había hecho en vida con la mayoría de los seres humanos. Me invadía el atávico temor del niño abandonado por sus padres, sólo amado por una bestia. A punto de desaparecer en la oscuridad de la escalera me giré y pregunté a mi único amigo:

—¿Dónde te encontraré?

—Estaré aquí y en todas partes.

Capítulo 5

Me encontré con el negro dos calles más adelante. Vestía una elegante chaqueta de cuero y una corbata roja. Era un tipo alto, de casi dos metros. Y, aparentemente, padecía todos los síntomas del éxito económico. Creo que unos segundos antes de contemplar el cañón de mi pistola había creído realmente que era un ser inmortal, que había sido elegido por el dios de los blancos para triunfar en el viejo continente con su talento e inseminal a media docena de blancas insatisfechas. Era, probablemente, sólo un inmigrante adaptado a un sistema económico exigente, pero yo me había cargado de odio para facilitar el cumplimiento de mi misión.

—¡Dame todo lo que lleves encima!

Yo sólo era un blanco calvo y bajito, un pobre hombre vestido ridículamente por la pobreza. E intentó arrebatarme el arma, ciegamente convencido de su fuerza. Le esquivé torpemente, pero apreté el gatillo un par de veces. El tipo se desplomó y se retorció de dolor en el charco de sangre. Desde el suelo insistió en obsequiarme con una mirada de incredulidad. De acuerdo con sus parámetros mentales yo era un ser disminuido y él un ser en crecimiento, los hombrecillos blancos como yo debíamos apartarnos de su camino y dejar crecer libre su ambición. Insisto en que me había cargado de odio deliberadamente. Descargué un segundo par de tiros sobre su pecho y el tipo dejó de respirar.

El propietario primigenio del cuerpo que ocupaba era un ser singularizado por el infortunio. Sus padres, enfermos o locos, esa casa infestada de ácaros y de oscuridad. Y yo había heredado algo más que un físico en decadencia. La sirena de un vehículo policial me despertó de mi reflexión ante el cadáver.

—¡Alto! ¡Manos arriba!

Sonreí. Y esperé en vano hallar un signo de familiaridad, una señal que me hiciera estrechar la mano al uniformado y poder derramar una lágrima sobre su hombro.

—Eres tú, ¿verdad? —alcancé a decir, confundiénolo con mi protector.

—¡Tire el arma al suelo y póngase junto a la pared!

Sí, aquello debía formar parte del juego de Lobo. Obedecí y volví a ser registrado, esta vez con una mayor dosis de nerviosismo, de temor humano. Observé cómo el policía miraba de reojo al cadáver:

—¡Pide refuerzos! ¡Y una ambulancia! —le gritó al compañero mientras me empujaba contra la pared—. Qué, te has cargado a un negro, ¿eh? —me dijo a mí susurrando.

Yo permanecí en silencio, esperando al menos poder llenar el estómago esa noche en la celda.

—Te voy a salvar la vida, aunque no te lo merezcas. No me caen bien estos cabrones... ¡Vete, antes de que venga mi compañero! Gira la esquina y corre todo lo

que puedas. Yo te seguiré unos metros...

No pronuncié palabra alguna de agradecimiento. Y lo lamentaba, porque yo siempre había sido muy crítico con la incomunicación y con la falta de humanidad en los tiempos que me habían tocado vivir. Pero aparté a un lado mis fundamentos de conducta y, siguiendo las instrucciones de mi inesperado benefactor, me alejé corriendo como una bestia herida, desesperada. Era un poli racista, ¿y qué podía hacer yo? Él y su compañero me persiguieron durante un par de calles, pero la calzada se hallaba húmeda y los dos tipos no se hallaban en forma. Me giré para comprobar si me seguían y los faros de un vehículo me deslumbraron.

Lo supe de inmediato. No había sido un sueño. Me examiné con impaciencia. Me hallaba en otro cuerpo. Y este individuo también dormía con la ropa y las botas puestas. Porque eran unas botas militares las que cubrían mis pies y sobresalían de la fina manta que me cubría. Miré a mi alrededor y constaté el declive socio-económico de los cuerpos que había ido ocupando. Esta vez me hallaba rodeado de escombros. El techo y una parte de los muros se encontraban parcialmente derribados. Era una estructura arquitectónica de grandes dimensiones que no podía ser una vivienda. Seguí observando curioso y detecté tres, cuatro y hasta ocho compañeros de celda. Todos dormían emparejados. Porque sí, había aterrizado en un hogar de *okupas*, pero su ideario anarquista había respetado el modelo burgués de familia monogámica y heterosexual. También dormía la que debía ser mi compañera sexual. La contemplé curioso unos segundos, acurrucada como un feto, con los antebrazos recorridos de pinchazos, con el rostro salpicado de *piercings* de acero quirúrgico y aspecto de animal de Auschwitz. Mi anfitrión debía valorar en ella su interior, su forma de ser, su cerebro. ¡Un momento! Observé mi mano derecha. Y la izquierda. Eran negras. No el negro del carbón, el negro racial. Y yo era, por tanto, un negro.

Una nueva ironía escrita en el Libro de los Muertos. Y su responsable estaba perfectamente identificado. Quizá encerraba una enseñanza moral el hecho de que yo, después de haber enviado al otro mundo a un africano, ahora me conviniera en negro. Nada era más fácil y simplista. Y, al mismo tiempo, nada más ejemplarizante.

Dos perros enflaquecidos se presentaron aburridos en la pieza rectangular que el grupo había convertido en dormitorio. Caminaron cuidadosamente entre los cortantes cascotes y la alfombra de desechos que era el suelo. Ni siquiera se molestaron en olfatear si allí había comida, se me quedaron mirando indiferentes, casi tristes. Tenía que salir de allí, pero antes, antes una visita al retrete. La vejiga me iba a explotar, así que me incorporé con cuidado, con ánimo de no despertar a nadie. Bajé unas escaleras metálicas y desde la planta baja observé el funcional diseño de la factoría. Había dormido —o, al menos, despertado— en lo que debieron ser las oficinas administrativas de la fábrica. Y era, con diferencia, un espacio mucho más acogedor que el resto de la nave, donde se alternaban esqueletos de máquinas calcinadas con

negros socavones que debían conducir directamente al infierno. Nada de eso me interesaba, así que oriné en la primera pared que encontré, mientras no perdía de vista a la pareja de perros, que me había seguido silenciosamente en mi recorrido. De camino al vano horadado en el muro que hacía las funciones de puerta, observé un rótulo que me irritó: *Industrias del Tinte Hnos. Aznar*.

Había dormido en el solar de una antigua fábrica química. El fantasma del cáncer me había acompañado siempre, más fiel que una divinidad vigilante. Me había llegado a preocupar obsesivamente por los productos alimentarios que consumía, por la calidad del aire que respiraba, por tratar de evitar cualquier clase de contaminación. Ahora todo eso carecía de importancia. Me alojaba en cuerpos cada vez más lejanos del original y, sin embargo, había heredado mi cerebro enfermo, mi estúpido cerebro.

Salí a la calle con la intención de averiguar dónde demonios me hallaba. Miré al cielo y el sol me deslumbró. Caminé unos metros y observé que mis amigos caninos persistían en acompañarme. Debían ser pareja, macho y hembra, y vivir una historia de amor maravillosa, unidos por la adversidad y la desgracia. Pero eso realmente no me interesaba. Cogí una piedra y la lancé a lo lejos. Pero no eran de esa clase de perros burgueses que juegan con su amo en los parques de las grandes ciudades. Simplemente, me olvidé de ellos. Y, transcurridos unos minutos, ellos se olvidaron de mí. Al fin y al cabo, yo sólo era un negro en un país de blancos. Aproveché la primera fuente con la que tropecé para refrescarme la cara y beber un poco de agua. Mi indumentaria era un tanto extravagante. Pantalón vaquero azul parcialmente desgarrado, cazadora de cuero abundante en cremalleras y hebillas y un grueso jersey de una textura próxima a la tela de un saco terrero. Comenzaba a pasar un poco de calor, pero no pensaba quitarme nada. No todos los días uno despierta convertido en un ser de otra raza. Me agaché un poco sobre el retrovisor externo de un coche y llevé mi cara a la superficie de vidrio. Sí, era negro, sólo que mi corto cabello había sido teñido de un rubio oxigenado, una combinación cromática algo abrupta y carente de armonía. Cabía esperar, pues, un rechazo social generalizado. Pensé en regresar con mis amigos okupas y seguir siendo considerado el elemento exótico del grupo. Al menos no me sentiría tan solo. Ni tan despreciado. Las ancianas que acudían a comprar el pan y los repartidores de bebidas gaseosas me examinaron con recelo. Yo representaba la clase de individuo que crea problemas. Y eso no era bienvenido en ningún distrito urbano de la ciudad. Me alejé de allí con un objetivo, al menos tenía un rumbo, visitar a mi mujer e intentar entablar una conversación.

Por el camino descubrí que llevaba una navaja de doble hoja plegada en el bolsillo de la cazadora y unas monedas que no me ayudarían siquiera a costearme el billete de autobús. Caminé a buen ritmo, estimulado por el reencuentro con la traición, por una morbosa combinación de amor y de odio.

Todo era demasiado lineal. Apenas transcurridos diez minutos de montar guardia

frente a la casa, el vehículo de Fernando Falcó aparcó en doble fila. Yo no sabía realmente qué hora era, pero la jornada era laborable y debía ser las nueve o las diez de la mañana. Mi ex compañero parecía apresurado. Abrió el portal con su propia llave y desapareció en su interior. Y yo tenía que quedarme allí afuera, soportando las miradas escrutadoras de un vecindario receloso con los extraños. Crucé la calle y recorrí el perímetro del edificio. La diosa Fortuna —o el mismísimo Diablo en persona— había levantado un intrincado andamiaje en uno de los laterales. Sonreí satisfecho, la estructura metálica permitiría el acceso a los dormitorios de la vivienda. La comunidad de vecinos había acordado meses antes pintar la fachada, a pesar de mi voto en contra. Afortunadamente, mi opinión no había sido tomada en cuenta.

A esas horas el tránsito de viandantes era escaso. Dos operarias de limpieza hablaban y movían la escoba distraídamente a unos metros. Aproveché que miraban a otro lado para ascender por el laberinto de barrotes. No era fácil, pero yo disponía en esos momentos de un cuerpo más adaptado a las actividades físicas y, especialmente, carecía del miedo aterrador a perder la vida. La malla de protección del andamiaje ocultó mi ascenso. Llegué a la sexta planta exhausto. Mi sonora respiración animal resultaba indiscreta, alejada de la profesionalidad del malhechor. Pero yo sólo había acudido a hablar con mi mujer. Y era una completa y absoluta quimera. Por el color de mi piel o de mi cabello o por el simple hecho de ser un rostro desconocido habría asustado a cualquiera y habría recibido la tradicional amenaza del burgués encastillado en su residencia: «*¡Váyase o llamaré a la policía!*». Llevaba conmigo una etiqueta social que oscilaba de mendigo a delincuente buscaproblemas. Y no, mi declarado protector no me estaba facilitando en absoluto la tarea. Si él representaba el mal, le convenía que yo me perpetuara en cuerpos de futuros cadáveres y que fuera asesinando a pobres desgraciados. No es la clase de juego en que imaginas vas a participar una vez muerto.

Pero me hallaba en lo alto del andamio y sólo tuve que desplazarme un par de metros y mirar a través del ventanal del que había sido nuestro dormitorio. Era una singular perspectiva. Pero no era el enfoque de la cámara lo que concentraba mi atención. Mi mujer yacía en el plano inferior. Y el propietario del vehículo aparcado en doble fila la penetraba con rigor atlético. Yo nunca había sido nadie en la cama. Y ella debía estar recuperando el tiempo perdido. Cambiaron de postura y esta vez fue ella la que cabalgó sobre el pene de mi compañero de trabajo y jefe. ¡Cuántas palmaditas en la espalda y sonrisas había recibido de Falcó! Hasta hacía setenta y dos horas había pensado que era un buen compañero, un buen tipo, un modelo a imitar por los más pequeños. Me había equivocado con él. Y con ella. Con todo el mundo.

Raquel gemía apagadamente. Y se lo tomaba con calma, sin urgencias de ninguna clase. Aparté la vista de sus pechos caídos y de su rostro inclinado hacia atrás. Cerraba los ojos y abría la boca entregada a su placer. Miré hacia abajo. Quizá el

suicidio resolvería todo y me haría regresar pacíficamente a mi sepultura. Deseé morir por segunda vez. Pero el cuerpo que ocupaba tenía más hambre que sed de lágrimas. Me desplacé a la derecha y regresé al punto de partida, enfrente de la habitación de mi hijo. Su madre había dejado abierta la ventana para que se ventilara la pieza. Una vez en el interior descubrí inquieto que el jadeo de Raquel era más sonoro de lo que me había parecido desde el exterior. Acompañado de esa hiriente melodía caminé silencioso hasta la cocina y abrí la nevera.

Yo era, ante todo, un ser humano con necesidades. No sé dónde había oído eso antes. Cogí un plato de pollo asado y comencé a devorarlo. Era absurdo guardar cualquier tipo de consideración, tenía hambre. Y podía perfectamente comer acompañado de ese concierto de gemidos. Diez minutos después yo me hallaba saciado. Y mi mujer, aparentemente, también. Aún persistían sus sonoras exhalaciones cuando decidí dejarle una señal desde el más allá. Era realmente una estupidez, pero eso lo pensé más tarde. Coloqué el vaso en el que había bebido mi hijo bajo la boca del grifo. Y manipulé la espita hasta conseguir una cadencia de goteo semejante al tictac de un reloj antiguo. Esa rítmica percusión poseía la singularidad de destrozar los nervios de mi esposa. Creo que había heredado esa costumbre de mi abuela, quizá acostumbrada a las restricciones de agua de otros tiempos, o, tal vez, porque se hacía acompañar de ese musical tintineo durante las largas estancias en la cocina. Fuera como fuera, me escondí precipitadamente en el armario que ejercía de despensa, con el plato de pollo entre las manos. Raquel había anunciado a su amante que iba a levantarse a orinar y sospechaba que le habría asustado más un negro con el cabello teñido de rubio en su cocina que la estratagema de la gota derramada. Permanecí pacientemente agazapado en el estrecho armario, algo molesto por el intenso aroma azufrado de las cebollas. Primero visitó el cuarto de baño. Y después se aproximó descalza y completamente desnuda a la cocina. Los amantes debían reponer fuerzas. Abrió la puerta de la nevera y recogió un par de latas de cola. La observé con detenimiento desde mi escondite. A sus treinta y seis años aún poseía un cuerpo bello. Y me maldije por estar muerto, o por estar vivo y encerrado en un cuerpo ajeno. Se alejó camino de la habitación, pero regresó sobre sus pasos y se detuvo frente a la pila de la cocina. No recordaba haber dejado el vaso bajo el grifo. Una de sus reglas domésticas consistía en que las dos cubetas de acero inoxidable permanecieran siempre vacías. Sólo en el momento de fregar la vajilla podían ocupar ese espacio. El niño no podía haber sido, porque no participaba en las tareas del hogar. Y tampoco su amante, que no había entrado en la cocina. Sólo su marido podría haberlo hecho. Pero deducir que yo había regresado de mi descanso eterno para manipular el vaso del niño y el grifo de la cocina era algo estúpido, demasiado estúpido y por estúpido, aterrador. Giró la llave hasta cerrarla. El goteo cesó y regresó corriendo al dormitorio. Yo me limité a escuchar la conversación

desde mi refugio:

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—¡Tengo que irme! —le comunicó fríamente Falcó—. Me van a llamar la atención en la oficina y es lo que me da de comer.

—No te vayas, por favor, ahora no. Sabes que no me gusta que te vayas inmediatamente después de hacerlo, me siento como una puta.

—Tengo que hacerlo. No querrás que pierda mi empleo, ¿verdad?

Falcó lo presentía acertadamente. Raquel no habría mantenido relaciones sexuales con un desempleado, con un hombre-problema.

—No quiero estar sola ahora, ¿me oyes?

—Pero, ¿qué te pasa?

—Estoy asustada.

—Pero, ¿por qué?

—Por nada, tonterías mías...

Sí, había tenido efecto. La elipsis semántica la podía completar yo. La hembra adulta y desnuda solicitaba consuelo del macho asalariado, del oficinista responsable, del tipo que desde la muerte de su marido había permanecido atado a ella, a la cama de la viuda.

—No llores, por favor. Está bien, me quedaré un poco más.

No escuché más palabras. E imaginé las falsas lágrimas de Raquel resbalar por las mejillas redondas y sonrosadas de su rostro. En un par de minutos la vivienda volvió a llenarse de sus aullantes gemidos. En mi anterior vida había imaginado morir y despertar y observar a los asistentes a mi entierro, y saber lo que haría mi esposa después de mi muerte. Ahora lo veía y lo escuchaba. Y resultaba algo más que decepcionante y doloroso.

Abandoné mi escondrijo, molesto por haber provocado un segundo coito. Llevé mi cuerpo de perdedor hasta la habitación de mi hijo y comencé a descolgarme cuidadosamente a través del andamio. Quizá habría sido más sencillo abrir la puerta con sigilo y haber descendido por la escalera, pero había dejado de pensar racionalmente hacía rato. Ser testigo del apareamiento de mi mujer con su nuevo novio me desconcertaba. Y su comportamiento, selvático y animal, el de los novios recientes que se devoran, se besan y se folian a todas horas como adolescentes, profundizaba en la herida abierta en mi corazón. Experimentaba el dolor más agudo, el de la traición, aquél por el que millones de individuos habían muerto o asesinado.

Permanecí encaramado entre los hierros, dejando precipitar las lágrimas a un abismo cuyo fondo todavía no conocía. Algo recuperado, descendí los últimos pisos y puse los pies en tierra. No me importó que el empleado de los parquímetros se llevara el transmisor a la altura de sus labios, ni que el paseante de dos perros mastines fingiera ignorarme gracias a sus gafas oscuras. Me dirigí algo vacilante al coche de

Falcó y hundí la navaja en la rueda delantera izquierda con determinación. Me alejé unos metros y esperé en la acera de enfrente.

Esta vez el coito tuvo una menor duración, pero eso no significaba una disminución proporcional del dolor. El amante apareció en la calle con el cabello algo revuelto y visiblemente preocupado por la tardanza acumulada. Se estaba jugando el trabajo y eso no le hacía ninguna gracia. Miró el reloj en un par de ocasiones antes de pulsar el botón del mando a distancia. Se calzó las gafas de sol, dispuesto a comerse el tráfico para llegar lo antes posible a la oficina. Pero se detuvo antes de abrir la puerta. El neumático delantero no tenía buen aspecto. Lo golpeó con el pie, retiró las gafas oscuras de sus ojos y se agachó. Algún desgraciado le había rajado la rueda. Yo.

Miró de nuevo el reloj, exhaló un bufido de rabia y dejó la chaqueta en el asiento de atrás. Pensaba cambiar la rueda él mismo. Precisamente lo que yo nunca habría hecho, por desconocimiento, por ignorancia o por temor a obsesionarme en los siguientes días si realmente lo había hecho bien y podía circular seguro. Falcó era un mando intermedio, uno de los jefes, en algo debía distinguirse de los mamarrachos como yo. Se dirigió al maletero, pero yo llegué antes, con mi piel de cuero y mi pigmentación negroide, con mi navaja desplegada y la furia de un marido traicionado por todos.

—¿Qué quieres? —me preguntó de modo arrogante. Infló su pecho como un león, pero su camisa blanca y su corbata azul marino no me impresionaron. Era uno de esos tipos que le había perdido el miedo a todo. No existía Dios, ni el cielo ni el infierno, sólo una vida laboriosa, una jungla en la cual sobrevivir y ser el número uno. ¿No se daba cuenta el muy estúpido de que yo llevaba una navaja? Estaba comprobando en los últimos días que el ciudadano medio era una especie animal excesivamente confiada en su suerte, quizá habían devorado un número excesivo de informativos y ello les impedía distinguir una verdadera situación de peligro. O era algo más profundo, una herencia cultural del capitalismo, que hacía creer que los que eran jefes en el trabajo, eran también superiores en el resto de los ámbitos. Les hacía concebir la falsa ilusión de la inmortalidad o de la impunidad frente a seres que, en condiciones de un combate a muerte, eran iguales. Yo era el negro, disfrazado de marginado y ávido por hacérselo pagar muy caro a la sociedad blanca de acogida.

Ante mi mutismo, recapacitó y empleó un tono de voz más neutro:

—No quiero problemas... Ahora déjame en paz, tengo que cambiar una rueda y tengo mucha prisa.

El ansia es la perfecta compañera de la tragedia. En condiciones normales, sin retornados del más allá ni diablos consejeros, esas palabras sólo habrían conseguido enfurecer al agresor. Pero yo no necesitaba esa clase de sutiles motivaciones, todavía podía escuchar los gemidos de mi esposa e imaginarla complacida, penetrada por el indeseable que tenía delante.

En silencio —y sin dar a conocer ni una sola de mis razones— le clavé la navaja a la altura del estómago. Se retorció dolorido e incrédulo. Levanté su cabeza y apunté al corazón. Y volví a hundirla con todas mis fuerzas, antes de vacilar si no era realmente Raquel quien debería estar en su lugar.

Observé su despedida fríamente. Yo seguía erguido como una estatua y él se moría a mis pies, sin comprender absolutamente nada. Pocas cosas hay más horribles que dejar de existir sin conocer el verdadero motivo. De repente alguien me empujó y me derribó. Desde el rugoso asfalto busqué la navaja a tientas, pero pronto sentí mi muñeca presionada por una bota.

—¡Quieto, cabrón, quieto o te mato!

Eran las primeras palabras que escuchaba un delincuente en una nación democrática. Yo siempre había sido partidario de la mano dura con la delincuencia común. Y acepté resignado el abrupto trato de la pareja de policías.

Habían llegado pronto a la escena del crimen, pero no lo suficiente. Ni siquiera un oficinista mediocre que ejercía de jefe estaba exento de la mala fortuna del contribuyente medio.

—¡Eres un negro hijo de puta y te vamos a matar!

Proseguía la lectura de derechos en la sociedad blanca y democrática. Nada que objetar, probablemente en su lugar yo me habría comportado igual. Me levantaron y me desplazaron a empujones. Uno de los policías me puso la mano en la cabeza y la hundió hacia el interior del vehículo policial. Estaba detenido. A través del vidrio tintado busqué con avidez algún conocido, deseando ver a mi mujer, pero no la hallé, probablemente en esos momentos se duchaba plácidamente en casa, pensando en lo afortunada que era por haber conseguido al fin un verdadero hombre que le satisfacía en la cama. Y yo estaba de acuerdo con ella.

El pulgar entintado, las tres fotografías, el examen milimétrico de mis ropas, la cordial bienvenida de los carceleros. Acabé entre rejas. Era previsible. No estaba orgulloso de mi crimen, pero tampoco arrepentido. La sociedad educa autómatas que no deben tener sentimientos, ni capacidad para reconocer los propios errores, sólo trabajar en la oficina y copular en la cama, reproducirse y engendrar una nueva masa de consumidores que reemplace a la anterior. Quizá yo no era muy diferente a los demás y estaba dejando pasar el tiempo.

Después de la comida dormí como un bebé. Desperté y no sabía qué hora podía ser. Los cuerpos que había ocupado mantenían una singular relación con el tiempo. No llevaban reloj o éste se hallaba estropeado, que es lo mismo. Eran seres alejados del circuito productivo, seres marginados por sus congéneres, señalados como diferentes, cadáveres sobre los que nadie derramaría lágrimas. Ser llorado tampoco significaba ser amado. ¡Qué importancia podía tener compadecerse de un difunto y sentir su ausencia profundamente, si en vida había recibido un trato vejatorio y

despectivo de la hipócrita plañidera! Pero yo no estaba en esa celda para reflexionar sobre la existencia humana. Realmente ignoraba por qué había retornado de la muerte. Y no, no era locura ni ninguna clase de esquizofrenia. Ese diagnóstico patológico quedaba reservado para los psicópatas que podían contratar un abogado caro.

Alguien se aproximaba. Y debía ser tarde, porque sentí en el estómago los primeros pinchazos. Por fin, después de cuarenta y dos años comprendía lo que significaba la adicción a la comida, el apego a una terrenalidad básica y animal, el llevar una existencia insultante frente a los logros del arte y de la cultura. Salivé impaciente, asido, como mandan los convencionalismos, a los barrotes de la celda. No habían detenido a nadie más en todo el día. Los calabozos que tenía enfrente se hallaban vacíos, pintados de un azul claro y monótono, regados por una asfixiante luz eléctrica blanca. La pesada atmósfera del espacio subterráneo fatigaba mis pulmones.

—¡Es éste, señora! —le indicó el policía con la porra en la mano. El rostro del uniformado me resultaba vagamente familiar.

—¿Éste?

Raquel se extrañó al verme. Quiero decir, al ver a un negro entre rejas. ¿Esperaba contemplar un rostro diferente, quizá el de un marido difunto? Porque yo había vuelto a activar el goteo controlado del grifo sobre el vaso del agua antes de salir de la casa. Debí descubrirlo de nuevo, después de la partida de su amante. Y al bajar a la calle o al escuchar las sirenas, unir todos los cabos y establecer vínculos entre los hechos, había finalmente comprendido. Era realmente poco verosímil creer en algo así, pero el ser humano necesita explicaciones. Y el asesinato de un blanco que lo tenía todo por un negro de la calle carecía de sentido.

—¡Vamos, señora, ya le he dicho que ésta situación es irregular y que me puede costar caro! —insistió el policía, preocupado por la reprimenda de sus superiores.

Levanté la vista, porque estaba hastiado de observar las lágrimas de mi esposa por el amante fallecido. Y volví a ver al mismo agente de policía que, siendo un blanco bajito, me había dejado escapar por asesinar a un negro a sangre fría. El espeso bigote negro y los ojos azules no dejaban lugar a dudas. Alguien muy perverso se divertía e ironizaba con los destinos que me correspondía vivir.

—Sólo quiero saber una cosa —dijo Raquel apartándose las lágrimas con las manos—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te había hecho Fernando, maldito?

—Me causó dolor —le confesé apenado—. Me traicionó, como tú me has traicionado...

No me pude resistir a que mis palabras le resultaran familiares, a aparecer como la voz de su conciencia.

—¿Quién eres tú realmente? —reaccionó colérica frente a mi desconcertante revelación.

—Yo soy el que tú no esperabas volver a encontrar nunca.

—¡Mientes! ¡Él está muerto!

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

—Habría sido él o cualquier otro.

—¡Asesino! ¡Eres un asesino, que solo mereces la muerte!

Estaba de acuerdo con la sentencia, pero ésta ya se había ejecutado días antes.

—¡Será mejor que nos vayamos! —repitió el policía. Raquel inició la marcha, pero se detuvo de repente. El uniformado le ofreció su corpachón protector, un paternal muro de piedra. Mi ex mujer lloró desconsoladamente unos segundos, unida al policía racista. El tipo me señaló con la porra y ambos desaparecieron por el pasillo.

Dos horas después, mi amigo el policía regresó acompañado por otro uniformado. Abrieron la celda, levantaron sus porras y sólo pude oír de sus bocas el familiar mensaje que acompañaba a la agresión: «*¡Maldito negro de mierda! ¡Habría que acabar con todos vosotros!*». Descargaron sobre mi cuerpo alquilado decenas de golpes. Intuí que esa noche me quedaba sin cenar.

Capítulo 6

Creo que dormí con las manos abrazadas a los barrotes de la celda, maldiciendo mi mala suerte. No sé en qué momento exacto de la noche fueron llenándose los otros cubículos. Escuché un apelativo que comenzaba a resultarme habitual y abrí los ojos:

—¡Eh! negro, ¿y tú, qué has hecho?

El compañero de la celda contigua era quien formulaba el interrogante. Un blanco caído en la droga y en el proxenetismo. Yo había matado al amante de mi mujer, pero encerrado en ese cuerpo y en esa piel africana sólo era una vendad a medias.

—¡Tienes suerte, negro, alguien ha pagado tu fianza! Un policía con el cuerpo piriforme y el rostro de media luna me anunció la noticia. Resultaba desconcertante. Había pensado muy seriamente en la posibilidad de pasar una temporada entre barrotes, pero caminaba un alma caritativa sobre la Tierra que se acordaba de un africano insignificante.

—¿Quién ha pagado la fianza? —le pregunté con impaciente curiosidad.

Pero el agente de policía omitió la respuesta.

—Ponte de espaldas —ordenó secamente.

Desde el pasillo me puso las esposas. Bajó la vista para insertar la llave y, una vez abierta la puerta, me empujó al corredor. Me dolía todo el cuerpo.

—¡No saquéis al negro, coño! ¡Sacad al blanco!

La llama de la amistad que había comenzado a compartir con el vecino de celda se apagó de inmediato. Cuestiones raciales.

Pasé quince minutos en las oficinas de la comisaría, observando a los policías ejercer de torpes burócratas. Temí encontrarme con mis agresores de la noche anterior, pero lo que más abundaba a esas horas no eran los uniformados. Negros, polacos, albaneses, colombianos, nacionales... Estaba de acuerdo con la clase política y su valoración de la inmigración como elemento enriquecedor de la sociedad. La profesión de policía era como la de médico o enfermero, siempre habría trabajo, en cualquier circunstancia social, abundaban los delincuentes o los enfermos.

—Yo soy tu abogado.

El tipo me estrechó la mano afectuosamente y yo le devolví el saludo con frialdad. Era mi primera noticia. Yo no había contratado ningún abogado. Pero la diosa Justicia cuidaba de los infelices como yo. Sólo era un criminal desamparado a quien le movían razones inconfesables. La suya era una sonrisa persistente, que poco a poco se transformó en una mueca de abierta complicidad. No podía ser cierto.

—¿Quién eres?

—¡Qué pregunta más estúpida! ¡Soy tu ángel de la guarda! —dijo sonriendo y mirando al policía que me sujetaba del brazo derecho—. ¡Estás libre! Ven conmigo.

El policía con el cuerpo de pera me liberó de las esposas. Los tres acudimos a un

mostrador donde un anciano uniformado extraía de una bolsa los enseres personales del negro okupa.

—Esto me lo quedo... —murmuró el viejo mientras apartaba un dado de hachís a un lado. Puso a mi alcance un encendedor y un preservativo. Sacudió la bolsa en busca de algo más, levantó la vista y añadió: No hay nada más. Puedes irte.

Mi abogado medía casi uno noventa, estaba completamente calvo y llevaba una barba distinguida que disimulaba una nariz inflamada por la genética paterna. Yo le conocía de algo, pero esperé a salir de la comisaría de su brazo como el padre que recupera a su hijo de una noche en los calabozos.

—Yo te conozco.

—¡Imposible! Es la primera vez que nos vemos.

—Usted era profesor de filosofía, ¿verdad?

—Eres un jodido, Martín, todavía conservas una memoria de vieja rencorosa.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté confundido.

—No seas lerdo, yo sólo estoy ocupando su cuerpo.

—¡Dios mío! creía que todo esto había acabado.

—Tienes un día más, amigo. Y estás de suerte. Tu profesor cambió de profesión y comenzó a ejercer de abogado. Su sola presencia ha bastado para que te dejaran libre. Bueno, eso y veinte mil euros de fianza en metálico. Un negro como tú no acostumbra a ser tan afortunado.

Caminamos por la calle a buen ritmo. Éramos, no obstante, una extraña pareja, él vestía chaqueta y corbata y llevaba un portafolios. Yo paseaba mi piel negra, una cazadora de cuero y unas pesadas botas militares.

—Quiero dejar de ser negro, ¿me oyes? ¿Por qué he tenido que despertar de nuevo en este cuerpo?

—Todas son criaturas de Dios, ¿recuerdas?

—Esto no es un maldito juego. Ayer me molieron a golpes los policías.

—Debes dar las gracias a esos policías, les he amenazado con denunciarles y llevar el asunto a los periódicos. A pesar de eso me ha costado veinte mil euros dejarte en libertad.

—¿Quieres decir que ese dinero ha salido de la cuenta corriente de mi antiguo profesor de filosofía?

—Sí, ha sido muy generoso. Él y la sociedad, que deja libre y en la calle a un asesino si se alega oportunamente que es un pobre inmigrante que huye de la miseria de su país. ¡Bendito sistema penitenciario!

—Parece que estás en desacuerdo...

—Sólo constato la estupidez del ser humano. Me parece perfecto que los asesinos salgan a la calle.

Miré al cielo. Era de nuevo libre. La primavera me daba la bienvenida con una

intensa radiación solar, las mujeres dejaban imaginar sus cuerpos desnudos y mi amigo el abogado me mostraba el acceso a una cafetería de grandes ventanales. Nos sentamos en una mesa y cuando levanté la vista me encontré frente a mi antiguo profesor de filosofía. Había odiado con toda mi alma a aquel individuo. Había pertenecido a esa casta de docentes que desprecian profundamente a los estudiantes. Años antes, cuando coincidimos en el instituto en calidad de superior y de subordinado, me había obligado a repetir curso por su maldita asignatura. ¿A quién le interesaba en la edad de la técnica y de la ciencia la filosofía de Platón, de Descartes o del propio Marx? Si el sistema económico proclamaba su supremacía por encima de toda ideología, ¿por qué debíamos perder el tiempo estudiando la historia del pensamiento humano? Pero en mi época de estudiante yo no había hecho valer esa clase de incendiarios argumentos. Yo sólo le había pedido aprobar para poder pasar de curso y no perder la estela del resto de compañeros y amigos. El no había cedido en su empeño y me había suspendido. A eso le llamaban algunos profesionalidad y ética. Había jurado matarle y, sin embargo, al año siguiente dejó de dar clase. Ese generoso gesto conmigo había constituido su despedida.

—No me mires así, no soy tu profesor.

—No lo puedo evitar.

—¡Inténtalo! ¿Tienes hambre?

—Sí. Ayer me perdí la cena.

La camarera me sirvió una hamburguesa rodeada de un mar de patatas fritas. No tenía sentido cuidar la línea ni comer sano. Mi cuerpo de negro asesino tenía las horas contadas.

—¿Cuándo va a acabar todo esto?

—Cuando tú quieras.

—Perdóname si no guardo una copia del contrato en el culo...

—No seas grosero, hombre. Has tenido mucho tiempo para pensar y, sin embargo, sólo te preocupas de dormir y de comer.

Mi interlocutor se había pedido tres huevos con beicon y patatas fritas. Casi me produjo una arcada observar esos tres soles anaranjados, tres fetos transformados por la sabiduría humana en alimento de dioses y diablos.

—Dime, realmente —Lobo hablaba con la boca llena de comida—, ¿por qué aceptaste el trato? ¿Para qué has regresado?

—No fue una cuestión enteramente voluntaria.

—Permíteme discrepar de eso.

—Supongo que quería ver a mi mujer y a mi hijo por última vez... Quería despedirme de ellos.

—¿Y lo has hecho?

Su mandíbula oscilaba con violencia, con una cadencia mecánica y fabril. Creo

que tenía más hambre que yo. Sabía perfectamente que el diablo había ocupado su cuerpo, pero sentía deseos de aplastar la cabeza a un profesor injusto, a un ser desconectado de la realidad que, desde el preciso instante de su nacimiento, sólo había pensado en sí mismo.

—¿Qué decías?

—Te preguntaba si ya te habías despedido de tu familia —aclaró mi compañero de mesa.

—¡Cómo quieres que lo haga con este cuerpo! —protesté levantando la voz—. En realidad, tengo una pregunta. Es muy sencilla. Quiero saber cómo se produjo mi muelle. Yo me consideraba bastante joven. Y sano. No puedo entenderlo.

—¿Estás seguro de que quieres oírlo? Puede que no te guste...

Depositó la hamburguesa en el plato y esperó la respuesta. Lobo, sin embargo, sonrió a través de su barba gris y se concentró en la yema del segundo huevo. Mojó unas patatas fritas en el feto licuado y se chupó los dedos. Cogió una servilleta y se limpió las manos y la boca. Eructó suavemente y me sonrió de nuevo.

—... Tu mujer y tu amante urdieron un plan para asesinarte. En realidad, moriste envenenado.

—¡Estás loco! Tratas de engañarme para que cometa a continuación otro crimen. Es totalmente absurdo. Yo sólo era un tipo normal con una familia normal.

—No te engaño —había comenzado a atacar la tercera yema y lo hacía con mayor fruición si cabe que con las anteriores—, tú despertaste por algo, por algún motivo.

—¿Por qué yo?

—Las ánimas de los difuntos, generalmente los insepultos o los muertos por violencia, quedan vinculados a la tierra. No es mi ley, es la ley de tu dios. Esos difuntos se dedican a molestar y a atormentar a los que fueron causa de su muerte. Es una manera de garantizar un poco de justicia a todos los crímenes que quedan impunes. Tu dios no confía en la justicia de los hombres. Mírate a ti mismo, eres un asesino y estás libre.

No me reconocía como hombre negro y, sin embargo, debía hacerlo como asesino. Me resultaba imposible sumergirme en esa clase de ejercicios de introspección.

—¿Me atormentarán a mí todas las personas que he asesinado?

—Eso es diferente, tú tienes carta blanca.

Le observé precipitar una lluvia de sal sobre las patatas fritas alargadas y el beicon. No había ser humano que pudiera ingerir aquella salobre combinación.

—Últimamente sólo me apetece comer salado —informó mi interlocutor mientras trinchaba el beicon y se lo llevaba a la boca—. Ahora que lo sabes, ¿qué quieres hacer con tu mujer?

Había vuelto a hincar el diente al reblandecido pan de la hamburguesa. La carne

estaba quemada y el ketchup y la mostaza neutralizaban el exiguo acompañamiento vegetal. Me pareció un alimento de dioses. Y apenas me había sorprendido la confesión de mi amigo. Era un hábil jugador de cartas y podría estar mintiendo. Cierto es que lo relatado guardaba una lógica. Yo era un retornado del más allá que había regresado para vengarse de sus asesinos. Y había quedado suficientemente probada la infidelidad de Raquel. Al fin y al cabo, mi mujer y yo habíamos dejado de amarnos mucho antes de contraer matrimonio. El hombre blanco espera tanto tiempo para casarse y reunir las condiciones económicas y sociales óptimas que, cuando llega el momento, lo hace impulsado por una estúpida inercia social. Yo había sido un devorador simultáneo de noticias y de alimentos, creo que por eso digería tan bien los accidentes de aviación sin supervivientes, o los atentados palestinos en Israel que esparcían los restos de las víctimas en centenares de metros. La noticia de que mi mujer tenía un amante era conocida. Su faceta de asesina me inquietaba un poco más. Por follar con un compañero de trabajo y rehacer su vida me había dado pasaporte. Quizá hablando cara a cara yo habría aceptado la separación. Pero en el mundo que había abandonado nadie se molestaba en hablar con nadie.

—Creía que mi mujer me amaba —reflexioné en voz alta—. Y ahora me dices que ella quería asesinarme, que me quería ver muerto.

—Te he dicho que te asesinó, que tenía un amante, tu propio jefe.

—Irónico, ¿verdad? El jefe me jodía a mí y a mi esposa, a los dos.

Lobo comenzó a carcajear mientras se llevaba el último trozo de beicon a la boca. Continuó riendo sin preocuparse de las miradas de reprobación que se iban congregando en torno a nuestra mesa. Yo tenía delante a un tipo que se burlaba de mí, escondido en el cuerpo de un profesor maldito. Su boca abierta mostraba el resultado de triturar patatas fritas, beicon y huevos a un ritmo acelerado, bestial, casi salvaje.

—¡No me hagas llorar, chico!

Continuó riendo un buen rato, las lágrimas le saltaban de los ojos. Estuve tentado de levantarme y dejarlo allí, carcajeadando como un loco. Se secó la humedad de los ojos con una servilleta de papel. Repitió la operación con los labios, brillantes por la grasa animal, y poco a poco, fue calmándose, interrumpido por nuevos accesos de sonora hilaridad.

—Puedes pensar que sólo soy un charlatán. Y quizá tengas razón. Pero, qué he de hacer para que creas en mí. Tu jodido Dios te habría abandonado como un perro ante todas las muestras de incredulidad que yo he tenido que tragarme. No juegues conmigo, Martín, en realidad, no juegues con nadie. Recuerda quién soy yo y qué eres tú. Ahora, dime, ¿qué quieres que hagamos con tu mujer?

—Quiero que experimente el dolor de la traición.

—¿La enrollamos con otro tío y después a ése lo enrollamos con otra mujer?

—No, eso parece poco.

—Podrías matarla. Ella es la viuda que no espera a que se enfríe el cadáver del marido para unirse con otro. Tú tienes derecho a la venganza. Muchas culturas justifican la venganza y la consideran legítima. La religión cristiana y, especialmente, el derecho occidental, la han reducido a la mínima expresión y la han eliminado de un plumazo. Hay que rebelarse contra esa imposición de los poderosos. El derecho es uno de los instrumentos de las clases dirigentes para mantener a los ciudadanos a raya. Palabra de abogado.

—No sé realmente lo que quiero. ¿Y si acabo de una vez con todo esto? Ya ha muerto demasiada gente.

—Eso depende de ti.

Lobo se levantó de repente y anunció que se marchaba.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —le pregunté ansioso. Me sentía como el niño desamparado que experimenta dolor ante la ausencia del padre que le golpea puntualmente todas las noches.

—Muy pronto, pero sólo si es absolutamente necesario.

Lo observé a través del ventanal. Paró un taxi y desapareció en su interior, perfectamente oculto debajo de su disfraz de ciudadano integrado en la comunidad. Acabé con el último bocado y me limpié los labios calmadamente, pensando en cuál debía ser el próximo paso.

Una sombra interrumpió mi reflexión. Era una camarera gruesa, una hembra acusada de obesidad desde los primeros días en la escuela. Vestía un uniforme a rayas blancas y rosas y su nombre aparecía cosido en la tela. Pude distinguir los empastes de plata de sus molares superiores:

—¿Tienes dinero para pagar la cuenta?

—¿No ha pagado mi amigo?

—No, tu amigo se ha largado y te ha dejado solo.

Un tipo alto, fornido y de barba cerrada, que me recordó a un eterno secundario de Hollywood, saltó la barra y se aproximó hasta el lugar donde se anunciaba el conflicto. Yo no tenía una miserable moneda en el bolsillo y el trueque de servir mesas o limpiar platos ya no servía en esos tiempos. Tampoco figuraba entre mis prioridades más inmediatas regresar a la cárcel. Ante el alineamiento de las fuerzas hostiles me levanté de súbito, empujé a la camarera contra su compañero y abandoné el local, haciendo caso omiso de los insultos racistas y de las amenazas de muerte. Corrí como un atleta, al principio dolorido por las contusiones de la noche anterior, después convencido de que no me alcanzarían, de que mi destino no me reservaba ser capturado por el dueño de un bar de barrio y un par de clientes borrachos. El sol me deslumbraba, pero ese obstáculo visual era común y yo era más joven que mis perseguidores. Los perdí de vista después de un par de calles, pero continué trotando, como si fuera un ciudadano preocupado por mantenerse en forma. O por llegar a

tiempo al trabajo. Sólo que yo calzaba botas militares y una indumentaria de marginado que no me concedía un ápice de credibilidad burguesa. Tracé un recorrido caprichoso, girando a la izquierda o a la derecha y acabé en una gran avenida, donde el intenso ruido provocado por el tránsito de vehículos permitía gritar sin llamar la atención. No tenía aliento para seleccionar ese método de relajación, paré en seco y la cabeza comenzó a darme vueltas. Responsabilicé directamente al propietario del cuerpo. Me quité la chaqueta y me arremangué. Una senda de antiguos pinchazos recorría mi brazo izquierdo. La heroína no crea deportistas. Estaba de acuerdo. Me introduje en el hueco oscuro de un garaje completamente mareado. Y comencé a vomitar, a devolver a la tierra lo que era de la tierra: la hamburguesa, el pan, la lechuga, la cebolla, el queso, la mostaza, el ketchup. Me apoyé en la pared y permanecí arrodillado frente a mi desecho más reciente. Estaba exhausto. Y todo por no tener dinero. La ciudad crecía colosal, amenazadora y poderosa cuando no se poseía dinero. Cerré los ojos tratando de descansar. Y creo que pasó un vehículo a mi lado que me ignoró deliberadamente. Nadie quería poner un miserable en su vida. ¿Nadie?

Sentí una mano temblorosa sobre mi hombro.

—Joven, ¿le pasa algo?

Me giré. Era una anciana arrugada, de mejillas colgantes y ojos hundidos. El cabello rubio de peluquería, los pendientes de oro, los labios pintados de rojo. Olfateé mi salvación. Me incorporé con ayuda de su mano y noté que su brazo temblaba ante el peso de mi cuerpo. Le sonreí agradecido, pero no tardé en hilar una nueva fechoría. Nos hallábamos solos en la boca de un garaje en penumbra y los viandantes cruzaban por delante de la gran pantalla, mirando al frente o jugando con sus teléfonos. Regresé a los ojos de mi samaritana y borré la media sonrisa.

—¡Vieja, dame todo el dinero que lleves encima!

—¡Pero, hijo...! —exclamó sorprendida.

Yo no era su hijo, pero lamentaba actuar como un desalmado. A la única persona que le había inspirado compasión en este mundo le clavaba un cuchillo. En realidad, pretendía ser amable. Y didáctico. La viejecita debía aprender de una vez por todas a ocuparse exclusivamente de sus asuntos y a dejar a otros seres más inexpertos el caer en esta clase de trampas.

En condiciones normales habría aceptado las pulseras de oro y el collar que me ofrecían sus manos temblorosas, pero yo no tenía tiempo para traficar en los bajos fondos de la ciudad. Estaba encerrado en el cuerpo de un negro perdedor rechazado por todos y lo estaba haciendo a la perfección. La dejé llorando como una niña en la boca del garaje. Yo abandoné el escenario del crimen como había llegado, corriendo, tocando una y otra vez el fajo de billetes que atesoraba en el bolsillo de la chaqueta. Miré hacia atrás y no vi a nadie. Yo debía seguir adelante, sin preocuparme si era el

dinero de la pensión o una generosa limosna. Nada me importaba.

Me deshice de la cazadora en el primer contenedor de basura. La torre del centro comercial anunciaba los logotipos de las principales marcas asociadas. Estaba salvado. Sólo que debía vestir mi piel negra con ropa más neutra, creo que en ese momento había olvidado por completo qué es lo que hacía entre los vivos. Si mi mujer y mi hijo nunca me reconocerían encerrado en otro cuerpo, ¿qué sentido tenía permanecer allí y pagar un terrible peaje a diario? Y, sin embargo, sentía algo semejante al instinto de conservación. Había muerto y quería seguir viviendo. No era tan absurdo, ¿verdad?

El vigilante uniformado del centro comercial me recibió con escepticismo. Yo era un orangután casi tan grande como él y eso debió preocuparle. Las puertas acristaladas se separaron y me interné en aquella porción de paraíso. Me recibió un suave hilo musical que evocaba una felicidad eterna, en absoluto, humana. Había poca gente a esa hora de la mañana. La población compradora era casi exclusivamente femenina. Lo celebraba.

Pasé un buen rato hasta hallar las primeras tiendas de ropa. Palpé de nuevo el dinero de la vieja y me metí en una cualquiera. Nadie abrazó al nuevo rico, el rostro de las dependientas expresaba temor y recelo. Traté de que aquel trago fuera lo menos amargo para ambas partes. No obstante mi exquisita cortesía, me atendió el único chico de la pandilla de empleados, un homosexual que vivía intensamente la noche y conocía gente de todos los colores. Le pareció extraño que me deshiciera de las botas y de los pantalones, en realidad, de todo lo que llevaba encima, pero una venta era una venta. Por mí podía regalarlo a una ONG o tomar ejemplo existencial de mi acto de desprendimiento. Lo cierto era que el vómito había salpicado todo y que yo quería civilizar a mi personaje. Salí vistiendo unos pantalones vaqueros, una americana y unos zapatos absolutamente convencionales. Recibí las primeras miradas de aprobación y continué mi camino.

Y eso sí era un problema. Porque no me apetecía abandonar ese cálido refugio. El público caminaba pacífico, cargado de bolsas y de buenas intenciones. Todo era maravilloso mientras la tarjeta tuviera crédito. Estaba de acuerdo, pero me dolía el estómago y busqué una farmacia. Después un restaurante italiano. Y me compré un reloj. Y de inmediato me arrepentí, pero no aceptaban devoluciones, ni siquiera de un negro bien vestido. Les enseñé mi dentadura blanca y me fui a otro lado, cené una fuente de marisco. Y una botella de vino blanco. Yo era el único cliente a esa temprana hora y me sirvieron dos camareros. Me sentí halagado, tan blanco como los consejeros negros del presidente norteamericano. En vida me había moderado en la mesa, reprimido por el fantasma del cáncer, de la vejez y de la enfermedad. Había sido un comportamiento racional, fruto del deseo de acumular el mayor número de años. Resultaba poco tranquilizador que pudiéramos desaparecer de súbito,

envenenados por una mujer insatisfecha en la cama o sorprendidos por un colapso orgánico oculto a las analíticas clínicas semestrales. Yo no contemplaba ninguna de esas posibilidades, ya se sabe que mueren en los accidentes de tráfico los que no saben conducir. Ahora, todos aquellos esfuerzos por sobrevivir y acumular salud sólo significaban una fuente de remordimientos. Había deseado a cientos de mujeres, pero sólo había hecho el amor con Raquel. Y, al parecer, bastante defectuosamente. Tenía motivos para enfadarme conmigo mismo y reprocharme el no haber vivido lo suficiente. Pero continué sorbiendo el jugo salino de las cabezas de las gambas.

Había anochecido y encontré un hueco en el mirador del centro comercial. A quinientos metros se habían iniciado las obras para levantar otro mayor, más moderno, con mayor número de tiendas y restaurantes. Delante de mis ojos se extendía el mar, un depósito infinito de líquido negro y luces lejanas. Una docena de barcos atracaban frente al puerto de la ciudad esperando su turno de carga o descarga. El hombre había creado cosas hermosas, pero la mejor de ellas era la inactividad.

Descansaba los brazos sobre la barandilla. Sólo un cigarrillo habría ayudado a mi cuerpo negro a sentirse mejor. Era suficiente con estar solo y vivo. ¿Vivo?

—Me chiflan estos helados...

No reconocí la voz, pero me sorprendió que una desconocida compartiera esa clase de mensajes conmigo. Giré la cabeza y tropecé con el rostro surcado de arrugas de la anciana a la que horas antes había atracado impunemente.

—¿No tenías otro disfraz a mano?

—Acúsame, si quieres, de oportunista y de carecer de imaginación.

Lobo había ocupado el cuerpo de la anciana y pensaba emplearse a fondo en la práctica de toda clase de irreverencias. Lamía un enorme cornete de fresa con oficio infantil y lanzaba miradas provocadoras que sólo causaban repugnancia en el público. Volví a mirar el paisaje a través del inmenso ventanal. La ciudad se iluminaba artificialmente, la circulación de vehículos no cesaba. Imaginé a todos esos humanos vacíos y anónimos, pero quizá sólo me encontraba cansado. Regresé al lugar y al momento en el que me hallaba.

—¿Quiere decir eso que esta pobre mujer va a morir por mi culpa?

—Sólo se va a adelantar un poco lo inevitable. Esta clase de licencias me están permitidas.

Dejé de lado la vista nocturna de la ciudad. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Llevaba todo el día encerrado en esa jaula de vidrio.

—Por cierto, Martín, ¿has elegido tú este lugar?

—Quizá lo hayas escogido tú. Te fuiste de la cafetería sin pagar y...

—No es necesario que me lo cuentes —me interrumpió—. Te repetiré la misma pregunta de esta mañana. ¿Qué hacemos con tu mujer y con tu hijo?

Tardé en responder, porque sospechaba que cualquier palabra inoportuna podía

ser tomada como pretexto para nuevos crímenes.

—Creo que Raquel debe pagar por lo que ha hecho, pero, por otra parte, no quiero dejar huérfano a mi hijo...

Tú tienes poderes, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Quiero que le asustes un poco, que crea que he regresado, que sigo aquí.

—Sigues aquí.

—Sí, pero ella no lo sabe.

—Quizá tú seas responsable de eso.

—¿Vas a ayudarme o he de pedirle ayuda a Dios?

Carcajeó y después me miró con superioridad, escupiendo sobre la existencia de una divinidad que había olvidado a la humanidad durante dos mil años.

—Tu buen dios te ha olvidado. Si es que algún día existió...

—¿Qué quieres decir?

—Lo que existe no puede estar oculto eternamente. Tu dios es invisible. Es como la policía, nunca está cuando se le necesita.

—Ese es un ejemplo vulgar.

—Vosotros los hombres sois vulgares y mediocres. Sois desechos, esclavos felices de un cautiverio voluntario. Dios es el mal, porque permite violaciones, robos, asesinatos y sumisiones. ¿En qué parte del mundo está reflejado tu buen dios?

—Me resisto a pensar que sólo existe un ser supremo y que, precisamente, seas tú.

Un niño observaba con curiosidad cómo la lengua de la anciana se paseaba por la superficie del helado. Lobo se percató de su testigo y lanzó la golosina al hueco de una papelera. Comenzamos a caminar hacia la plaza principal del centro comercial, donde convergía un laberinto de escaleras mecánicas y ascensores panorámicos.

—Te sientes seguro en esta ratonera, ¿verdad? En un lugar como éste no se cometen crímenes, la gente no se pone enferma, no muere, ni siquiera eleva la voz. Hay una clase de paz que fuera de estos muros resulta difícil de imaginar. Este es el verdadero templo de la civilización y no el parlamento o el palacio del presidente y, mucho menos las catedrales. Esta es la cueva de ladrones que debería saquear Jesucristo en su segunda venida.

—Eso no lo puedo cambiar yo.

—Es cierto, querido Martín, tú debes limitarte a cumplir tu parte del acuerdo. Si quieres que tú y los tuyos vean un nuevo día, debes matar esta noche.

—No estoy seguro de querer continuar.

—Es sencillo —gesticuló con las manos exageradamente, con los ojos fijos en un punto, tratando de imaginar el futuro—, tu mujer ha enloquecido después de ver desaparecer a sus dos amantes más recientes. Decide abandonar este valle de

lágrimas, abrir los fogones del gas y llevarse consigo a su querido hijo.

—¡No sigas, por favor, déjalo ya!

—¿Quién es el elegido? —insistió la viejecita sonriéndome.

Pasamos junto a un kiosco de prensa y me detuve a leer las noticias. Buscaba inspiración en la realidad denunciada por los periodistas a diario. ¿O ya no se dedicaban a su profesión y tan sólo publicaban las notas de las agencias de prensa? No importaba. Hojeé uno de los periódicos sin prestar atención a los ruegos del tendero para que adquiriera el producto. No podía imaginarse a un negro leyendo. Si quería leer, debía comprar. Le pagué con un billete grande, lo cual le irritó profundamente, y caminé con el periódico extendido detrás de mi amigo disfrazado.

—¿Has visto a esa mujer? ¡No lleva bragas!

Mi búsqueda no admitía distracciones de ninguna clase. ¡Cuántas veces había abierto el periódico y había deseado estrangular a médicos que no atendían a pacientes moribundos, a políticos que despilfarraban dinero público, a jueces que excarcelaban a delincuentes! Sí, en el menú del día se recogía la noticia de un juez, en otro tiempo bendecido por todos los obispos de la democracia, que había dejado en libertad a cuatro narcotraficantes por un defecto de forma en el procedimiento de arresto.

—¡Quiero cargarme a éste!

Señalé con el dedo índice la fotografía en blanco y negro de un perenne encorbatado. La anciana se detuvo al oír la exclamación, echó un vistazo al papel arrugado y se limitó a soltar uno de sus aforismos:

—En ocasiones, las mejores intenciones engendran consecuencias criminales. Y viceversa.

—Bueno, ¿qué dices?

—Es una presa difícil de capturar.

—¿Me ayudarás?

—Comprendo tu excitación, pero no puedo compartir tu deseo. Esa clase de tipos que interpreta la ley al pie de la letra rinde un gran servicio al mal, en realidad, a la vida.

Precisamente como mi profesor de filosofía. ¿Quién realmente necesitaba aprender todas esas doctrinas para acabar vendiendo coches o aspiradoras, para rellenar como un autómatas los campos de una base de datos en un ordenador o para añadir un filete de ternera a la plancha? Todo era relativo y quien lo entendía como algo absoluto, actuaba en contra del ideal de justicia, del espíritu humano en sí mismo. ¿Trataba de justificar mi próximo asesinato? Por supuesto.

Seguí a mi acompañante y descendimos a la segunda planta del sótano. La vieja abrió el bolso e introdujo la mano.

—Toma las llaves.

Sonreí satisfecho. Abrí la puerta del conductor y subí a la cabalgadura.

—Te gusta, ¿verdad?

Era un vehículo todoterreno que hacía sentir una extraña forma de poder y de supremacía a quien lo conducía. Dos toneladas y media de tecnología punta sólo al alcance de empresarios y dentistas. Cómo lo había conseguido esa viejecita de aspecto amable era algo que no me interesaba. Giré la llave y creí viajar en un avión.

—¡Salgamos de aquí!

Ascendimos por la rampa y salimos al exterior.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Tienes suerte, los miércoles acude a hacer la compra del mes con su mujer. En estos momentos abandona el centro comercial en su vehículo.

Lo tenías todo previsto, ¿verdad?

—Recuerda, Martín, libre albedrío. Yo sólo tengo la información, tú la decisión. Es ese volvo que circula a treinta metros.

Pisé a fondo el acelerador. Desde mi elevada posición cualquier propósito agresivo parecía fácil. Debía seguirlo y eliminarlo.

—¿Y cómo lo hago?

—Has visto su coche y has visto el que tú conduces...

Era una forma de responder mis preguntas que me irritaba. Comprendí de inmediato. Pero había algo más. Si yo moría, mi acompañante también. Albergué la esperanza de deshacerme de una vez por todas de mi mentor. La ingenua posibilidad de acabar con la pesadilla me estimuló a seguir. Escoltamos el vehículo del juez durante diez minutos.

—Ahora gira a la derecha y toma el camino del polígono industrial.

Me dejé dirigir, tal como había hecho desde el primer día. Yo no era nadie sin él —o sin ella—. Y ambos lo sabíamos. Quizá porque las madres son seres femeninos yo me esforzaba en asignarle un sexo masculino a mi demonio. Y, probablemente, ésa era otra disquisición bizantina. En cualquier caso, me resultaba extraño recibir instrucciones de una anciana, pero yo no dictaba las reglas en ese espacio ni en ese tiempo. Dejamos atrás el mosaico de naves industriales y manufactureras del polígono y salimos a una carretera secundaria.

—Vivir en una urbanización alejada de la ciudad no significa vivir seguro —comentó la anciana sin esperar respuesta alguna.

Me deslumbraron las luces de unos faros y creí llegado el momento. Me repantigué en el asiento y me encomendé a la misión suicida pisando a fondo, pero Lobo me cogió el volante en el último segundo y corrigió la dirección.

—¡No es éste, es el siguiente!

Lo vi aproximarse a doscientos metros, seguro al volante de su volvo familiar. No había contado con matar también a su esposa, pero no podía retroceder. Y apostaba a

que era una de su misma clase. Ya sé, ya sé que estaba llevando mis convicciones revolucionarias hasta la ultratumba. Y lamenté, por un momento, que la bella creación tecnológica que conducía fuera a tener un abrupto final. Porque me dirigía a un enfrentamiento con otro caballero medieval. Alzamos las pértigas y aumentamos la velocidad de nuestros corceles. Sólo que uno de los dos pensaba respetar las reglas y el otro, no. Giré el volante suavemente. Una luz cegadora iluminó el habitáculo del todoterreno y dejó al descubierto la elegante línea del salpicadero, las incrustaciones de madera, la piel beige del volante y del cambio de marchas. Pero era tarde para quedar fascinado por la volátil opulencia burguesa. Nada de esto podía acompañarme a la sepultura. Escuché el reiterado timbre del claxon. Alguien quería vivir, alguien trataba de comunicarse al otro lado de ese foco de intensa luz. Ya lo había decidido hacía unos minutos, era inevitable que el juez y yo muriésemos esa noche.

Capítulo 7

Yo manejaba el volante. Y mi mujer y mi hijo cantaban una canción aprendida en la escuela. Era un día espléndido, soleado, pero en blanco y negro. La carretera se hallaba despejada de tráfico. Sólo circulábamos nosotros. Cruzábamos un puente elevado cuando perdí el control y el vehículo cayó al río. En unos segundos fuimos engullidos por un mar de lodo. Me giré para comprobar cómo se encontraba mi familia, y los hallé aturcidos y, de inmediato, presa del pánico. El coche tocó fondo con violencia. Y no importa en cuantas ocasiones hayas escuchado las mismas recomendaciones. Una nube de fango nos envolvió, como una nebulosa, abismal. Me despojé del cinturón de seguridad. El nivel del agua ascendía en el interior. Los agudos llantos de mi hijo me impedían pensar. Mi mujer también se hallaba frenética. Intenté liberarla del cinturón en vano. Frustrado, la abandoné y puse las manos sobre los hombros de mi hijo. De súbito, una tromba de agua inundó por completo el habitáculo. Carlos se agitó desesperado ante la falta de aire, se ahogaba. Mi mujer se había rendido y yacía inconsciente en el asiento. Era incapaz de liberar a mi hijo de, la silla infantil. Me asfixiaba. Abrí la puerta y nadé bajo el agua. Solo.

La rueda del Samsara volvió a girar. Y yo abrí los ojos en una cama que no reconocí, en un cuerpo que no me pertenecía. Examiné mis manos. Había vuelto a ser blanco. Y joven. Mi nuevo anfitrión debía tener unos treinta y cinco años, el cabello corto y la nariz estrecha y afilada. Me acaricié los bíceps. Era un tipo en forma y quizá carente de cerebro. No encontré con la mirada ningún libro en el dormitorio. Pero no pensaba protestar todavía. Observé la cama, se hallaba deshecha. Mi compañera se había levantado primero y se había encerrado en el cuarto de baño. ¿Quién y cómo sería? Eran unos interrogantes tan válidos para ella como para mí mismo. Me incorporé desnudo. Y me sorprendió mi propia desnudez. Caminé descalzo hasta el amplio ventanal que presidía el dormitorio. Era una magnífica pantalla de televisión, un exclusivo documental sobre vegetación arbustiva y arbórea mediterránea. Contemplé admirado el verde intenso, resultado de la fecunda estación. El armónico canto de los pájaros se encargaba de recordarme que había nacido un nuevo día. Y estaba de acuerdo.

Me aproximé con cautela al espejo del dormitorio y di el visto bueno a la escultura con la que iba a recorrer las siguientes veinticuatro horas. Posé como un modelo durante unos minutos. El resultado era altamente satisfactorio. Y, sin embargo, la desazón me embargó. Nada de lo que últimamente tocaba vivía mucho tiempo.

¿Y ella? Ella se duchaba detrás de una de las dos puertas que permanecían

cerradas. Me precipité sobre una fotografía. Los dos constituíamos una joven pareja. Su rostro me resultó familiar, pero, al fin y al cabo, habíamos nacido en la misma ciudad y la retina o la corteza neuronal conservaba multitud de recuerdos sin clasificar. Volví al espejo y me pregunté cuál podía ser la causa de la muerte de un cuerpo tan bellamente construido. Volví a coger a la fotografía. La pareja se abrazaba junto al tronco de un árbol. Él rodeaba el cuello de su amante con los brazos. Parecían felices. Ella sonreía sin disimulo y él encarnaba perfectamente al macho adulto que se resiste a expresar emociones o que las quema en el gimnasio.

La puerta se abrió y apareció mi compañera sexual envuelta en un albornoz de baño.

—¿Qué haces así?

Sonríó mientras formulaba la pregunta. Y de inmediato reconocí la sonrisa. El maldito diablo volvía a jugar de nuevo conmigo, pero ese irónico comportamiento no constituía en absoluto una novedad. Sus ojos apenas recorrieron mi cuerpo desnudo. Yo permanecía paralizado, un poco incómodo por no saber qué decir. Conocía el nombre y el apellido de la mujer que me observaba, conocía el instituto donde había cursado los estudios de secundaria, sus sueños en la vida y su color favorito.

—¿Vas a pasarte todo el día ahí, de pie y desnudo? —preguntó ella en tono de burla.

—No, claro que no.

Busqué rápidamente con la mirada dónde se hallaba la ropa. En mi hogar original eso habría resultado tremendamente sencillo. Figuraba a la vista, encima del televisor o colgada del picaporte de la puerta. Pero el propietario de mi cuerpo era un tipo metódico, meticuloso y preocupado por lo formal. Yo era su opuesto, así que pensé en negativo. Y en el armario encontré los pantalones. Y en un cajón inferior la ropa interior y los calcetines. Una vez oculta mi desnudez, dirigí la mirada a mi compañera de dormitorio. Yo me había enamorado de Marta Rodríguez veinticinco años antes, en el instituto. Ella era la palomita por la que suspirábamos todos. Por supuesto recordaba que, a diferencia de los otros pretendientes, yo le había abordado una tarde en los pasillos y le había confesado mi amor. Es cierto que ella había respondido negativamente, que había alegado que estaba saliendo con alguien. Esa lealtad me pareció admirable en su momento. Ya se sabe que tratamos de llevarnos siempre algo positivo en la adversidad.

Traté de recordar a su novio. Y, sí, ¡Dios mío! se parecía mucho al cuerpo que yo ocupaba. Se había conservado bien el tipo. Resultaba increíble en los tiempos que corrían: ella se había casado con el primer novio del instituto. Era un notorio ejemplo de fidelidad al error primigenio.

—¿Te preparo el desayuno?

—Sí, gracias. Estás muy guapa esta mañana.

Se acercó y me regaló un beso en la mejilla. Me miró extrañada, probablemente porque su marido había dejado de tratarla como a una princesa desde hacía demasiado tiempo. Desapareció y me quedé solo, abrochándome los botones de la camisa, maldiciendo mi poca destreza en espiar los rincones más recónditos de su cuerpo desnudo.

A los pocos minutos tomé aire y abandoné la habitación. Volví a verla, como años antes, apartándose el cabello que acariciaba sus mejillas. Lo llevaba como entonces, largo y liso, de un negro azabache. Se había maquillado los pómulos con un jovial colorete y los ojos emergían de un contorno oscuro, en absoluto, grosero. Aprobé el color natural de sus labios y el ceñido suéter que ocultaba dos senos proporcionados y pequeños. Observé cómo se desplazaba en unos vaqueros ajustados y en zapatillas de deporte. No debía trabajar, realmente semejaba una estudiante universitaria. Yo, en cambio, sí debía hallarme encadenado a un trabajo y a un horario.

—Vamos, acércate a la mesa, que vas a llegar tarde.

Obedecí como un autómatas. Ella mordía una tostada demasiado hecha. Volvió a sonreírme divertida. Por unos segundos me entristeció tenerla delante. Su marido apenas tenía unas horas más de vida. Ella pronto se convertiría en una viuda y llenaría sus ojos de lágrimas, la amargura borraría la sonrisa de la que yo me había enamorado como un adolescente veinticinco años antes.

—¿Qué te pasa, cariño? Te encuentro raro.

Quise desconcertarla un poco más. No reconocía el tazón de leche con cereales ni el vaso de naranja natural que me acompañaban. Me incorporé y besé sus labios. Pensé en revelar la secreta circunstancia que nos había unido, pero mi sombra era un peligroso bufón que podía reaccionar caprichosamente.

Volví a mi silla y observé su rostro de nuevo. Se había ruborizado. Y deseé confesarle que teníamos poco tiempo, que debíamos quedarnos en casa y dejar a un lado las estúpidas obligaciones que tejemos cuando nos creemos inmortales. Y meternos en la cama y, al menos, yo, ver realizada una de mis fantasías más soñadas. Porque Raquel sólo había sido la segunda o tercera opción que se me había presentado en la vida. Y es obvio que me había equivocado, que la había juzgado mal. Tampoco habría sido muy práctico desear a mi amor del instituto toda una vida para no conseguirla jamás. La había sepultado bajo capas de sensata resignación durante todo este tiempo, pero ahora estaba allí, delante, a unos pocos centímetros.

—Me voy, cariño. Estás muy raro esta mañana, pero sigue así... creo que me gusta.

Me regaló un beso antes de ponerse la chaqueta y desaparecer por la puerta de la cocina. Ignoraba si volvería a verla, pero conocía los mecanismos del juego. Trataría de buscar alguna respuesta a lo largo del día. Y también, alguna víctima probable. Acabé el desayuno e inspeccioné la casa. El marido de Marta había dedicado toda su

vida a cultivar su cuerpo. Y había ganado varios premios locales de artes marciales. Claro que era mi cerebro el que ahora gobernaba sus articulaciones. Y yo era un ser torpe y sedentario. Y él también lo era en este momento. Miré en los cajones y cogí todo el dinero. Entre su ropa perfectamente plegada hallé un cuchillo de explorador, con un filo de casi quince centímetros. Lo até a la pierna con la esperanza de no tener que emplearlo.

Rodeé la casa. La familia habitaba una vivienda unifamiliar, una construcción aislada, rodeada de otras muchas gemelas. Siempre había albergado dudas respecto al poblamiento horizontal. Comenzaba a pensar diferente. Miré en el garaje y observé desolado que no había ningún vehículo a motor. Sólo una bicicleta. Y la tomé prestada. Resultaba encantador ser cegado de nuevo por el sol. Y acariciado por una fresca brisa. Ese distrito de la ciudad constituía un paraíso, un mar de tranquilidad frente al estrés urbano. Transcurridos diez minutos, el paisaje cambió, las calles se estrecharon y las edificaciones aumentaron en altura. En especial, una. Era una iglesia neogótica, un mosaico de arcos ojivales, gabletes y pináculos. Dos elevados chapiteles flamígeros coronaban las dos torres. Levanté la vista hacia el rosetón central y observé a continuación el tímpano que representaba a Cristo rodeado de los apóstoles. La búsqueda de mi esposa y de mi hijo había finalizado en vano. En realidad, me hallaba preso de un acuerdo cuyas condiciones no recordaba. Si mi ángel de la guarda era Satán o uno de sus demonios, debía acudir a su opuesto.

Supe que el templo estaba abierto al público porque un mendigo me dio la bienvenida con su mano cóncava. Lo ignoré y él me regaló una maldición. Realmente no sabía de dónde venía ni con quién trataba.

Yo nunca había profesado la fe católica, siempre la había contemplado desde la lejanía, la había considerado como un elemento cultural de la sociedad que me había visto nacer y como tal la había aceptado. Reconocí la pila donde los creyentes bañaban sus dedos para santiguarse y pasé de largo. La intensa radiación solar se había atenuado a su paso por las vidrieras coloreadas. Miré al cielo de la catedral y observé complacido el diseño geométrico de las tres naves, las bóvedas de crucería y en su centro, las pesadas claves de piedra. Al fondo se levantaba un retablo de madera, pero esa clase de trabajos escultóricos nunca habían despertado mi admiración. Paseé unos minutos distraído, sin importarme cuánto tiempo consumía en ese menester tan poco productivo. Me fascinaba la curvatura de las bóvedas recorridas por los nervios. Y cómo estos viajaban verticales y se adosaban a los pilares formando haces de columnillas. Torpemente, tropecé con un confesionario. Y, sí, quizá era el lugar indicado.

Me arrodillé.

—Ave María Purísima —dijo mecánicamente el sacerdote.

—Padre, quiero confesarme...

—¡Sin pecado concebida, hijo mío! ¡Has de decir *Sin pecado concebida*!

El sacerdote oculto detrás de la rejilla reprochó mi ignorancia de los ritos cristianos. Adiviné unas gafas metálicas y un rostro perfectamente rasurado. Era quizá uno de los actos más sensatos que había llevado a cabo en los últimos días. Comencé el relato desde el principio, desde el momento en que desperté encerrado en el ataúd. Y él permaneció callado, escuchando atentamente, asintiendo a todos los detalles de mi narración. Buscaba algo más que las únicas palabras que escuché de su garganta:

—Hijo mío, no puedo ayudarte.

—¡Todo lo que le he contado es absolutamente verídico!

—Aunque ése fuera el caso, tú no necesitas un confesor.

—He asesinado a cinco personas, creo que es por sí mismo un suceso bastante grave.

—Lo siento.

El sacerdote se incorporó y el confesionario se tambaleó como la barca abandonada repentinamente por un pasajero. Aparté la cortinilla que me aislaba del resto de líeles y le seguí a la sacristía.

—Padre, debo hablar con alguien.

—Ya te lo he dicho, este asunto no me concierne.

—Por favor...

Supliqué ser escuchado. Pero aquel tipo, fuera de su garita de francotirador espiritual, semejava más un discípulo del Diablo que un humilde seguidor de Cristo. Medía casi uno noventa y era delgado, con el cabello plateado y unas gafas de miope adulto. Era un hombre agradable, que podría haber sido confundido con un padre de familia o un oficinista mediocre, a condición de colgar la chaqueta negra y el alzacuellos.

Me invitó a entrar, algo contrariado.

—No es mi especialidad, hijo mío. Según lo que cuentas estás un poco perdido.

—Todo es verdad, padre, se lo aseguro.

—En ese caso es mucho más grave. Si has firmado un pacto con el diablo ya conoces cuál es el precio que has pagado o vas a pagar: tu alma. No te puedo ayudar, porque no soy un especialista en exorcismos ni en demonología. Durante siglos el hombre se ha visto atraído por el mal y algunos hombres han sido seducidos por el Diablo, pero saber eso no ayudará a resolver tu problema.

Nos habíamos sentado en torno a una mesa rectangular, la misma que debía congrega a las beatas solteronas que ayudaban en la parroquia. La sala estaba presidida por un televisor mudo y ciego. Y a un lado, en el tabique perpendicular, yacían adosados un crucifijo y un calendario con imágenes mañanas.

—Yo lo he visto con mis ojos.

El sacerdote cerró los suyos y recitó de memoria:

—*El hombre se imagina que se halla solo frente al mundo. En realidad, el diablo lo ronda siempre, viene a su encuentro, cruza su camino, sigue sus pasos, lo acompaña, lo llama, lo empuja, habita debajo de su cama...*

—¿Cómo puedo saber si es el Diablo?

—Te ha obligado a cometer asesinatos. Eso es suficiente.

Mi interlocutor se levantó, parecía inquieto. Me había cruzado en su cómoda existencia y le importunaba. Personalmente nunca había creído en la sinceridad de la clase sacerdotal. ¿Era el Papa el único ser sobre la Tierra que conocía realmente la existencia de Dios? Sospechaba la respuesta, pero ese día y en esas circunstancias, tenía que aferrarme a una divinidad positiva y no a un ser omnipotente y juguetón que me obligaba a asesinar para seguir respirando.

Encendió un cigarrillo y me ofreció uno. Lo rechacé, porque yo sólo quería escuchar alguna respuesta a mis interrogantes.

—¿Y qué piensa de mi historia, padre? Él me asegura que desperté en el ataúd porque mi mujer me asesinó...

—Será una falsedad.

La infidelidad de mi esposa no había sido una falsa ilusión. Lo había visto con los ojos de un negro marginado, pero lo había visto.

—¿Por qué Dios permite el mal?

—Es una pregunta muy antigua, casi tanto como su respuesta. Yo, sin embargo, no soy doctor en teología —aspiró de nuevo de su cigarrillo. No había tenido suerte, el sacerdote que tenía delante albergaba tantas dudas sobre la existencia de Dios como cualquier otro mortal—. La apariencia monumental de este templo no debe confundirte, sólo soy un modesto párroco complacido en celebrar la misa y cuidar de sus fieles.

—¿Por qué Dios permite que el Diablo se pasee a sus anchas? —insistí arrugando el rostro. La mía no era una cuestión de fe, sólo perseguía obtener respuestas que me permitieran comprender la realidad.

—Dios creó al hombre a su semejanza —prosiguió el sacerdote—. Pero también al Diablo. Debes conocer la historia del ángel caído. Muchos teólogos opinan que no está solo, que Lucifer sólo es el líder de un rebaño de demonios, de ángeles extraviados. Y Dios tolera su existencia a modo de prueba y examen constante de la conducta del hombre. En cierto sentido, el Diablo es un instrumento de santidad.

Era la explicación doméstica de la persistencia del mal y de la desgracia, de la constancia de las catástrofes y de las calamidades, del dominio de la oligarquía sobre las masas populares.

—Padre, yo sólo sé que antes de acabar el día volveré a asesinar.

—Eso tiene una solución sencilla. ¡No lo hagas!

—Ha amenazado con acabar con toda mi familia.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte. Esto es superior a mis capacidades y conocimientos. Te recomiendo que acudas a la basílica de Santa María de las Cruces, el padre Matías quizá pueda ayudarte. Puedes decir que vas de mi parte.

—No puedo perder el tiempo peregrinando de iglesia en iglesia. ¿Y si se presenta de nuevo?

—Sólo recuerda que los poderes del Diablo, así como su inteligencia, no son ilimitados. Están subordinados a la voluntad de Dios, que nunca permite que la tentación supere al libre albedrío del hombre.

Esas palabras se habían escrito hacía demasiado tiempo. Ni Dios ni el Diablo eran en ese momento lo que fueron. Los papeles se habían invertido y el mal reinaba en el mundo. ¿O acaso el hambre, las guerras, el terrorismo indiscriminado, la infelicidad y la esclavitud laboral sólo eran los obstáculos y tentaciones que el buen Dios ponía en el camino del hombre para el examen diario de su conciencia? Quizá Dios era único y aglutinaba en un solo ser el bien y el mal, como un todo indivisible. Pero unas y otras sólo eran palabras construidas sobre otras palabras que no resolvían mi servidumbre.

Me despedí del sacerdote, que se quedó fumando en la sala, dejando que transcurrieran los minutos que mediaban hasta el almuerzo y las noticias del informativo.

A la salida encontré otra prueba fehaciente del buen dios que guiaba mis pasos de retornado de ultratumba. La bicicleta había desaparecido. Comencé a caminar con las manos hundidas en los bolsillos, meditando que si la iglesia católica no me ofrecía la salvación, quizá podría hacerlo un charlatán, un santero de éstos que se anunciaban en los periódicos y en las televisiones locales como remedio de tocios los males. Rescaté un periódico de la papelería y leí y releí los reclamos publicitarios de esa casta de embaucadores. Cerré el arrugado periódico y lo dejé donde lo encontré. No lo necesitaba. Recordé que conocía a uno. La hermana menor de Raquel me pidió en una ocasión que la acompañara. Lo hice gustoso, excitado por la curiosidad, protegido por la armadura del conocimiento, con ánimo de despreciar toda clase de supersticiones. En aquel momento yo no creía en Dios y tampoco en su opuesto, las capacidades sobrenaturales sólo constituían un gran negocio, una estafa en absoluto sutil. Y yo sólo fui el paladín que debía defender a mi cuñada de una detracción excesiva de numerario.

Invadí la calzada, alcé la mano derecha y un taxi se detuvo a mi lado.

El cartel de la consulta anunciaba un horario vespertino. Tomé un bocado en la cafetería más cercana e hice tiempo haciendo girar la cucharilla en la taza de poleo.

Había estado en aquella vivienda transformada en negocio y no me distrajeran los crucifijos invertidos, los muñequitos de trapo concebidos para ser acribillados con alfileres ni las místicas representaciones de Cristo o de la diosa Khali. El incienso que

ardía en un hornillo consiguió, eso sí, taponar mis narices. A pesar de todo, seguí obediente el camino que abría un personaje grueso y calvo, envuelto en una lustrosa túnica violácea.

—Siéntese, por favor.

—Tengo un problema, un problema muy serio...

El mago Nicolás escuchó atentamente el desarrollo del relato. Observé el brillo de sus ojos, apenas parpadeaba. Quizá la atmósfera de pesada oscuridad en la que aislaba a sus víctimas concedía al brujo el beneficio de la duda. Un ser incrédulo habría pensado que el tipo estaba a punto de desfallecer de sueño y de cansancio — era la hora de la siesta—, que deseaba cerrar los ojos y que yo le dejara un fajo de billetes en la mano. A lo largo de mi narración golpeé la mesa en un par de ocasiones y me deshice en aspavientos, con ánimo de que la atención no decayera. Sus primeras palabras me demostraron que había atendido a la parte fundamental de la historia.

—Una epidemia de satanismo sacude nuestro planeta. Lo que le ocurre a usted, le ocurre a muchas personas que han venido a verme...

No le creí en absoluto, pero mi propósito no era discutir con ese timador experto. Había surgido la idea de visitar a un profesional alternativo al culto católico y me había presentado allí, sin haberlo meditado lo suficiente. Comenzaba a recordar. Años antes la hermana de Raquel había salido de esa casa convencida de un destino dorado. Y, en cierto sentido, fue engañada. Le prometió hallar el amor y a los pocos meses se casó con un mecánico de coches aficionado a la bebida y a los maltratos físicos. Auguró una feliz maternidad y se cumplió en forma de niño hiperactivo, objeto de consulta posterior en decenas de psicólogos charlatanes. Exceptuando esos matices carentes de importancia, el tipo había acertado en todo.

—Por favor, ha de ayudarme...

—Dice que ha retornado de la muerte. ¿Qué prueba puede aportar?

Los papeles se invirtieron. El mago Nicolás me exigía pruebas científicas a mí, a la víctima encerrada en el laberinto.

—Ninguna —le respondí con sinceridad—. Sólo sé que mañana despertaré en otro cuerpo.

—Visítame entonces, pase mañana por la consulta. Y si su historia coincide con la que me ha contado hoy, comenzaré a pensar en ello.

Era una propuesta cabal, pero no resolvía nada. El timbre facilitó su escapatoria. El sujeto se incorporó sin decirme nada, corrió las cortinas que separaban la estancia principal del resto de la casa y repitió la operación inversa. Escuché cómo se abría y se cerraba la puerta principal. El graznido de unas bisagras poco engrasadas me permitieron imaginar al farsante disfrazado que invitaba a entrar a algún infeliz. Regresó y se sentó con un irritante rictus dibujado en su rostro. Deseaba transmitir serenidad esotérica, pero sus mejillas se habían pigmentado involuntariamente de un

rojo sanguíneo.

—Tengo visita y la consulta ha finalizado. ¡Son cien euros!

—¡No hemos acabado todavía! —le anuncié depositando dos billetes sobre la mesa y el cuchillo de explorador cuya punta señalaba a su pecho.

—¿Qué significa esto?

—Significa que debes colaborar si no quieres que te ocurra nada —comencé a tutearle deliberadamente. Es algo que provoca el jugar con armas.

—Ya le he dicho que tengo visita.

—Que esperen, la debilidad les hará más permeables a tus falsedades.

—Aquí el único embustero es usted y esa fantástica historia que me ha contado.

—No lo repetiré. Comienza con el rito del exorcismo ahora mismo y no perdamos el tiempo.

—¡Dios mío, un exorcismo! —exclamó aleteando sus brazos—. ¡No sabes lo que pides! ¡Tú no tienes dinero suficiente para pagarme!

Me incorporé y antes de que pudiera reaccionar llevé la hoja del cuchillo a la garganta.

—Deberías acudir a un sacerdote —dijo con sensatez ante la gravedad de la amenaza.

—Ya he visitado a uno y me ha decepcionado. Dime, al menos, todo lo que sepas del Diablo.

Busqué con la mirada una cuerda y hallé una soga que envolvía el busto de un Cristo que ofrecía compungido el sagrado corazón. Le até las manos a la silla.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

El sacerdote y tú habéis coincidido en idéntico diagnóstico. Sigue hablando...

Inspiró un par de veces y comenzó vacilante, tartamudeando como los clientes que acudían a su consulta desahuciados por el resto de la humanidad.

—En una posesión demoníaca se ha de distinguir, en primer lugar, al demonio poseedor, que tiene algunas capacidades, y al ser humano poseído. El demonio no tiene una personalidad propia definida, ni un único rostro, puede adoptar los cuerpos de aquellos que vayan a morir o, simplemente, tomarlos prestados. A veces se muestra amigo y otras iracundo, prepotente o servil...

—Dime algo que no sepa.

—Solamente los que creen en Dios creen en el Diablo.

—¿Es eso lo que piensas realmente?

Sólo en un mundo perverso no se podía obtener la sinceridad ni siquiera bajo la amenaza de un cuchillo. El mago Nicolás había abandonado, hacía rato, el aire solemne y autosuficiente con el que impartía su prédica y comenzaba a sudar. Le acaricié la barriga debajo de su túnica. Sumamente terrena, en absoluto espiritual.

—Personalmente considero que el Diablo no existe —prosiguió más sereno—.

Vivimos en un mundo suficientemente diabólico, los hombres están endemoniados y el diablo no existe...

—Totalmente de acuerdo contigo hasta hace unos días. Pero todo lo que te he dicho es completamente cierto.

—Entonces tienes un problema —replicó casi sonriendo.

—¿Quién de los dos? —le repliqué, enseñándole los dientes a unos pocos centímetros de su rostro inflado y azorado—. No has prestado suficiente atención al relato. Para seguir vivo necesito entregarle un alma al diablo cada día.

—No tengo por qué ser yo. Ve a la sala de visitas, hay una mujer esperando. ¡Mátala a ella! Yo te puedo ser más útil...

El aprendiz de nigromante quería ganar tiempo frente a un psicópata peligroso. ¿Qué pensaba realmente de mi historia? ¿Que el abuso de las drogas me había conducido hasta allí? No importaba lo que pensara. Ya no importaba.

—Lo siento, pero sólo eres un miserable.

Le introduje en la boca un pañuelo de tela escarlata que hallé en el mueble estantería donde se exhibían los artefactos mágicos. Incliné la silla donde se encontraba atado y lo arrastré hasta un extremo de la sala, allí donde un segundo juego de cortinas parecía ocultar la sección privada de la vivienda. Sólo era un estrecho pasillo que daba a un cuarto de baño. Efectué el traslado de la pesada carga, acompañado de los apagados gemidos que brotaban de su obstruida garganta. ¿Adónde me dirigía esa acción? El reputado embaucador tenía una visita en espera. Busqué en los cajones del mueble del cuarto de baño y con un rollo de esparadrápalo le até las piernas desnudas a las patas de la silla. Pero el gordo seguía agitándose inquieto, intuyendo su muerte, y yo no podía reprochárselo. Le golpeé con el mango del cuchillo en la nuca hasta que su cuello perdió la rigidez. Tenía que ganar tiempo. La conversación proseguiría después. Abandoné la estancia con el propósito de anunciar al segundo cliente de la tarde que el adivino Nicolás lo sentía mucho, pero que no podía atenderle.

Abrí la puerta de la sala y quedé paralizado un par de segundos. Llevaba la lección bien aprendida, pero enmudecí en presencia de la mujer de cabellera pelirroja. Era Raquel, mi esposa, la hembra que me asesinó por amor, por sexo o por un futuro económico más desahogado.

—El maestro Nicolás se halla indispuesto y me ha pedido a mí, que soy su ayudante y discípulo, que le atienda —le anuncié con amabilidad desde el marco de la puerta. La observé mientras elaboraba la respuesta. Se había despojado de la chaqueta, llevaba una blusa que no reconocí y cruzaba sus piernas defensivamente. Me habría encantado recorrer su piel con mis manos y tomarla de nuevo.

—En realidad, vengo a verle a él.

—Le aseguro que mi maestro me ha enseñado todo lo que sabe. Permítame un

minuto y, de inmediato, vendré a buscarla para iniciar la sesión.

No pareció en absoluto convencida, pero su rostro se había bañado en lágrimas durante la espera y el natural mecanismo de la negativa, tan común en el ciudadano medio, se había debilitado. Cerré la puerta y regresé con mi anfitrión. Lo hallé inconsciente, pero mi prudencia me recomendó golpearle de nuevo en la nuca. Habría sido estúpido desperdiciar la ocasión. Le desaté las manos y retiré la túnica de su cuerpo en unos segundos. Repetí la operación inversa y esta vez me aseguré que sus manos no pudieran liberarse. Empleé el esparadrapo para reforzar las ligaduras. Grueso y velludo como un cerdo, no tenía aspecto de poder adivinar siquiera su futuro inmediato. Tampoco las ligaduras semejaban nada profesional. Me coloqué la túnica y cerré la puerta del cuarto de baño.

Raquel entró en la sala donde el adivino cerraba sus tratos y se sentó en el extremo anterior de la silla. Desde mi nuevo disfraz percibía la rigidez que provoca el temor y el desconocimiento.

—Quiero que me eche las cartas, últimamente me han sucedido muchas cosas y quiero conocer mi futuro.

—¿Qué es lo que realmente le preocupa?

—En primer lugar quiero decirle que yo nunca he creído en las ciencias ocultas. He venido por referencias de mi hermana, ella ha visitado mucho a don Nicolás.

—Lo sé.

Hasta ese momento ninguno de los dos había mentido. Se había maquillado ligeramente y vestía ropas oscuras con la intención de guardar el luto por su difunto marido. O quizá lo era por su amante. Nunca se lo había dicho, pero el color negro le favorecía. Y, sí, deseé poseerla sobre aquella mesa, con permiso de todas las imágenes cristianas y santeras que nos contemplaban desde la penumbra o desde la luz de una llama.

—Mi marido murió hace una semana. Y mi amante lo hizo hace tres días, asesinado por un delincuente.

—Un negro, ¿verdad? —le interrumpí deliberadamente.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Siga, por favor.

—Le parecerá extraño, pero, en realidad, sospecho que mi difunto marido está detrás de ese crimen. Visité al negro en la cárcel y me pareció que sabía más de lo que decía. Además, hay otros signos de su presencia. Le parecerá una estupidez, pero en la cocina de mi casa, el grifo...

Sin duda, me parecía una simpleza que mi ex esposa entablara esa clase de conexiones entre el mundo real y el de ultratumba.

—... En resumidas cuentas, creo que mi marido ha venido del infierno para castigarme.

—¿Lo ha visto con sus ojos?

—No, pero he recibido llamadas extrañas últimamente. Y el número de teléfono no figura en la guía. Y ya le he dicho lo del grifo de la cocina.

Sí, con semejantes pruebas empíricas deberíamos ahorcar al primer sospechoso que se cruzara delante de nosotros. Es curioso, pero cuanto más percibía su estupidez más la deseaba sexualmente.

¿Cómo murió su marido? ¿En qué circunstancias? ¿En casa o en el hospital?

En la oficina.

Menudo idiota, pensé.

—Fue repentino. Se encontraba bien y era bastante joven, pero me llamaron del hospital y que me dijeron que había muerto.

—¿Cuántos años tenía?

—Cuarenta y dos.

—Creo que me oculta algo, señorita. Entiéndame, yo no soy la policía, yo sólo quiero ayudarla. ¿Qué pasó realmente?

—Ya se lo he dicho.

—Déjeme sus manos.

Tomé sus manos y cerré los ojos. Quería escuchar de sus labios el crimen que había cometido. Fingí concentrarme en un profundo ejercicio mental. Creo que por eso y por el silencio que envolvía la vivienda percibí con tanta intensidad el insistente zumbido procedente del cuarto de baño.

—Discúlpeme un segundo, para ver a través a de su mente he de hacer algo antes.

La dejé sola, con la blusa oscura deformada a la altura de los senos. Pero el deseo de satisfacerme sexualmente podía esperar. Inspiré un par de veces en el pasillo. Armado con el cuchillo, hundí el picaporte y empujé la puerta con firmeza. El adivino Nicolás se había liberado las dos piernas y luchaba desesperado con las ligaduras que envolvían sus manos.

—¡Maldito estúpido, no me dejas otra opción!

Mis palabras lo agitaron todavía más, pero la hoja del cuchillo no tardó en hundirse a la altura de su garganta. La sangre brotó abundante, como del cadáver colgado de un toro de lidia. El farsante luchó por llevar su mano derecha a la brecha abierta, pero le había atado a conciencia. En unos segundos aceptó su final.

Deposité el cuchillo sobre la tapa del váter y observé mis manos manchadas de sangre. Dejé caer el agua un par de minutos. Miré a la víctima del sacrificio y le reproché su inoportunidad. Tenía a mi mujer en la sala contigua y ni ella ni yo mismo podíamos esperar.

—Perdone la interrupción, pero he sacrificado un gallo para poder facilitar el contacto con el espíritu de su marido.

Raquel no entendió nada. Yo improvisaba libremente. Sabía que mi credibilidad

dependería de los datos veraces que aportara.

—Sus manos, por favor —insistí de nuevo.

—¡Las tuyas están manchadas de sangre! —exclamó asqueada.

Era capaz de llevar su obsesión por la limpieza del cuerpo o del hogar hasta las mismísimas Puertas del Infierno. Como en vida, hice caso omiso de su observación.

—Es necesario. Un momento de silencio, por favor.

Volví a cerrar los ojos y a recuperar el ritmo respiratorio. Apenas a un par de metros un charlatán muy apreciado en la ciudad se desangraba irremediablemente. Nada ni nadie nos molestaría. El matrimonio volvía a estar unido, vinculado a un siniestro destino cuyo final era incapaz de adivinar.

—Veo una muerte violenta. ¿Sigo hablando o me lo dice usted? Nosotros somos como los médicos, confidencialidad absoluta garantizada.

Raquel vacilaba en confesar su secreto. Había manipulado impunemente a su marido durante años, pero en aquel lugar y en aquel momento se sentía vulnerable, con su mente al alcance de un visionario, de un ser dotado de clarividencia.

—Es posible —hizo una pausa y vaciló— que mi marido no muriera por causas naturales.

—¿Murió envenenado?

Asintió en silencio, como si afirmarlo verbalmente implicara un reconocimiento superior o absoluto. Se llamaba Martín, ¿verdad? ¿Cómo puede saberlo?

Solicité su silencio conduciendo el dedo índice al eje simétrico de mis labios. Cerré los ojos y proclamé solemne otra de las certezas que manejaba:

—El alma de su difunto marido vaga por esta ciudad. Y ahora mismo se halla entre nosotros.

—¿Puedo hablar con él?

—Puedo intentarlo.

Era un viaje a un callejón demasiado oscuro y, sin embargo, aceptaba el reto de la difícil representación dramática. Contaba con que el público se hallaba rendido a mis pies. Solté sus manos y volví a cerrar los ojos. Moví la cabeza de un lado a otro y comencé a respirar sonoramente. Fingí experimentar un par de vehementes sacudidas y, por fin, fatigado, eché la cabeza hacia atrás. Esperé un minuto de angustioso silencioso, Raquel tragaba saliva y yo me sentía algo incómodo, pero muy cerca de alcanzar el éxito de la crítica.

—¿Quién eres? —preguntó Raquel inquieta. Su precipitación, su pregunta directa, ayudaban en mi propósito.

—Soy aquél a quien mataste.

—Yo no quise hacerlo, Martín, te lo prometo.

—¿Por qué lo hiciste?

No lo sé, cariño, desde entonces mi vida es terrible. ¿Por qué lo hiciste?

Me dejé llevar. Fue idea de tu amigo Fernando Falcó. Me propuso en matrimonio, pero primero había que deshacerse de ti.

Yo siempre te quise.

Y yo, pero se me nubló la mente. Tienes que perdonarme, Martín, por favor.

—¿Y mi hijo?

—Está bien, yo me ocupo de él. Pero, dime, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Al principio quise vengarme... —hice una pausa y pensé en finalizar la función. La charla con un muerto debía alejarse de los convencionalismos de los vivos y yo ya había practicado demasiadas concesiones. Respiré fatigosamente durante unos segundos, antes de pronunciar las siguientes palabras—: Ahora sólo busco la paz.

Ante el prolongado silencio Raquel volvió a hablar:

—¡Cariño, por favor, perdóname! Yo no quería, fue Fernando, él me convenció para que lo hiciera. Entiéndelo, no éramos felices... Martín, por favor, dime algo...

Volví a mover la cabeza con violencia, hacia delante y hacia atrás, interpretando mi papel de médium profesional. Después de media docena de calculados aspavientos, empujé la cabeza hacia delante y la deposité sobre la mesa. Dejé transcurrir un interminable minuto y fingí una lazarina recuperación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté simulando confusión.

—¡Mi marido, mi marido ha hablado a través de usted! —exclamó Raquel entusiasmada.

Objetivo conseguido. El adivino Nicolás podía descansar en paz, yo defendería su negocio y lo haría próspero.

—¿Y qué le ha dicho? ¿Quiere vengarse o le ha ofrecido la paz?

—Sí, eso último, desea que todo vuelva a ser como antes. Creo que no tiene intención de volver a molestarme.

Sí, eso era precisamente lo que los muertos hacían en la tierra de los vivos. Importunar, ser una molestia. Había desaparecido en mí el deseo de poseerla o de jugar con su desesperación. Raquel se mostraba aliviada, complacida con la impunidad de su delito. Seguía siendo el mismo ser egoísta que recordaba. Su interés y su beneficio se hallaban por encima de cualquier otra clase de consideraciones.

—¿Qué he de hacer ahora? —preguntó Raquel con voz temblorosa.

—Aunque le dijera que volviera la próxima semana, no serviría de nada. El alma de su marido le ha hablado y ha de seguir sus palabras. Vuelva con su familia y dedíquese a ella.

Se levantó. Y yo le imité, algo desconcertado por el reencuentro y por el maldito crimen con el que volvía a manchar mis manos de sangre.

—Perdone, no le he preguntado cuánto es.

—Son cien euros.

Raquel depositó los billetes sobre mi mano mendiga. Reconocí esa expresión en su rostro. El precio del viaje al más allá le pareció una ganga, un buen negocio, una victoria de su inteligencia. Y, ciertamente, era irrisorio, casi sospechoso para las elevadas tarifas que empleaban otros charlatanes de la ciudad. Le acompañé hasta la puerta y la despedí. Regresé al cuarto de baño y contemplé al mago Simón a mis pies. Le sacudí con la punta del zapato para comprobar que no resucitaría y me alejé de allí con ánimo de emprender una nueva noche de vigilia.

En realidad, albergaba un deseo más convencional. Regresar a la casa donde había despertado, al hogar de la mujer por la que había sentido mayor fascinación en vida. Cierto es que la adolescencia ciega e idealiza por igual, pero, al menos, esa mañana me había parecido un ángel, un ser completamente ajeno a la montaña de cadáveres sobre la que yo caminaba.

Capítulo 8

Había cargado con un asesinato más a mis espaldas. Cierto era que, desde mi inesperada resurrección, mi flujo de empatía hacia el sufrimiento del prójimo había disminuido y se aproximaba a un valor cercano a cero. Lo cual no significaba, en absoluto, que sintiera placer quitando vidas. Sobre mi retorno a la vida caía una maldición que debía ejecutar a diario. Y hasta ese momento había sido un asesino disciplinado.

Atravesé la puerta de la casa que me había visto despertar esa mañana. Marta se había estirado en el sofá acompañada del mando a distancia del televisor. Me aproximé a sus labios y los besé, como si hubiera repetido idéntica operación durante los últimos años.

—Te esperaba para comer este mediodía.

La mujer que había amado en el instituto con fiebre adolescente se hallaba delante de mí, se había incorporado y solicitaba una respuesta satisfactoria. Pero no planteaba la exigencia de información como una bruja, como una hembra ofendida. Esa era una de las siete diferencias que guardaba con la mujer con la que había contraído matrimonio.

—Lo siento, no he podido avisarte —le dije en voz baja, mientras me despojaba de la cazadora y alzaba las cejas amistosamente.

—He llamado a la oficina y me han dicho que estabas reunido.

El propietario del cuerpo que ocupaba tenía mejores compañeros de trabajo de lo que yo nunca habría podido imaginar. Resultaba imposible determinar si habían actuado por amistad o por temor. O si acostumbraban a tapar sus infidelidades. No me importaba. Estaba agotado.

—Sí, ha sido una dura jornada.

Me desplomé sobre el sillón individual más próximo y cerré los ojos. Me sentía fatigado, desconcertado por tantas muertes que no conducían a nada.

—¿Has preparado la cena?

En mi primera venida a la Tierra y en mi condición de marido de mi amada Raquel, yo no me habría atrevido a formular semejante interrogante. En ese matrimonio forjado en un fugaz enamoramiento, yo era el amo y señor de la cocina. Regresara reventado o no de la oficina, mi joven esposa se negaba a cocinar. Opinaba —y todas las opiniones son respetables— que ella había hecho bastante teniendo un hijo, que ya era suficiente. Su prematura jubilación me dejó a mí a cargo de las tareas domésticas.

Pero Marta Rodríguez no era mi esposa realmente, ni siquiera se parecía un poco a la hembra que me había envenenado. Y yo se lo agradecía profundamente.

—Lo tengo todo preparado. En cinco minutos en la mesa...

Habría preferido dejar transcurrir media hora y dormir un poco. Despertar y gritar en alto que todo había sido un sueño y que Marta era mi esposa y yo su marido y borrar mi anterior existencia.

Ensalada de tomate y espárragos, revuelto de setas y gambas, pechuga al curry. Me serví una copa de vino y la acerqué hasta mi compañera. Marta me imitó y soltó una risilla nerviosa.

—¿Qué te pasa hoy? No pareces el mismo.

No lo era. A su lado me había transformado en un santón cargado de buenas intenciones. Quizá me engañaba a mí mismo y todo se reducía a una compleja estrategia reproductiva, a una simple reacción química que los humanos se esfuerzan en sublimar. Me había enamorado perdidamente de Marta, lo había vuelto a hacer, quizá con mayor intensidad que en el pasado.

—Respóndeme —le propuse divertido—: ¿cómo me comportaba antes de hoy?

—Ayer viniste enfadado del trabajo. Y el día anterior y el otro... No es normal que me regales tantos besos.

—Perdona por haber sido un idiota, a veces no me doy cuenta de lo que tengo en casa.

Se llevó la copa a los labios y se quedó mirando fijamente la superficie de la mesa. Mi súbito enamoramiento la desconcertaba. La andanada de anuncios en el televisor me permitió abrir una brecha en el silencio.

—Dime, Marta, ¿qué recuerdos tienes del instituto?

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Esta mañana me he puesto a recordar a los compañeros del instituto.

—¿Has visto a alguien, verdad?

Sí, a Martín. No recuerdo quién era.

Sí, mujer, Martín Martínez.

Ya, ya me acuerdo. ¿Y cómo le van las cosas?

—Dice que bien. Trabaja en una oficina del centro. Se ha casado y tiene un hijo, pero me ha comentado sin preguntárselo que su matrimonio no funciona.

—¿Sabes una cosa? —Marta abrió los ojos y jugueteó con el tenedor entre sus dientes—. Espero que no te enfades, pero en el instituto ese chico me gustaba. E incluso me pidió una vez que saliéramos juntos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¡Tonto, porque estaba saliendo contigo!

No lo sabía, tan solo lo sospechaba, que Marta se había casado con su primer y único novio. En cierto sentido, se había encerrado prematuramente en una prisión, había cegado sus ojos y se había dejado llevar a la cama y al altar por un único individuo. No era un comportamiento contemporáneo, más bien expresaba el anacronismo de su forma de ser. O una baja estima personal. No importaba su

conservadurismo doméstico o existencial, contemplaba sus ojos y lo veía todo claro por primera vez, la vida que había llevado junto a mi verdadera esposa sólo había constituido un fraude, una burda imitación, un sucedáneo de un estado llamado *felicidad*.

—¿Ha preguntado por mí?

—No, y yo tampoco le he dicho que nos habíamos casado.

—El paso por el instituto fue una época especial. Sólo que en ese momento yo, al menos, lo ignoraba.

—Sí, sólo apreciamos aquello que perdemos o malogramos —añadí meditabundo, hipnotizado por las llamaradas de un vehículo todoterreno ardiendo en Irak. El gentío celebraba la captura de la presa. En realidad, eran cuatro. Extrajeron los cadáveres de la improvisada pira funeraria y los arrastraron hasta un puente, donde el viento se dedicó a mecer inocente los cuerpos colgados, mutilados y carbonizados.

—Cambia de canal, por favor.

En una cadena privada el presentador regalaba montañas de dinero. En otra se sucedían los documentales de animales exóticos, los seriales cómicos protagonizados por afroamericanos, los inflamados espacios de deportes.

Me duché durante casi cuarenta y cinco minutos y anuncié algo turbado que me iba a la cama. El triunfo del diablo. Había asesinado a un pobre idiota y empleaba esas horas arrebatadas con el filo del cuchillo, en dormir, en descansar de una existencia agitada y carente de paz.

—En seguida te acompaño.

Desconocía las costumbres horarias de la joven pareja, pero yo sólo atendía esta vez a mi cuerpo alquilado. Quizá mi familiar demonio me concedería el reparador descanso de la muerte. Debía proyectar en esos instantes el fallecimiento del marido de Marta y preparar el trasvase de mi alma a otro infierno menos dulce.

Creo que dormí un par de horas. Me despertó el cuerpo de la sirena que se deslizaba debajo de la sábana con la luz apagada. La rodeé con los brazos y la besé. Por fin, la rosa del instituto por la que tanto había suspirado era mía. Nos desnudamos mutuamente. Y nos besamos sin urgencias, ignorantes de que apenas nos quedaba tiempo.

—¿Has cambiado de opinión respecto a tener hijos? —susurró ella sonriente—. Ya sabes que no quiero ser la última de mis amigas...

Ignoraba la naturaleza de las conversaciones anteriores, pero cabía la posibilidad de que su verdadero marido la engañara con otras y le negara la experiencia de la maternidad. Me consolaba saber que había tipos peores que los asesinos asalariados del mismísimo diablo. Marta no quería ser la última de sus amigas en reproducirse. Y entre beso y beso yo le daba la razón en todo. No era necesario justificarse, todo lo sucedido hasta ese momento no tenía nada que ver con nosotros dos. Yo la amaba.

Capítulo 9

Y, precisamente, por ello, me despedí esa noche de Marta, pensando que mi malévolo duende me alejaría para siempre y sin remedio de un estado de felicidad irrepetible.

Cuando por la mañana abrí los ojos y reconocí su cabello largo y liso enredado entre mis manos supe que tenía que hacer algo, debía arrebatarse a mi adversario invisible su poder y hacerme fuerte en ese hogar.

Marta interrumpió mis pensamientos y me besó.

—¿Me quieres?

La besé para silenciar sus interrogantes. Tenía alma de perdedor y sabía reconocer que en unas pocas horas nuestra relación sería cenizas, el cuerpo que me albergaba fallecería y se descompondría irremediablemente. Había fortalecido de modo deliberado el vínculo de mi compañera de cama con ese cadáver en ciernes que era yo mismo. Mi desaparición le iba a causar dolor y ese intenso sentimiento de derrota me obligó a derramar unas lágrimas.

—¿Qué te pasa, cariño?

No le respondí. Me incorporé bruscamente y me dirigí al lavabo. El rostro que reflejaba el espejo no era el mío, ni mía era la mujer que yacía desnuda en el lecho, ni suyo el amor que sentía por su nuevo marido.

—¿Qué te pasa? —volvió a insistir desde el dormitorio.

Cerré la puerta y continué enjugándome el rostro, imaginando que se presentaría desnuda con ese cuerpo de adolescente que tanto me había hecho soñar. Me giré y vi que era cierto, que aquel bocado antropófago de carne humana era sólo para mí.

La levanté de las axilas y la conduje a la cama, porque su cuerpo debajo del mío constituía la vida, la verdadera causa de mi regreso.

Pasamos toda la mañana juntos, besándonos como adolescentes, caminando por los parques de la ciudad y después por la extensa playa desierta. Para su tranquilidad le comuniqué que me había tomado el día libre en el trabajo. Comimos, sin quitarnos la vista de encima, como dos jóvenes enamorados. Y contemplamos juntos el atardecer, uno de esos espectáculos ocultados deliberadamente por un régimen económico que nos transforma en máquinas autómatas.

La dejé en el supermercado de la urbanización y regresé a casa caminando. Su ausencia arrugó de inmediato mi rostro y me sumergió en la oscuridad que provoca lo efímero. Sabía que mi diablo no se conformaría fácilmente, que no comprendería mi amor, mi tardío apego a la vida. Y a cambio de mi felicidad exigiría el pago de un elevado rescate: una nueva vida humana. No estaba dispuesto a manchar de sangre lo que sentía por Marta. Quizá el suicidio me abriría el camino definitivo. O el asesinato de mi anónimo diablo. Sí, ésa era la opción más abiertamente cristiana. ¿O sólo quería engañarme a mí mismo?

Entré en el garaje. El propietario de mi cuerpo se había aficionado a la mecánica. En el suelo yacía el motor destripado de una motocicleta, junto a decenas de destornilladores, alicates y llaves de acero. En realidad, yo buscaba algo más contundente. Había probado la suavidad cortante del cuchillo y me había convencido de su carácter letal. En vida siempre me había preguntado qué sensación produciría hundir un cuchillo a una víctima. Y por supuesto, esa íntima reflexión no la había compartido con nadie. Ahora ya no importaba. Realmente, me había convertido en un asesino, alejado del modelo convencional, pero asesino al fin y al cabo.

Regresé a la casa y al dormitorio y encontré un segundo cuchillo, un sucedáneo del agresivo puñal que el Führer obsequiaba a sus correligionarios más jóvenes. Su procedencia no me causaba remordimiento, en realidad, carecía de ellos casi por completo. El portazo me sobresaltó. Escondí el cuchillo y acudí al encuentro de Marta. La abracé como un niño y ella presintió que algo iba mal, pero no dijo nada, depositó las bolsas de la compra en el banco de la cocina y encendió los fuegos.

Yo conecté el televisor, con la esperanza de que los problemas de los demás ahogaran los míos propios. Pero acabé mirando fijamente la pantalla, sordo a los comentarios de mi compañera, espantado por la oscura tonalidad que había adquirido la noche en el exterior.

Me sentía alabado por el trato regio que recibía de mi amante y me esforcé en consumir la cena. No me encontraba bien, sentía el saco estomacal contraído, obturado.

—¿Te pasa algo, cariño?

Había oído esa misma pregunta demasiadas veces en las últimas horas. Sonó el teléfono y dejé caer el tenedor sobre el plato de cerámica.

—¡No vayas! ¡No lo cojas! —exclamé con firmeza.

El timbre del teléfono insistió, esta vez más penetrante y perturbador. Cerré los ojos. El zumbido perforaba mi cráneo como la máquina trepanadora de un médico forense. Practicaba una autopsia, la mía.

—Estás un poco raro esta noche... Seguro que es para mí.

En cierto sentido, así era.

—Es para ti —me informó, algo decepcionada.

No pregunté quién se hallaba al otro lado del teléfono. Marta regresó como una chiquilla obediente a su silla y continuó cenando. Aproximé el altavoz del auricular a mi oreja.

—Sí, dígame.

—No me has podido olvidar, no me lo creo, sólo han pasado unas pocas horas.

—¿Qué quieres? —susurré en voz baja mientras observaba a Marta hipnotizada por el televisor.

—Despídete de tu mujercita. Vamos a dar un paseo.

—¡Estoy cenando! —le repliqué mecánicamente.

—¡Ahora!

Colgué el auricular y me puse la chaqueta lentamente. La mirada de Marta me interrogó. Yo sólo tenía ojos para las luces del vehículo que había aparcado junto a la entrada.

—Cariño, me tengo que ir. Volveré tarde, no me esperes despierta.

—¿Adónde vas a estas horas? —preguntó arrugando el rostro de extrañeza.

—Es un compañero de la oficina, tiene un problema y quiere que le ayude.

—¿A estas horas? ¿No puede esperar a mañana? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Le besé la mejilla derecha y atravesé la puerta veloz. No tenía intención de hacer esperar a mi destino más tiempo.

—¿Por qué no cambias de disfraz?

Fueron mis primeras palabras de desprecio, pero no las únicas que tenía reservadas para mi visitante esa noche. En pie, junto a un vehículo de color plata, el cuerpo de mi odiado profesor de filosofía me sonreía con seguridad de nuevo.

—¡Sube al coche y busquemos a una víctima!

Era como reencontrarse con un viejo conocido, sólo que nos unía una deuda y yo me sentía incómodo en mi papel de deudor. Palpé el cuchillo que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Arrancó el motor y condujo deprisa, con ánimo de desconcertarme.

—¿Cómo te ha ido en la nueva casa? Está buena la zorra, ¿eh?

No pensaba caer en sus provocaciones. Me encendí un cigarrillo y él me imitó a continuación.

—¿Quién eres realmente?

—Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.

Se giró para observar mi rostro, pero yo había aprovechado la cita bíblica para contemplar el exterior, oscuro, pero lleno de vida, henchido de piernas que caminaban en una u otra dirección, gentes que respiraban ignorantes de su momento. Exactamente como yo había sido.

—¿Adónde vamos?

—¿Sabes que has de escoger una víctima para el sacrificio?

—Me niego a seguirte el juego. Por fin he encontrado la felicidad y he decidido no matar a nadie más. Fulmíname de un rayo, si ése es tu deseo.

Al final de la frase expulsé una bocanada de humo. Sus ojos se apartaron del ventanal abierto a la circulación y examinaron mi expresión facial. Yo no me podía proteger eternamente de su amenaza. Había cedido a sus órdenes en anteriores ocasiones y corría detrás de mí un reguero de sangre que semejaba volátil gasolina. Giró el volante a la derecha y en una rápida maniobra de estacionamiento, subió a la

acera y aparcó el vehículo en un rincón de la principal plaza de la ciudad.

—La noche invita a la muerte.

Me resistía a aplaudir su ingenio. Ambos contemplamos el devenir de los últimos empleados que abandonaban fatigados el centro de la ciudad en dirección a sus modestas viviendas. Regresarían en unas pocas horas y debían descansar.

—Has de matar.

—¿Por qué?

—Forma parte del acuerdo, no hay nada que interpretar.

—Todo se puede discutir. ¿En qué me has convertido? ¿Acaso me has sacado de la tumba para convertirme en un asesino?

—Yo no obligo a nadie, sólo ofrezco alternativas. La elección es enteramente humana.

Encendí otro cigarrillo y dejé de hablar. Debía ser uno de sus pasatiempos favoritos, que alguien de este maldito planeta le escuchara.

—Te ofrecí regresar con tu mujer, pero tú, en realidad, no querías eso. Has consumido tus horas en un trabajo estúpido y has alimentado la idea de que vivías un matrimonio normal. No has tenido conciencia de tu verdadera servidumbre en vida y ahora debes sufrir una nueva servidumbre en la muerte... —me arrebató el cigarrillo de los labios y se lo llevó a los suyos. Inspiró antes de continuar—. Es raro el hombre que llega a tener conciencia de su propia condición. Una esclavitud que dura centenares de generaciones se acaba convirtiendo en costumbre, parece natural...

Inclinó la cabeza y continuó jugando con el humo retenido en sus pulmones.

—... Sois esclavos del trabajo, del dolor y del sufrimiento. Habéis renunciado voluntariamente al placer y malgastáis vuestro tiempo, que es lo único que poseéis.

—¿Qué tiene que ver ese sermón conmigo?

—Todo y nada. Mucho y poco.

Los oficinistas rezagados se apresuraban a tomar el último tren a su ciudad-dormitorio, los empleados de la limpieza descansaban sobre el palo de sus escobas comentando la meteorología. Una mujer embarazada empujaba el carrito donde transportaba a su primer hijo. Una furgoneta recogía a los mendigos y tullidos distribuidos a lo largo del distrito financiero y comercial.

—Has de entregarme una vida.

—Ya te he dicho que no pienso hacerlo.

—Siempre he contado a mi favor con un arma poderosa, la ambición desmedida de algunos hombres. Ahora tu ambición es ella, el amor de tu juventud, tu único amor, en realidad. Pero no seas estúpido, esa atracción química que ahora juzgas vital e irresistible, disminuirá o desaparecerá con el paso del tiempo. Porque sólo sois animales en celo, cautivos voluntarios de una organización económica que os obliga a reproduciros monogámicamente.

Me enfermaba su prédica. Y era hijo de su cuerpo, del organismo que ocupaba. Mi profesor de filosofía seguía, después de los años pasados, pegado a mi culo. Un individuo que, como el juez, había interpretado literalmente la norma, despreocupado del dolor que podía causar a otros seres. Era el método perfecto para vivir cómodamente, tan solo cabía reservar un puñado de lágrimas para los familiares más directos.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿a quién has elegido para morir esta noche? —dijo mirando fijamente al gentío que se desplazaba con urgencia hacia la boca del metro o a la parada del autobús.

Ofrecía un blanco perfecto, premeditado, un gesto demasiado generoso para ser cierto. Saqué el cuchillo y en un rápido movimiento le rebané la garganta. Se llevó una mano a la herida intentando taponar el burbujeante manantial de sangre oscura. Se esforzó en pronunciar unas últimas palabras:

—Matarme a mí está expresamente excluido del contrato...

Abrí la puerta y puse un pie en la acera. Apenas le quedaban unos segundos de vida, pero estiró la mano izquierda en mi dirección, tratando de contenerme:

—¡Sabes que no puedes quedarte con ella! —gritó con todas sus fuerzas.

Cargado de rabia, le asesté otro tajo desesperado en el estómago. La sangre halló una salida natural en su boca y se derramó en abundancia. Cerré la puerta del coche y me mantuve a su lado con el cuchillo alzado. Me repugnaba observar cómo se desangraba, cómo su piel se arrugaba y se hundía, pero quería verle muerto y dormir con esa imagen. Al otro lado del cristal una dependienta disfrazada de azafata aérea se llevó la mano a la boca para reprimir un grito. La miré fijamente y siguió caminando sin apartar la vista de la amenaza que yo suponía. Salí del coche y caminé en dirección contraria a mi testigo. Había recorrido doscientos metros y me giré. La muy estúpida se había hecho acompañar de una pareja de policías y me señalaba con el brazo extendido. *Había asesinado al diablo, ¡estúpidos!* Esta era la ciega justicia de los hombres, como el profesor o el magistrado que no atienden a razones y que desprecian el sentido común, la policía era un cuerpo de autómatas cuadrículados, servidores de la ley y del orden, especialistas en presentir el verdadero peligro y en seleccionar al delincuente al que se debe detener y al que no. Deseaban regresar a casa con sus familias y siempre escogían al más débil. Creo que por esas motivaciones revolucionarias, corrí más deprisa. Durante kilómetros sospeché del activo olfato de los policías detrás de mi delito. Manchado de sangre y roto por el dolor que se avecinaba, ansiaba el abrazo de la única mujer que había amado. Los coches patrulla me cerraron el paso. Iluminaban la noche con sus luces rojas y azules, las sirenas aullaban su melodía. La voz de un dios invisible gritó un metálico *¡Alto, Policía!* Casi había llegado a la casa. Marta había abierto la puerta y corría a mi encuentro. Sólo restaban unos metros cuando sentí el primer balazo. Y el segundo.

Caí en los brazos de mi amante y lloré sobre su hombro, crucificado por segunda vez por los hijos de Síttcincis.

Capítulo 10

No podía olvidar fácilmente que horas antes había ocupado el cuerpo del hombre más feliz del mundo. Y sé que constituye una afirmación temeraria, porque sólo había conocido a Marta en esa fase de irremediable atracción química y sexual, de bestialidad reproductora. Frente al espejo fui testigo de una nueva realidad. ¿Realidad? Estaba destinado a vivir decenas de vidas, unidas por un único hilo conductor: la muerte, la desaparición física de cada uno de los cuerpos en los que me alojaba. Y no debía ser una excepción el disfraz de cincuentón gordo, feo y barrigudo. Las espesas cejas, los ojos hundidos, la nariz inflamada, la dentadura coloreada de sarro y caries. Tornaba a ser un despojo humano, de la mano de Dios o de uno de sus más fieles servidores.

La fealdad, sin embargo, que descubría en mi rostro, no conllevaba malicia. Aparentaba ser un tipo bonachón, un estúpido. Y no, no se hallaba solo en el mundo.

—Enrique, ¿te has arreglado ya?

La aguda voz femenina procedía de la habitación contigua. Caminé guiado por la fuente sonora y fui revisando una a una las habitaciones que quedaban a ambos lados del pasillo. La encontré en el salón comedor, acomodada en una tumbona de playa enfrentada al parpadeante televisor. Ella debía ser la esposa de un matrimonio fracasado desde hacía demasiados años, con un par de vástagos en común, pero nada más que eso. Sus gafas de pasta me examinaron con desdén. Su cabello químico y rizado me confirmó su avanzada edad. Y su analfabetismo funcional era la carencia que le hacía pasar horas y horas delante de la pantalla. No pensé si en su juventud pudo ser bella o no, le contesté escuetamente:

—Voy a afeitarme.

Y me alejé por el pasillo maldiciendo mi suerte. El hombre de la casa era el ser dominado. ¿Realmente tenía importancia? No, claro que no, pero había convenido hacía rato que antes de salir a la calle y abandonar ese nuevo hogar debía afeitarme a fondo y desprenderme de ese aire de pistolero de western que irremediablemente estaba condenado a morir en las primeras escenas.

Embadurné la cara de espuma de afeitar y volví a recordar a la preciosa Marta, la cual yacería sola. Y viuda. Porque yo, es decir, su marido, había muerto en sus brazos, como en un sueño romántico y decimonónico.

—¡Acuérdale de que tienes que bajar a pasear al perro! ¡Y hay dos bolsas de basura en la cocina!

La vivienda que compartían esos dos infelices poseía un largo pasillo distribuidor de las diferentes habitaciones. El dormitorio ocupaba un extremo. El salón comedor, el opuesto. La mujer había acomodado sus descalcificados huesos en el comedor de manera permanente. Dormía en un sofá cama y realizaba el resto de funciones vitales

frente a la ventana del televisor. Y el hombre, menos creativo y más conformista, había permanecido atado a la costumbre, al dormitorio principal que había compartido el matrimonio durante veintidós años. Junto a éste se hallaba adosado uno de los dos cuartos de baño de la casa, territorio que, por supuesto, también había sido objeto de reparto.

—¡Baja a pasear al perro! ¡Si se mea lo limpiarás tú! ¡Yo no pienso hacerlo!

No había visto todavía al perro, pero no tenía ninguna urgencia. La maquinilla de afeitar recorría todavía las mejillas y regresaba obstruida. La limpié bajo el chorro del agua y reitere la operación. Quizá mi demonio se burlaba una vez más de mí y buscaba el simbolismo fácil. Me deprimía pensar que aquellos dos seres habían sido jóvenes y habían experimentado la ansiedad de la cópula. Ahora sólo les quedaba una vejez grotesca, terriblemente común y humana. Observé los calzoncillos que me cubrían. Y los calcetines negros. Aquel tipo apestaba. Plegué la cortina de la ducha, pero a mis pies hallé un plato de cerámica manchado de óxido ferroso. No tenía estómago para humedecer el rollizo cuerpo de mi anfitrión y después comprobar que no había agua caliente o toallas limpias. Además, ese viejo imbécil tenía unas obligaciones más serias que cumplir.

Me vestí con la ropa que encontré sobre la cama. En realidad, había dormido con ese lastre sobre mis pies. Nada que objetar. Había visto demasiadas cosas en los últimos días y no era el momento de maldecir mi escasa fortuna. Me había enamorado de la princesa del instituto y ella me había correspondido. Después de veinticinco años y una muerte por envenenamiento eso semejaba ser un éxito.

La cabeza abatida de un pastor alemán se asomó por el marco de la puerta. Al menos era un can educado, amaestrado para no molestar a su amo en el tiempo de descanso. Sus ojos me miraron lánguidamente, solicitando una escapatoria de la penitenciaría que el destino de los hombres le había reservado. Quizá por eso no mostró ningún entusiasmo cuando abrí la puerta y le invité a salir. Me acerqué a su cabeza y ajusté la anilla que le unía a una cadena de acero cromado.

—¡Vamos a la calle!

No me despedí de mi mujer, sólo pensaba en lo estúpido que era sacar a pasear a un perro deprimido. ¿Qué sentido real tenía mi traslado a ese bogar? Sólo cabía plantear los interrogantes ante los seres que pudieran responderlos. Le hablé al perro mientras bajábamos por la escalera, pero no respondió. Estaba, como de costumbre, solo.

Las calles estaban mojadas y algunos transeúntes habían desplegado paraguas negros. Otros los llevaban colgados de la mano derecha, calculando el momento adecuado de abrirlos. El perro me arrastró desesperado hasta el hueco de un árbol. Mientras el perro defecaba y orinaba con urgencia, elevé la vista al cielo con ánimo de encontrar alguna señal divina. Realmente no sabía qué hacer. Las nubes cubrían el

tapiz azul con un manto de algodón hidrófilo y la humedad reinante prometía lluvia y un descenso de los ingresos del sector hostelero de la costa.

—Eso debería limpiarlo usted...

Había sido un detractor furibundo de la tenencia de mascotas domésticas en viviendas urbanas. Y ahora me veía empujado por un perro que disfrutaba de los únicos momentos de felicidad del día. Giré la cabeza y casi tropecé con la nariz aquilina de un anciano de setenta años que conservaba una salud poderosa, a buen seguro fruto de un irritante nivel de preocupación por asuntos ciudadanos a los que nadie prestaba atención.

—Aunque no lo crea, este perro no es mío.

—No me mienta, lo he observado durante semanas, nunca recoge los excrementos de su perro. Creo que me veré obligado a denunciarle a las autoridades.

Temblaba. Me estremecía. Me sacudía una incontenible carcajada interior. La autoridad, la ley o las sanciones eran necedades que sólo correspondían a los vivos. Y no a todos. Aunque tenía posibilidades de convertirse en mi próxima víctima, le perdoné la vida y me alejé. Él siguió calentándome la oreja unos metros más, hasta que me detuve, volví sobre mis pasos y azucé al perro contra su figura. Cierto es que éste no se movió un centímetro, a pesar de mi reiterada exclamación:

—¡Perro, ataca, vamos, ataca!

No, tampoco conocía el nombre del can. Se me ocurrió que si golpeaba al ciudadano modelo, la legendaria lealtad canina haría acto de aparición en forma de agresión a mi enemigo. Empujé al viejo con ánimo de derribarle, pero incluso esa estratagema falló. Tuve que resolverlo sólo. Zarandé al anciano de un lado a otro y le recomendé que se metiera en sus asuntos. Había olvidado esa primaria lección materna.

—¡Váyase con la muisca a otra parte, viejo de mierda! —le grité.

Podría haber sido más contundente en materia verbal y física. Y, sin embargo, me comporté con moderación. De inmediato se constituyó un corro de vecinos en torno al viejo agredido y yo me alejé prudentemente de ese foco de viudas gruesas que se rasgaban las vestiduras ante mi descortesía y que proclamaban la falta de seguridad ciudadana.

Yo era un fuera de la ley, carne de linchamiento, porque las leyes de los hombres han nacido para guiar la conducta de los vivos. Estaba muerto y sabía perfectamente que al propietario de mi cuerpo le restaban unas pocas horas, a lo sumo unos días. El sadismo podría haber dominado todas y cada una de mis acciones y, sin embargo, me mostraba pacífico, aunque no imbécil ni dispuesto a soportar las mismas estupideces que me habían conducido a detestar profundamente la sociedad humana.

Me sentía un hombre diferente, ajeno a las cadenas habituales que arrastran los ciudadanos arrodillados permanentemente ante la ley o ante los derechos de sus

iguales. No, todos los hombres no son iguales. Había vivido en suficiente número de cuerpos para poder realizar esa afirmación con rotundidad. El perro me condujo hasta un griterío insoportable. Dos vagabundos intercambiaban berridos en medio de la calle, en realidad, a la puerta de un restaurante, vigilados por el cartelón de un camarero que portaba una bandeja y una sonrisa.

—¡Desgraciado, vete a tu país!

—¡Eres un racista mal nacido, hijo de puta!

Los dos marginados tenían algo en común, la botella de vino y el carrito en el que arrastraban todas sus pertenencias. Había amanecido lluvioso y no estaban de humor. Sus raídos abrigos grises habían perdido la flexibilidad original y se habían acartonado. Tendrían frío y hambre y una necesidad de alcohol que cubrir. El mendigo blanco defendía su territorio. Había instalado una gorra en el suelo que albergaba unas pocas monedas. El negro se movía de un lado hacia otro con su carrito, manifestando su hostilidad frente a la proclamada propiedad privada.

—Esa esquina no es tuya, es mía.

—¡Que te vayas a tu país o te mato aquí mismo!

Era un diálogo de sordos y en eso no diferían de otras conversaciones establecidas a menor volumen. Pero sus voces cascadas y la decadencia material de la cual eran ejemplo constituían la antítesis de la sociedad que querían construir los grandes hombres. El dedo acusador del burgués les señalaba y, con gusto y sin remordimiento alguno, habría ordenado gasear a esta clase de desgraciados.

El perro no avanzó. Permanecimos a diez metros del escenario del enfrentamiento, testigos de una teatral agresividad que escapaba a través de sus hocicos. Si bien el marginado de raza blanca ocupaba el espacio codiciado, no facilitaba en absoluto una salida digna a su compañero de gremio. Ninguno deseaba ser derrotado públicamente. Y los transeúntes que observábamos la escena no tomábamos partido por uno o por otro. Finalmente, el negro se instaló junto a los cachivaches del blanco. Éste reaccionó con violencia y le derribó de una patada. Acurrucado como un gusano en el suelo, el africano recibió docenas de puntapiés. Las amas de casa que iban a hacer la compra lanzaron una mirada de reprobación, pero continuaron su camino. Yo era un ser libre, liberado de los escrúpulos que conducen al mal y al bien. Me aproximé con el perro hasta la escena.

—¡Déjale de una vez, ya está bien!

El marginado blanco hizo caso omiso a mis palabras. Y, en ese sentido, podía afirmar con completa seguridad que todo seguía igual, que nada había cambiado, que mi voz de hombre no era escuchada ni tenida en cuenta, ni en el mundo real ni en el universo de ultratumba en el que me hallaba atrapado. Me di la vuelta para marcharme.

—¡Espera un momento! —me gritó el mendigo sin dejar de golpear y pisotear a

su víctima.

Yo observé un hilo de sangre correr por el canal de los baldosines de la acera. Había algo en ese maldito loco que me paralizó. Se giró hacia mí con descaro.

—Has tardado mucho en encontrarme, ¿no?

—Perdone, pero no le entiendo.

Me confundía su voz quebrada y bronca, su rostro ovalado cubierto de una espesa barba plateada, sus cabellos rizados y sus ojos húmedos de rabia y de alcohol.

—Ahora me ves, como siempre me ha visto la humanidad. El arte religioso nos ha representado como seres abyectos y carentes de valores positivos. Soy casi como tú. Feo, hediondo, sucio, peludo y contrahecho, la perfecta imagen en negativo de la divinidad.

—¿De qué me habla?

—Hablaré más claro. Ayer me desafiaste y he de felicitarte por tu coraje. Sólo que yo tengo una idea de; la justicia automática de la que carece tu dios.

—Yo no tengo dios.

—Ese quizá sea uno de tus problemas, que estás solo y que sólo me tienes a mí.

El vagabundo negro se movió y mi interlocutor se giró y le propinó una nueva andanada de puntapiés.

—Yo no le conozco, caballero —concluí con ánimo de retirarme e ignorar sus palabras.

—¿Creías que podrías matarme? Eres más estúpido de lo que yo pensaba. ¡Buen intento! Ahora tu amada llora tu muerte.

—Podría recuperarla en cualquier momento.

—Mírate detenidamente. Eres un adefesio, ¿crees que el amor humano es producto de la belleza interior? Yo podría haberte asegurado una larga vida junto a tu amada, pero tú prefieres el sufrimiento.

—No soy tu esclavo —le repliqué.

Se agachó, sustrajo la botella que llevaba el mendigo negro en uno de los bolsillos del abrigo y bebió un largo sorbo. Hizo el clásico gesto de ofrecimiento, pero yo rechacé la invitación. Mientras tanto, los espectadores habían visto lo suficiente y regresaron a sus vidas.

—Todo es relativo, querido Martín. Encerrarse en una oficina dieciséis horas es sinónimo de libertad hoy en día, ya lo sé. Pero no pierdas el tiempo y avisa a tu mujer de que no vas a acudir a comer.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no soy como tu dios invisible, a mí me puedes ver y tocar. Y yo, al menos, juzgo a los humanos en su momento, no he de esperar al Juicio Final, ese gran día del colapso administrativo, esa fiesta de los condenados y de los elegidos. Hace tiempo que no noto su presencia, tengo el presentimiento de que os ha dejado realmente

solos.

—Prefiero escuchar a un sacerdote. ¡Me voy!

—Espera, todavía no has oído lo que tengo que decirte: tu madre ha muerto.

Lo miré con odio, pero matarlo no serviría de nada. Sólo me restaba comprobarlo y maldecirme por no haber segado la vida de un inocente en lugar de mi madre. Giré la cabeza para ocultar mis lágrimas.

—Eso no es todo. Habitación 506, Hospital General Universitario. Tu padre agota sus últimos minutos de vida.

Me aproximé al mendigo borracho, descargué un puñetazo en su barbilla y le derribé. Sentado en el suelo con el labio partido me sonrió. Como si hubiera estado esperando esa ocasión, su competidor racial despertó de su letargo y se colgó de su cuello. Ambos se enzarzaron de nuevo en un dramático combate, pero ejecutado a un ritmo lento. Madre había muerto y yo no tenía nada que hacer allí. Me despedí en silencio de mi mensajero y caminé acompañado de mi fiel amigo. Me acordé de la mujer que me esperaba en casa y sonreí amargamente. La lucha de los dos marginados continuaba a mis espaldas sin que ningún ciudadano interviniera. Esa pasividad burguesa guardaba una lógica coherente. Si habían respetado el intercambio de cañonazos dialécticos, podían actuar de igual manera ante la violencia física. Los dos mendigos se batían en un combate a muerte que no incumbía a nadie. Enjuagué las lágrimas con la manga del abrigo. Me había proporcionado una dirección a la cual acudir. Me registré en los bolsillos del pantalón y los encontré vacíos. Volví sobre mis pasos, flexioné las rodillas y vacié en mi mano las monedas que contenía la gorra del mendigo borracho. Nadie me increpó por mi acción. Todos los espectadores compartían un idéntico deseo: ver desaparecer a esa pareja de indeseables del paisaje del barrio.

Capítulo 11

Llegué al hospital guiado por el perro. Reconozco que el animal se sentía de lo más satisfecho con el prolongado paseo. Solo que había llegado a su final. El uniformado que custodiaba la puerta me recordó uno de los pocos convencionalismos sociales con los que yo siempre había coincidido:

—¡No se permite la entrada de perros!

De acuerdo, me dije a mí mismo. Y lo solté. Porque era libre. Había dejado de ser mi esclavo. Y yo, su amo. El perro se volvió loco y corrió hacia el interior del hotel del dolor. El muy estúpido no sabía lo que hacía. ¡Y quién lo sabe!

—¡Sáquelo de aquí inmediatamente! —vociferó el guardia colérico.

Fingí obedecer al representante de la autoridad y a buen paso seguí las correrías de un perro cuyo nombre ignoraba. Pero yo no había despertado en el interior del ataúd para perseguir mascotas domésticas por los pasillos de un hospital. Debía visitar a mi padre y llorar a mi madre muerta. Esto último constituía, en realidad, el único motivo que me había impulsado a cruzar la ciudad de un extremo a otro.

Subí por la escalera. Nadie sube por las escaleras en los hospitales, sólo los que se acobardan en el interior de los ascensores, y aquellos que, en realidad, no desean visitar al paciente moribundo y hacen tiempo. Yo pertenecía a esta segunda clase de individuos. Si Madre había fallecido, ¿qué hacía allí? Me detuve en la segunda planta y pensé en retroceder, en regresar a la casa de Marta, allí donde, después de cuarenta años, por fin había hallado la felicidad. Pero no, hoy sólo era un viejo cincuentón, un firme candidato a morir de un infarto de miocardio o de un caprichoso colapso orgánico. Me hallaba en un hospital, ¿disminuían las posibilidades de que un desecho humano como yo muriera? La falta de humanidad y de atenciones del personal sanitario eran legendarias. En el periódico había leído en demasiadas ocasiones cómo habían fallecido decenas de pacientes a las puertas de una clínica o en sus pasillos. Los médicos, venerados en otro tiempo como modelos de virtud, sólo eran carniceros ansiosos por acumular dinero y prestigio científico. O quizá sólo deseaban tirarse a las enfermeras y vivir al día. Esa era su elección.

Y la mía. Porque tenía a mi favor la invisibilidad del cuerpo médico y sanitario. En el pasillo de la segunda planta sólo había tropezado con pacientes abandonados por sus parientes más próximos, paseaban con sus goteros rodantes o sus muletas, esperanzados en que yo constituyera una de sus visitas, en que yo les dirigiera la palabra, aunque sólo fuera para preguntarles la hora. Pero yo estaba ocupado, debía determinar mi futuro profesional, si quería ser médico o enfermero. Había manipulado todas las puertas de servicio de la planta y, por fin, una había cedido. Era un pequeño almacén donde se acumulaban los utensilios de limpieza. Y una bata verde de mujer gruesa. Salí de la pieza con un contrato de enfermero, armado con una

mirada de indiferencia. Debía ignorar a los pacientes que solicitaran auxilio y evitar las palabras amables. Esta vez empleé los ascensores reservados al personal.

La puerta corrediza metálica se plegó y una mujer cubierta con un chándal —no se debería dejar entrar a nadie ataviado con esa clase de indumentaria— se abalanzó sobre mí y me sujetó fuertemente la mano.

—¡Por favor, tiene que ayudarme! ¡A mi marido le pasa algo!

La suya era una propuesta vaga, en absoluto, concreta. Fuera como fuera, yo no podía hacer nada, ni por ella ni por su marido. Al menos el disfraz engañaba a los desesperados. Le respondí mecánicamente, como si me hallara en la última hora de un turno de veinticuatro horas:

—Lo siento, no soy de esta planta, avise a la enfermera de su planta.

Segundos después, entré en la habitación 506 con la licencia de un empleado acostumbrado a inyectar, vendar o amortajar. Conocía el ritmo apresurado de los empleados de hospital, pero yo sólo era un fraude poco sospechoso. Mi hermana, con un brazo en cabestrillo y el rostro magullado, se hallaba de pie hablando con el paciente encamado.

—¿Dónde está mamá? —preguntó mi padre.

—A mamá se la han llevado abajo...

—Ayer estaba aquí conmigo.

—Hazte a la idea de que se la han llevado.

Las mujeres siempre tan pragmáticas. Debió ser un final melodramático. El matrimonio, unido por el dolor de sus heridas, había firmado, por fin, el acta de divorcio. El buen profesional no gasta saliva con los pacientes. Apenas saludé con la mirada a mi hermana, que tenía los ojos hundidos de tanto llorar. Eché un vistazo al historial que figuraba al pie de la cama. Accidente de tráfico. Los tres se habían visto implicados en un accidente de tráfico. Siempre le dije a mi hermana que se comprara un coche más grande, que no cayera en la trampa del utilitario coreano y barato que te conduce directamente al depósito de cadáveres o al hospital. Los profesionales adinerados habían comprendido hacía demasiado tiempo que había que adquirir el vehículo más grande, costoso y seguro que ofreciera el mercado, a pesar del ruinoso negocio económico que suponía.

Miré a los ojos de mi hermana y me respondió sorprendida arqueando las cejas. Le desconcertaba que una bata verde se recreara tanto en el historial del paciente:

—¿Es usted médico?

—No, sólo estoy haciendo unas comprobaciones de rutina. Por cierto, ¿no hay nadie en esa otra cama?

—Estaba mi madre, pero ayer se la llevaron abajo.

Retrocedió unos pasos y se sentó en la silla, paralizada por el dolor. Me aproximé y le puse una mano en el hombro:

—No se preocupe y váyase a descansar, esta noche tengo guardia y yo cuidaré de su padre.

Era un ofrecimiento generoso, impropio del uniforme que me cubría.

—No, por favor, no tiene por qué molestarse.

—¡Es mi trabajo!

Era una frase hecha, que en otro contexto y con otros actores, me habría producido náuseas. Creo que durante un tiempo yo también había querido ser médico y enfrentarme al reto de la enfermedad. Y ayudar a mitigar el dolor de los pacientes. También lo habría hecho por recibir felicitaciones, vasallazgos y agradecimiento humano, de ésos que decepcionan, defraudan y conviene no poner a prueba. Pero yo había nacido y muerto como un perdedor. Y la carrera de medicina habría supuesto invertir demasiados años de mi vida en un conocimiento efímero y perecedero. Ahora podía afirmar que había actuado correctamente. En el Libro de los Muertos había sido escrita con anterioridad la fecha de mi fallecimiento, y médico u oficinista habría muerto de igual manera. Todavía no había visto una lápida que hiciera referencia a la profesión ejercida en vida. Probablemente había visto pocas.

Mi hermana Rosa comenzó a llorar desconsoladamente. Era el momento indicado para irse.

—Volveré más tarde.

Miré a mi padre y sentí un escalofrío de aprensión. Un par de máquinas estúpidas le acompañaban en su último viaje. En la nariz le habían insertado un tubo bífido y su mano izquierda se hallaba encadenada a un gotero que burbujeaba. Me alejé de allí convencido de que la ciencia médica era un fraude, aturdido por la imagen de la cama vacía donde había reposado mi madre.

Me encerré en un retrete y me apoyé en una de las paredes del estrecho cubículo. Me acompañaba una laguna de orina ajena, pero no importaba. Me atemorizó el poder del demonio con el que había comerciado en los últimos días. Había traficado con la muerte y era, sin duda, la más peligrosa de las mercancías. Resultaba aterrador el poder que ejercía sobre mí y, en especial, su capacidad de respuesta ante una agresión. O ante el presunto incumplimiento del contrato. Había involucrado en un accidente de tráfico a toda mi familia. Y, para demostrar que no era una maldita coincidencia, había hecho desaparecer al único ser que realmente me importaba y me quería, con mi nube de defectos y de desprecios. El tiempo de las advertencias había expirado. Y no era, en absoluto, un juego, yo sólo era el títere que oscilaba de un lado a otro, cambiando de cuerpo y ejecutando víctimas. Me hallaba a su entera disposición y no podía hacer nada. Sólo podía dirigir mis pasos allá donde estaba previsto. Y cuando hubo oscurecido y la presencia de falsos visitantes disminuyó, volví a introducirme en la habitación 506.

Y me reencontré de nuevo con mi hermana, más serena y mejorada, resultado

probablemente de haber ingerido un par de comidas y de haber acudido regularmente al baño.

—Ya le he dicho esta mañana que no tiene por qué quedarse —insistí desde mi disfraz sanitario.

—¡Pero es mi padre!

—No se preocupe, estará en buenas manos. Yo voy a estar con él toda la noche, váyase a casa a descansar y vuelva por la mañana.

Vaciló unos segundos antes de responder a mi oferta:

—Se lo agradezco.

Me estrechó la mano afablemente. Mi hermana siempre había confiado en los desconocidos, quizá por eso el consulado le había rescatado años antes de la casa de su novio marroquí en Fez. Desde entonces no había vuelto a catar hombre. Y yo nunca me había preocupado en hablar con ella. Esta era la mínima penitencia que podía asumir.

Nos estábamos despidiendo cuando entró en la habitación una hembra de cabellera pelirroja y vestido negro. Se dirigió directamente a mi hermana y le besó en las mejillas.

—¿Cómo está tu padre?

—Sigue igual. Mañana le visitará el médico a primera hora y nos dirá algo.

—Perdona que haya venido tan tarde, pero con el niño y todo lo demás...

Debía haber acudido a otro santero o, en el peor de los casos, andar ocupada con otro amante. Raquel era de esa clase de personas que nunca tienen tiempo para visitar a los enfermos o para devolver favores. Su narcisismo era un pecado de su tiempo, quizá de todos los tiempos.

—Me voy a casa a descansar —le comunicó mi hermana cerrando los ojos y arrugando la cara. Estaba obligada a manifestar socialmente su cansancio y a justificar el abandono temporal de su padre.

—¿No se queda nadie esta noche? —voceó Raquel sorprendida—. Yo no puedo, pero...

—Este señor se ha ofrecido muy amablemente.

—¡Estupendo! —exclamó aliviada Raquel mientras me estrechaba la mano. Conocía su encanto y lo empleaba para resultar agradable—. Ahora he de irme, Rosa, me espera el niño abajo y ha de cenar todavía.

No había traído consigo a mi hijo. Como el progenitor del príncipe Siddharta, Raquel protegía a su vástago y le impedía contemplar de cerca la vejez, la enfermedad y la muerte. Y en esa habitación se reunían esas tres inseparables compañeras del hombre.

Insistí en mi oferta de ocuparme del enfermo y mi hermana abandonó la habitación, porque pensó que yo era un profesional capacitado y con más de un

paciente moribundo a mis espaldas. Apenas habíamos hablado de las lesiones del paciente y de las posibilidades porcentuales de supervivencia, porque mi hermana, profesora de instituto en un colegio religioso, sabía distinguir entre el médico y el resto de los subordinados sujetos a su dictamen.

Regresé al cuarto de baño, esta vez para evacuar mi propia orina. Pero no tenía prisa en salir. Debía evitar encontrarme con el personal del hospital. Yo era un impostor y un intruso, un tipo desequilibrado y peligroso que se ofrecía a cuidar enfermos moribundos de modo altruista. Casi un ángel. O un demonio. Mi conducta como enfermero —y como persona— era altamente sospechosa, acreedora de una investigación policial o de una denuncia de los sindicatos. Sabía, no obstante, que gozaba de una cierta protección, la apatía general de los empleados sanitarios, la cual por la noche se multiplicaba por una cifra infinita. Los médicos de guardia dormían en sus despachos y sólo si un político o un periodista ingresaban en el servicio de urgencias había orden de despertarlos. Realmente ignoraba este punto, pero prefería imaginármelo así. En cuanto a mi madre, he de decir que la había llorado poco, porque mi amargo despertar en el interior de un féretro me había transformado en un ser frío, carente de empatía. Quizá por esa transformación de mi alma, había podido asesinar tan impunemente.

Resumí la situación. Raquel se había alejado con mi pequeño camino de casa, mi hermana había confiado ciegamente en otro desconocido y a mi padre le quedaban pocas horas de vida. Y, en cualquier caso, flotaba en el aire de esa habitación un interrogante, *¿cuál podía ser el futuro de papá si mamá había emprendido el último viaje?* De las palabras que había oído pronunciar a mi hermana deducía que la próxima conversación con el médico sería decisiva. Estos acostumbraban a formular preguntas capciosas: *¿están dispuestos a tener a su padre en casa?* Si la respuesta de los familiares era negativa, la sentencia se ejecutaba en unas horas, preferentemente de madrugada. Se aumentaba la dosis de morfina y el viejo estorbo, que ya había cumplido su función reproductora y fiscal, desaparecía, moría, era suprimido.

Los televisores alquilados fueron enmudeciendo uno a uno. Sólo las enfermeras parloteaban de números de habitaciones y de dosis de fármacos en su mostrador. La habitación de mi padre quedaba lejos de su alcance visual y empujé la puerta confiado.

Dormía narcotizado, lo cual equivale a profundamente alejado de problemas laborales, económicos o sentimentales. Constituía una bendición que los científicos hubieran descubierto sustancias que permitieran aligerar la carga de los problemas. La religión no era precisamente un ansiolítico eficaz y, por eso, la sociedad occidental la había arrinconado y sólo acudía a ella cuando alguien muy joven moría repentinamente, o en caso de catástrofe aérea o atentado terrorista. Yo también estaba fatigado, Y recordé con una sonrisa al perro con el que había llegado al hospital. Me

senté en la silla a los pies del enfermo, con la amenaza de desmoronamiento del televisor mudo y ciego sobre mi cráneo. Eché de menos a ese inquieto bastardo, que me había paseado por toda la ciudad. ¿O había sido al revés? En cualquier caso, me habría reconfortado tenerlo a mi lado en ese momento. Habría puesto la mano sobre su cabeza y la recompensa del calor animal me habría ayudado a conciliar el sueño. A pesar de su ausencia, me acomodé sobre el respaldo como pude y cerré los ojos. Y pensé en mi padre, que había sido uno de esos seres que nacen para pasar inadvertidos, que dedican toda su vida a un trabajo esclavo, casado con una mujer que ya no amaba y apenas querido por unos hijos que habían comprendido que el amor sí; concibió para disfrute de otros. Pronto sería olvidado. Como yo mismo.

—¡Hijo, despierta!

Abrí los ojos dos horas después y encontré a mi padre incorporado, encadenado a un racimo de cables que le prometían vida. Mi primera reacción fue poner las manos en los reposabrazos y levantarme, pero su mano derecha me indicó que no lo hiciera, que no debía moverme, que él acudía a mí. Se detuvo a un par de metros. Semejaba un Cristo coronado de espinas que cargaba con su cruz.

—Papá...

—¿Eres tú, hijo?

—Sí, soy yo.

—Tienes mal aspecto.

Lo había olvidado. Desde esa lejana mañana vestía un disfraz de cincuentón en declive, de ser dominado por una menopáusica analfabeta.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha muerto —le respondí inclinando la mirada.

—¡Te lo avisé!

—¿Qué quieres decir, papá?

—Te dije que el incumplimiento del contrato implicaba esta clase de pérdidas materiales —contestó carcajeando.

—¿Eres tú otra vez? —pregunté con tono fatigado.

—Por supuesto que soy yo. Tu padre está demasiado drogado para responderte.

Incomprensiblemente, relajé mi musculatura y me acomodé en el asiento. La presencia del diablo se había hecho tan cotidiana que una parte de mí la esperaba ansiosa al final de la jornada.

—¿Qué buscas aquí?

—Te busco a ti. Ya sabes lo que has de hacer.

—Eso se ha acabado, puedes matarme a mí y acabar con todo.

—No sería un ejemplo de deportividad, te quedan muchos minutos de vida, en ese cuerpo o en otros. Escogiste el tortuoso camino de la inmortalidad y ésta se cotiza a precios elevados.

—Renuncio a ella, ¡maldita sea!

—No es tan fácil entrar, tampoco lo es salir.

Me incorporé y comencé a pasear inquieto por la habitación. Tomé el camino de la salida.

—¿Adonde crees que vas?

—No quiero escucharte.

—No seas estúpido y mata a alguno de los infelices que viven sus últimas horas en este infierno. Te lo estoy poniendo fácil.

—Ya conoces la respuesta.

—Puedes matarme a mí, es decir, a tu padre. Sabes perfectamente que no le queda mucho tiempo. Además, siempre lo odiaste, ¿no?

—¡Eso no es cierto!

—Tienes razón, tú y yo no debemos discutir, no estás en condiciones de perder el tiempo. Te lo advertí la pasada noche, no quisiste matar y perdiste tu felicidad. Nadie me desafía y permanece impune. ¿O crees realmente que la muerte de tu madre ha sido una mera coincidencia, un accidente?

—No, claro que no —me senté en la cama que había ocupado Mache, con la esperanza de sentirla más cerca—. Sigo sin comprender por qué yo, ¿no hay otros hombres a los que torturar? ¿Dictadores, asesinos, banqueros, médicos?

—Esos son aliados.

—¿Y qué soy yo? ¿Qué era? ¿Un idiota sometido al engaño de su mujer? ¿Un marido envenenado? ¿Por esa estúpida razón estoy aquí?

—Eres como los demás, sólo un instrumento.

—¿Qué pretendes, llamar la atención de tu padre, el gran Dios?

—¡Yo soy Dios, estúpido! Yo no busco nada, ni pretendo nada, sólo soy acción, pura acción. Rechazas mi regalo de inmortalidad, de acuerdo, esta noche morirá tu padre y mañana lo hará tu hermana, al día siguiente tu hijo...

—¡No, maldito, no!

El cuerpo de mi padre regresó a la cama con dificultad. Le hablé, pero no respondió. El diablo lo estaba abandonando y me desesperé. Le puse las manos en las mejillas y le sacudí para que reaccionara. Atraído por un par de luces intermitentes miré la pantalla del osciloscopio, la fluctuación cardíaca había cesado y se dibujaba una línea horizontal perfecta. Tenía que irme, pero permanecí paralizado, congelado ante el cadáver de un padre cuya figura siempre me había resultado lejana, distante y pétrea. La frialdad de la despedida no era muy diferente a lo que habíamos compartido en vida. La puerta se abrió y un par de enfermeras recelaron de mi uniforme. Se dirigieron directamente al paciente y manipularon el aparato que había quebrado su paz. Una de ellas me miró a los ojos.

—¿Quién coño eres tú?

Era una buena pregunta para la que carecía de respuesta, de una respuesta convencional. Opté por el silencio. Salí de allí escoltado por sus miradas, pero creía conocer la idiosincrasia del empleado público. Pactarían ignorar a ese tipo gordo y feo de apariencia inofensiva. Y nada singular figuraría en el informe del paciente. Fuera como fuera, el viejo ya estaba muerto, e incrementaba la tasa de mortalidad de esa habitación y de esa planta. Lloré amargamente por los pasillos. Me sentía abatido, derrotado. Estaba solo, en manos de un ser siniestro con el que había firmado, ignorante, una alianza de dolor.

Capítulo 12

La alternativa que me proponía el diablo era, en realidad, un mandato único. O yo escogía a la víctima o lo hacía él. Y, en ese caso, moría irremediabilmente una persona de mi entorno. Habían muerto mi padre y mi madre. Y había aprendido la lección. Ese no podía ser, en ningún caso, mi camino de liberación. Era preferible seleccionar a la víctima del asesinato entre el colectivo de los poderosos. Durante años, bajo la apariencia de un diligente y gris oficinista, había ocultado mi rencor a la democracia. Apoyándome en las criminales intenciones del diablo podía hacer el bien, tal como yo lo entendía desde el punto de vista de la justicia social. Y del mismo modo que había caído un juez aislado de la realidad ciudadana, podría hacerlo un político corrupto, un empresario explotador, un narcotraficante, un delincuente reincidente... Mis asesinatos perseguirían la constitución de una sociedad mejor, más justa. Y el precio a pagar era extraordinariamente bajo.

Dejé de mirar el techo hipnotizado y recorrí el resto de la habitación. Me hallaba en un hospital y eso significaba que yo estaba enfermo. Lo sabía, desde hacía unos cuantos días y unas cuantas noches sufría una posesión diabólica, me sentía endemoniado, lleno alternativamente de odio y de amor.

Me incorporé parcialmente y observé a mi alrededor. La segunda cama de la habitación se hallaba vacía, igual que las sillas o la superficie de la mesilla. Mi compañero acostumbraba a escoger cuerpos carentes de afecto, seres solitarios cuya aniquilación constituía más una recompensa que un castigo.

La puerta se abrió y una enfermera de cabello castaño rizado hizo los honores al médico a quien acompañaba.

—No se levante, el doctor Zarzosa viene a visitarlo.

Me sometí al imperativo inicial. Que el doctor Zarzosa fuera a visitarme o no era un asunto mucho más discutible. No pensaba dejarme perforar por una aguja en nombre de la ciencia o de su criterio personal. Podía aceptar que los enfermeros y los auxiliares de clínica juraran vasallaje a la clase médica del país, pero yo no había llegado hasta allí para postrarme a sus pies y venerar su sabiduría.

El tipo, un mamarracho de piel bronceada y labios sonrosados, debía mantener negocios sexuales con una buena parte de las enfermeras de la planta. Pero esa circunstancia no variaba, en absoluto, mi juicio sobre él. ¿O sí? Porque esa arrogancia divina del ser sano sobre el enfermo semejaba más un pecado que una virtud. Y, sí, incluía a esa clase de individuos entre mis elegidos para morir. Y no, tampoco podía olvidar a los directores de banco o a los funcionarios, fieles servidores de un sistema que asfixiaba y oprimía a los más débiles.

Transcurridos cuarenta segundos, el médico ordenó a su ayudante que se marchara a tomar un café. Nos quedamos solos el matarife y yo. Sólo que él se

hallaba de pie, erguido como un autómeta, y yo reposaba en horizontal, vulnerable a sus jeringuillas y a un diagnóstico indeseable.

—Después de los análisis realizados, hemos concluido que usted padece cáncer, cáncer de páncreas. Supongo que ya sabrá lo que eso significa...

Podía adivinar que la muerte me acogía en su seno como un padre todopoderoso. Si Dios era algo, era la muerte. Y lo imaginé barbudo y macizo, como una corpulenta figura de Miguel Ángel, agarrándome por el cuello, amenazándome con partirlo en dos. Me hallaba, al fin y al cabo, en un hospital. Siempre los había evocado como moles de hormigón sobrevoladas por bandadas de buitres que giraban a su alrededor, describiendo amplios círculos, vigilando las presas moribundas.

—La próxima en morir será tu hermana.

Debí haberlo sospechado, pero me negaba a identificar a todo ser humano que se presentara delante de mis narices con mi compañero Lobo. Realmente no era tan fácil distinguir entre el diablo y un matasanos. El amor casi religioso que había inspirado la figura del médico a decenas de generaciones lo había convertido en un dios y su religión era la ciencia. Tan inhumano y frío era un médico como el mismísimo diablo. Esta vez su diabólica majestad y amigo había escogido para mí un anfitrión enfermo. En realidad, todos los cuerpos en que me transmutaba eran seres sentenciados a morir de una u otra forma. ¡Qué importaba más o menos el dolor!

—Sigo sin saber por qué me escogiste a mí, por qué me has convertido en el eje de esta matanza sin sentido.

—Te haces siempre las mismas preguntas, deberías abrir tu mente un poco. Puedo concederte la perseguida inmortalidad y tú sólo aludes a cuestiones morales, te preocupas de seres deformes, ingenuos o vacíos. Mi ofrecimiento sigue en pie, pero no es eterno.

—La inmortalidad que tú me ofreces tiene un precio demasiado elevado. Despertarse cada día en el cuerpo de alguien que va a morir y entregar la vida de un inocente a cambio no es el modo de vida por el que suspira un hombre.

—Te aseguro que caminan sobre la tierra millones de individuos que se pondrían en tu lugar gustosamente.

—Estoy de acuerdo contigo. Ve y búscalos y déjame en paz.

—No es tan fácil.

Aborrecía el bronceado del médico. Encerrado en su disfraz de hijo del hombre, mi adversario invisible resultaba de lo más reconocible. Había escogido precisamente a un oncólogo arrogante, un profesional de la muerte fácil dedicado a anunciar enfermedades terminales y a prometer tormentos dolorosos y prolongados. No había una especie peor que un dios de la técnica quirúrgica dominado por la terrenalidad, por la buena mesa, los deportes de invierno y las prostitutas.

—Quiero abandonar todo esto.

—Debiste pensarlo bien antes. ¿Qué es lo que querías realmente? ¿Despedirte de tu mujer y de tu hijo? ¿Vivir un minuto más? ¿Llevarte sus lágrimas en el cuenco de tus manos y regresar con ellas a la sepultura?

—No sé muy bien lo que quería, he pasado toda mi vida confuso y desconcertado. Y nada parece haber cambiado. Supongo que quería vivir un poco más.

—Ya conoces la clásica petición —comenzó a pasear por la habitación de un lado a otro—, vender el alma al diablo a cambio de la juventud eterna. Si te consuela saberlo, en este mundo de Dios o del Diablo la inocencia no existe. Si yo ofreciera a un millón de hombres lo que te ofrezco a ti, un millón de hombres tendría en mi mano...

Levantó el puño derecho para acentuar su mensaje, pero nada de lo que pudiera venir de ese uniforme sanitario podía conmoverme.

—¿Matarás o tendré que escoger por ti de nuevo?

No le respondí. Caminó hacia la puerta y se despidió con sorna:

—¡Que pase usted un buen día!

Un agudo pinchazo en el costado me arrugó el rostro y me obligó a cerrar los ojos. Si el mundo se hallaba al alcance de esta clase de monstruos, ¿tenía sentido salvar a mi familia o era preferible sacrificarla?

Minutos después, me escapé del hotel del dolor con las ropas que hallé en el armario. Y el azar me había convertido esta vez en abogado o en agente de seguros, no lo sabía con certeza. Cuarenta años y un porte físico corriente. Me aproximaba peligrosamente a mi primitivo disfraz, a la máscara que había llevado en vida y que me había impedido identificar a mis enemigos. Debía relajarme. Tenía todo el día para escoger a una nueva víctima.

Y decidí emplear el resto de la jornada matinal en lo que realmente me apeteciera. Creo que por ese motivo ordené al taxista detenerse frente a la casa de Marta Rodríguez. Me apeé en aquel barrio de casas unifamiliares que seguía obediente el modelo de poblamiento horizontal de Los Angeles. Pero ni la intensa luz solar ni el indiscreto piar de los ruiseñores podían colorear lo que veía. El vehículo funerario, a cuyos lados habían crecido floridas coronas, se hallaba aparcado frente a la casa. La puerta trasera se hallaba abierta. Y hasta allí era transportado el pesado féretro por dos empleados y dos familiares. Marta no tardó en salir uniformada de negro y con gafas oscuras. Sólo el blanco celulosa del pañuelo que llevaba anudado al cuello quebraba la convencional monocromía. Los psicólogos recomendaban afrontar el dolor con serenidad, no derrumbarse y asistir a toda esa cadena de secuencias que inevitablemente hay que presenciar ante la despedida de un ser querido. Sólo que ese ser querido era, en realidad, yo. O, al menos, la combinación del recuerdo del jovencito del instituto del que se había enamorado y de quien había ejercido de marido en los últimos días de su vida. No podía presentarme ante ella, contarle mi

atormentada historia y enamorarla con el fatal diagnóstico de mi cáncer. Esto no era Hollywood. La puerta del vehículo funerario se cerró y el tubo de escape petardeó y expulsó unas bocanadas de humo negro. Marta fue guiada por sus familiares al interior de un segundo vehículo. La comitiva se puso en marcha.

Yo regresé al taxi y ordené que les siguiera. El conductor me miró desconfiado, pero se guardó el comentario. Yo sabía que los humanos no respetábamos la vida, pero sí la muerte. Miré hacia atrás, en dirección a la casa que había sido un día mi hogar. Y en el cielo observé una bandada de pájaros que volaba alto y describía amplios círculos concéntricos en torno a la vivienda. Los cuervos y los buitres habían velado el cadáver y ahora disolvían su respetuosa formación, quizá en idéntica dirección a la nuestra. Sólo cabía preguntarse por el verdadero motivo de su danza aérea. ¿Era por el marido de Marta o era por mí?

Había fallecido un ser anónimo. Y apenas una decena de personas caminaban detrás del féretro, que era transportado en algo semejante a una camilla de hospital.

Marta había ocupado un lugar central. Y sus brazos se hallaban presos de otras extremidades ajenas y cubiertos de tela negra. Nadie hablaba, todos callaban y dejaban hablar a la naturaleza, que insultaba con una luminosidad solar mediterránea y con el canto armonioso de los pájaros. Había otros, un poco más arriba, que proseguían su coreografía aérea. Yo era un enfermo de cáncer, yo era el próximo.

Seguí a la comitiva a distancia, olvidando en ocasiones que Marta no me podía reconocer, que yo no era nadie. Como su marido, que apenas había reunido a los familiares más directos de la pareja. Y en algunos círculos sociales, tan importante resultaba estar acompañado en vida como en el día del entierro. Esa exigencia de origen rural había sido sepultada sabiamente por el pragmatismo urbano. Yo lo podía confirmar con mi ejemplo. El difunto nunca averiguaría si los seres que más había apreciado en vida le rendían el último homenaje y le despedían. Era éste un detalle que carecía de importancia y que sólo conducía a aumentar el número y la calidad de las decepciones humanas. Ni siquiera yo sabía quién había acudido o no a despedirme. Conocer ese dato sólo habría provocado el aumento de mi lista de víctimas.

La familia se situó frente al oscuro orificio, era el nicho quizá una suerte de útero materno, una sonrisa amarga e irónica que anunciaba el «*¡Así comenzaste y así acabas!*». Un sacerdote disfrazado de blanco ceremonial dirigió una oración y algunos de los presentes le acompañaron moviendo los labios. Los operarios municipales se afanaban en su tarea de introducir el féretro y tapiar la celda. Probablemente se abstraían pensando en sus inquietudes económicas o sexuales, en la carrera universitaria que debían pagar a sus hijos o en el partido europeo que jugaba esa tarde su equipo de fútbol. Marta sollozaba desconsolada. Pero no estaba sola, yo había sido testigo de la capacidad del diablo para engendrar el bien y el mal. Había

hecho realidad el sueño apagado de mi juventud, pero también había condenado a mis padres a morir prematuramente. En realidad, a todos los que me rodeaban.

Tal como habían llegado, Marta y su séquito caminaron hacia la salida. El sacerdote se distrajo unos minutos hablando con los dos operarios. Probablemente no deseaba interferir en el dolor de la familia. Debía resultar incómodo tratar con tantos usuarios disgustados con Dios. Y las palabras, en la edad de la informática, ya no convencían a nadie.

Me aproximé hasta él. Era un hombre grueso y de cabello negro, más alto que mi personaje y cuyos ojos se escondían detrás de unas gafas metálicas, ahumadas por la intensa luz solar.

—Padre: he de hablar con usted.

—Dime, hijo, tengo todo el tiempo del mundo. La familia del difunto no ha querido que se celebrara la misa. Extraño, ¿verdad? ¿Conocías al difunto?

—No —había decidido evitar las derivaciones accesorias. Como los otros seis mil quinientos millones de cadáveres, anteponía mi yo a todo lo demás—. No, padre, vengo de visitar a un pariente, pero ése no es el asunto. Es algo más delicado. Padre, creo que estoy poseído por el diablo.

Los ojos del sacerdote me miraron con la homicida fijación de la mantis antes de devorar al macho que la copula. Presentía una andanada de pretextos, una sincera confesión de que no me hallaba delante de un especialista, que acudiera a otro párroco con más tiempo y afición a esa clase de asuntos.

—Eso que dices es muy grave. ¿Has visto a Satán alguna vez?

—A diario.

Alcé la vista buscando a Marta y a su séquito, pero se habían extraviado por el laberinto de calles y sólo paseábamos entre los nichos el sacerdote y yo, sin ninguna clase de urgencia.

—Un caso de posesión diabólica es algo muy serio. Transforma al individuo en un instrumento sometido a los deseos del maligno. ¿Has hecho algo por lo que debas arrepentirte?

—Sí, padre, he asesinado a ocho personas y por mi causa han muerto otras dos, mis propios padres.

—¿Lo has denunciado a la policía? Si lo que afirmas es cierto, quizá deberías entregarte.

Lo absolutamente normal era que nadie me creyera, que me tomaran por un loco o por un fanfarrón.

—Créame, cada mañana despierto en el cuerpo de un nuevo individuo y estoy obligado a entregarle una víctima al final del día. Si no lo hago, el diablo, o quien sea mi visitante, escoge a una víctima por mí.

—Deja que escoja él...

—Ésa no es una solución. Está acabando con toda mi familia. Ha matado a mis padres y ahora amenaza a mi hermana y a mi hijo.

—¿Cómo sabes que lo hizo él?

—Lo sé, padre. Y entiendo que no me crea.

—Sí lo hago, Satán es el principio del mal, es el enemigo natural de Dios y de los hombres. Conoces la historia. El diablo es un ser creado y, por tanto, inferior a Dios, que fue destinado en principio a ser un ángel de luz. Por un pecado de soberbia se rebeló contra su creador y Dios le apartó de su lado, a él y a todos sus ángeles partidarios. Su labor, poner a prueba al hombre. Contigo lo está haciendo en este momento.

Moví la cabeza de un lado a otro contrariado por la explicación.

—Usted no lo entiende, padre.

—Claro que lo entiendo. Sólo te diré una cosa, éste es el lugar del que no deberías haber salido nunca.

Guiado por la elevación de su brazo alcé la vista y leí la lápida. *Martín Martínez, muerto el 4 de noviembre de 2009 a los 42 años*. Sí, recordaba haber saltado desde allí una noche que se perdía en mi memoria. Sin embargo, todo se hallaba en perfecto orden, nada permitía adivinar mi prolongada trayectoria asesina, mi historia de perdición, la huida de un destino escrito en el Libro de los Muertos. Me giré contrariado hacia el cura que, sí, esta vez sonreía, casi carcajeaba, feliz por haber conseguido engañarme una vez más. Sólo que yo estaba cansado de jugar.

—¡Como siempre tú! Ya te lo he dicho antes. Quiero acabar con esto.

—Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo; su tiempo el nacer, y su tiempo el morir. Su tiempo el matar...

—¡Basta ya! —le interrumpí colérico—. Todo tiene un precio y pienso pagarlo, ¿dime como puedo acabar con esta espiral de asesinatos?

—¿Tienes prisa por clavarte en la cruz?

—Sé que puedes hacerlo...

—Acompáñame.

Le seguí escéptico a través de las calles del cementerio. Llegamos a la puerta de la capilla y cedió ante la presión de sus manos. ¿Dónde estaba el maldito Dios de los cristianos? ¡El diablo se había disfrazado de sacerdote y paseaba libremente por la casa del Señor! Ante esta clase de evidencias yo sólo podía asombrarme de su poder y confiar en el único ser de los dos que se hacía visible.

Entramos en la sacristía y el sacerdote se despojó respetuosamente del hábito y de la estola. Nadie habría apreciado la diferencia entre la frialdad del diablo y la del converso.

—¡Esto es una iglesia, maldita sea! —exclamé molesto.

—El mal toma diferentes formas, formas infinitas. Se esconde en todas partes.

Miré fijamente el crucifijo que presidía la sala. Busqué en los ojos de Cristo y los hallé inexpresivos, fríos, inertes. Eso era exactamente lo que había pensado toda mi vida de la religión. Sólo necesitaba la comprensión de un dios que no exigiera el asesinato como prueba de mi fe.

El sacerdote introdujo la llave en la cerradura y abrió el primer cajón del archivador metálico. Extrajo una mochila de tela militar y la puso encima de la mesa en torno a la cual se organizaba la estancia.

—Te concedo lo que me pides si mañana dejas este bulto en el último vagón del tren del aeropuerto que sale a las diez y cinco desde la estación central.

—¿Qué es?

—Eso no te importa. Es tu pasaporte. Serás libre si lo haces.

Se giró para cerrar con llave el archivador.

—¿De qué se trata? ¡He de saberlo! Es una bomba, ¿verdad?

Lobo permaneció abstraído más segundos de lo necesario en finalizar la operación. Me daba la espalda y pensé en matarlo de nuevo. Pero reaccionaba mal ante la agresión. Por fin se giró y me miró extrañado.

—¿Qué hace usted aquí? Explíquese, por favor.

Había alquilado su cuerpo y lo había abandonado ante la inconveniencia de responder a mis preguntas. Me había dejado con la mochila y un sacerdote cristiano cargado de interrogantes.

—¿Qué es eso? ¿Ha hablado usted de una bomba?

Le miré fijamente a los ojos. Siempre me había preguntado si los sacerdotes conocían la existencia de Dios, si le habían visto, si creían en las palabras que regalaban a los oídos de sus parroquianos. ¿O todo era una gran mentira? Como el capitalismo liberal, que anuncia la igualdad de una sociedad profundamente desigual. Poco importaba si el cura conocía o no la existencia de Dios. Yo conocía la existencia del Diablo y había probado en mi propia carne su inmenso poder. Realmente estábamos solos. Sólo había un ser único, no una dualidad. El mal y el bien eran la misma cosa. Gracias a él había conocido el amor que la vida me había negado. Y asesinar a seres sin alma no era semánticamente sinónimo de *asesinar*, tal como lo enseñaban en las escuelas o en los informativos de televisión. ¿Debía deshacerme del sacerdote que me interrogaba? Si las respuestas no le satisfacían no tardarían en llegar las amenazas. *La policía, la Ley, la justicia del Señor*. Sí, debería acabar con la vida de ese parásito social adicto a la falsedad. ¿O el reciente acuerdo que había suscrito excluía un nuevo asesinato a cambio de un golpe más decisivo? Preferí tomar esa segunda interpretación más favorable y escapar de la sacristía y abandonar el templo de un dios ausente. Presentía la liberación definitiva.

Capítulo 13

Doblé el cuello de la chaqueta como si fuera un gabán. Las temperaturas habían bajado, casi tanto como los dos fragmentos de hielo en que se habían convertido mis manos. Los altavoces de la estación escupían mensajes ininteligibles. Concentré mi atención en la pantalla de salidas. El caparazón metálico que sustituía al cielo azul me inquietó. Tenía la forma de un gran sarcófago. Y, sí, por supuesto, yo sospechaba que la mochila contenía un artefacto explosivo. En toda la noche no lo había comprobado, y ahora, por primera vez, rodeado de gentes que caminaban hacia un lado u otro, sentía deseos de averiguarlo. Pero no, lo había meditado largamente, nada debía condicionar mi libertad, ni siquiera la posibilidad, en absoluto, imaginaria, de que pudieran morir decenas de personas.

Caminé hacia la vía dos. Y lo hacía como un viajero más. Por el andén circulaba un reducido número de usuarios. Miré la hora, eran casi las diez de la mañana y la mayoría de los empleados ya descansaba sobre sus sillas de oficina o permanecía de pie detrás de los mostradores de los comercios. El tren de las diez y cinco no tenía nada de especial. Subí en el último vagón y caminé entre los muertos. Algunos miraban al suelo, la mayoría asomaban las cabezas por las ventanas o leían el periódico gratuito del día. Los observé de cerca a todos e intenté adivinar sus biografías a mi paso. Constituían un grupo de hombres y mujeres elementales. Había cuatro empleadas de la limpieza, dos militares de uniforme y varias parejas de ancianos que iban a hacer, sin saberlo, el último viaje de su vida. Habían vivido lo suficiente. Dejé la mochila en el estante del equipaje y me senté. La observé desde abajo con curiosidad. Realmente no sabía qué hacía allí. ¿Debía permanecer y ser inmolado por la deflagración? No, por supuesto que no. Pedí un cigarrillo a un joven universitario y me bajé, me dolían todos los huesos. Los agudos pinchazos internos no habían cesado desde mi voluntario abandono del hospital. Había dormido bien, en un hotel de tres estrellas del que me había ido sin abonar la cuenta. Me habría divertido ser perseguido por el recepcionista. Era joven y estúpido. Y algo más. El tipo no había experimentado todavía el miedo a morir. No miraba a los ojos de los clientes, excepto cuando éstos abonaban el importe de la estancia. Entonces les obsequiaba con una sonrisa. Y yo no lo había hecho. Debería haber dejado la mochila en recepción. Y que la explosión se llevara por delante a ese imbécil arrogante. En realidad, conviven muchos pequeños demonios entre nosotros. Y nunca hacemos nada. Dejamos que el funcionario de correos nos trate despectivamente, que el mecánico de coches infle la factura a las mujeres clientes, que el empleado bancario siempre nos ofrezca el producto menos favorable, que el político siempre nos mienta, que el poderoso nos haga pasar por el ojo de la aguja.

Seguí fumando, caminando de un lado a otro del andén.

Expulsaba el humo exageradamente, haciendo notar a mis compañeros de vagón que yo no había huido, que estaba con ellos. Debían entenderme. Observé sus rostros cansados a través de los sucios ventanales. Su vida era tan vacía como lo había sido la mía. No se perdían, por tanto, nada, ni los ancianos ni los más jóvenes. El mundo era gris, una experiencia diversa de decepciones y traiciones, de sufrimiento y de placer compulsivo. Me negaba a prolongar el debate que me había impedido conciliar el sueño. ¿Qué era más importante, mi derecho individual o el derecho colectivo de unos seres anónimos, organismos terrenales adictos a la cerveza o a las carnes rojas, seguidores de estúpidos programas de televisión o de hijos y nietos que con el tiempo les despreciarían? Quería ahorrarles ese dolor y que, al menos, uno de nosotros fuera libre.

Pero esa épica de la libertad individual no podía ser puesta en discusión. Sólo un filósofo liberado de sus ataduras materiales me habría dado la razón. Que ese vagón estallara en mil pedazos con sus ocupantes constituía el mal menor, como la frase Churchilliana que consagraba a la democracia como el único sistema político posible.

Se acercaba la hora y me alejé del vagón trampa lentamente, armado con el cigarrillo, paseando de manera distraída por el andén. Se cruzaron conmigo un par de personas, pero no me giré para comprobar si elegían el vagón de la muerte. Si había llegado hasta allí era porque confiaba en el diablo. En realidad, no estaba seguro. Pero había sido testigo de su autoridad, de sus infinitas transmutaciones y de las mías propias, y debía conceder credibilidad a sus palabras. Mis padres habían muerto en sus manos. Y el amante de mi mujer y siete seres anónimos que tuvieron el infortunio de cruzarse en mi camino, que, en realidad, era el suyo.

Miré de nuevo el reloj de la estación. Y el altavoz recordó a los pasajeros la inminente salida del convoy. Seguí caminando unos metros junto a la vía y entonces me detuve. Contemplé el último vagón. Sus vidas constituían el precio de mi liberación, como ese actor de cine, que afirmaba orgulloso haber comprado su libertad trabajando delante de las cámaras y cine, a partir de ese momento, pensaba hacer lo que le complaciera. Ambas adquisiciones eran igualmente aberrantes, insultantes para el colectivo, abiertamente despectivas. Como el profesional que deja de luchar por las mejoras laborales del resto de los trabajadores, porque él ya ha conseguido una posición aceptable.

Pensaba esperar allí, petrificado como una estatua de sal, observando la partida del tren que esa misma tarde ocuparía las noticias del informativo. De repente me convertí en un islote que sorteaban decenas de niños uniformados con chaquetas azules y un escudo dorado a la altura del corazón. Corrían hacia el tren empujándose los unos a los otros, jugando. Debían tener nueve o diez años. Kilos con pantalones, ellas con laidas de cuadros escoceses. Me flanquearon dos maestras presas de los nervios que voceaban mensajes imperativos:

—¡Todos al segundo vagón! ¡Al segundo vagón!

El torrente de infantes no cesaba. Me hice a un lado y creí ver pasar a mi hijo. Era imposible, pero esa eventualidad me conmocionó y perseguí al grupo, algo falto de aliento, con el corazón batiendo como una campana. No podía ser, mi vida por su vida no era un intercambio justo.

Pero allí lo vi, lo vi encaramado a los elevados escalones del segundo vagón. Y lo seguí con la mirada. El tren anunció su salida con un agudo pitido. Los escolares habían subido a tiempo. Solo que se resistían a obedecer a sus profesoras tutoras. Y comenzaron a corretear por el interior de los vagones.

Vi a mi hijo con el rostro sonriente, excitado por el juego. Pasaron del segundo vagón al tercero. Y comprendí demasiado tarde que el diablo me hundía un cuchillo en el corazón, que respiraba amenazas contra lo que yo más quería. El tren se había puesto en marcha y corrí hacia el último vagón, dispuesto a encaramarme y a retirar la mochila. Tropecé con un empleado de la estación que intentó retenerme, el tren se alejaba y yo contemplé desde el suelo como los niños cambiaban de un vagón a otro. Me levanté y corrí por el andén con todas mis fuerzas. Alguno de los pequeñuelos uniformados ya había alcanzado la cristalera del último vagón y agitaba sus manos despidiéndose del extravagante señor que corría detrás del tren. Dejé atrás la cubierta metálica de la estación y el cielo azul me recibió sin nubes, limpio como un lienzo renacentista. Seguí corriendo por el andén, falto de aire, moviendo los brazos como molinos, tratando de llamar la atención del maquinista o de los pasajeros. Los niños, y mi hijo entre ellos, me despidieron con sus manos y sus sonrisas. Yo era el adulto loco —tan imprescindible en el universo infantil—, también el asesino.

La deflagración me derribó. Fue una llamarada de fuego a la que siguió un humo negro y espeso. El convoy se detuvo. Y de inmediato, los lamentos apagados de los adultos vivos, de esos seres sin alma a los que yo había despreciado. Me quedé en el suelo contemplando la barbarie que había provocado. Escuché pisadas a mis espaldas. Un par de empleados apresurados me ayudaron a levantarme, creyendo que yo era uno de los damnificados. Saltaron del andén y corrieron a auxiliar a los pasajeros. Observé la brecha abierta en la trasera del vagón. Nadie había podido sobrevivir en ese infierno. También descendí del andén, abatido por la lógica brutal de las bombas. Atravesé el entramado de vías paralelo al tren siniestrado. Mi camino era otro, el que había trazado el diablo en pago a mis servicios.

Capítulo 14

Caminé sobre el manto de guijarros que cubría la azotea del edificio. Avancé un primer pie sobre la cornisa. Y un segundo. El viento soplaba con fuerza allí arriba. Perdí el equilibrio, pero lo recuperé de inmediato. Bajé la vista y contemplé el vagón siniestrado. En realidad, habían sido afectados por la deflagración los dos últimos. El diablo no se puede permitir errores. Mi hijo debía morir necesariamente en aquella matanza firmada por mi debilidad.

Los equipos de bomberos, policía y servicios sanitarios acudían en oleadas a la escena de la masacre. Cuarenta niños asesinados, *su futuro malogrado* por un solo individuo atrapado en la mayor de las oscuridades. *No había otra salida*, volví a repetirme. Creo que por eso estaba allí arriba, en lo alto del edificio de oficinas de la compañía ferroviaria. A mi derecha, el gran caparazón metálico de la estación, que semejaba una torpe tortuga esperando el preciso momento de mover sus extremidades hundidas en los pilares. Su interior vomitaba más y más uniformados con chalecos reflectantes. A mi izquierda, los trenes eran detenidos. Y los viajeros se apeaban directamente sobre el balastro ferroviario y cruzaban las vías por el camino señalado por los empleados y policías. Las ambulancias comenzaron a invadir las vías. Y fuera del recinto de la estación, a las espaldas del edificio coronado por mi vacilante silueta, se apilaban los vehículos de policía. Podría haber esperado que me abatiera un francotirador, pero nadie sabía realmente qué había ocurrido. Y yo era, por el momento, sólo un tipo sospechoso cuyas únicas intenciones se encaminaban a un inofensivo suicidio o a contemplar el espectáculo desde una perspectiva privilegiada.

Formaron una cadena humana. Y los cuerpos de los pasajeros, mutilados o abrasados por el luego, fueron ocupando un espacio entre las vías. Y éstas se comportaban como una gran hoja cuadriculada que permitía alinear los cadáveres ordenadamente.

El rumor de los guijarros pisoteados me alertó. Me giré cuidadosamente, porque me hallaba a cincuenta metros de altura y siempre había sufrido de temor a las alturas. A pesar de todo lo ocurrido temía morir, y no podía soportar que fuera un accidente el que me arrebatara la vida. En realidad, esperaba a alguien.

—Por favor, apártese de la cornisa y hablemos.

—Sí, por favor, sólo hemos venido a hablar.

La primera voz correspondía a una mujer de apenas cuarenta años, morena, cabello largo, falda por debajo de la rodilla y blusa blanca. Tenía aspecto de relaciones públicas de la empresa de ferrocarriles.

—Yo me llamo Miguel y soy psicólogo.

Era el negociador de la policía y se había desprendido de la chaqueta oscura del uniforme. La había dejado sobre la grava y se aproximaba a mi posición, encorvado

como un orangután.

—¡Quietos, no os mováis un centímetro o me tiro!

El policía elevó la mano derecha e indicó a su compañera que debían permanecer a esa distancia, a unos cinco metros de la presunta víctima. Incluyó la cabeza pensativo, tratando de aclarar la estrategia. Perdía cabello desde los años de instituto y su acentuada delgadez confundía su cráneo con una calavera arqueológica. Si él era el padre, ella era la figura materna y yo el hijo descarriado que había echado a perder su vida por las drogas o por compartir una ideología extremista y sanguinaria.

—Mi nombre es Lucía, ¿y el tuyo?

—Podéis llamarme Martín, aunque será por poco tiempo.

—¿Quieres que avisemos a algún familiar?

Sí, podían llamar a mi ex mujer y ser los primeros en comunicarle la grata noticia de la muerte de mi hijo. En una semana había perdido a todos sus seres queridos. Lo tomaría como un castigo divino y se volvería loca. Objetivo conseguido. En realidad, había sido el diablo el juez que le había condenado a sufrir durante toda su existencia. Y semejaba ser una eficaz forma de justicia.

—No, váyanse y déjenme en paz.

—No podemos, ¡es nuestro trabajo! —replicó ella convencida. Me irritaban los hombres y mujeres que hacían uso del comodín laboral para entrometerse en la vida del resto de los ciudadanos.

El negociador paseó despreocupadamente con las manos en los bolsillos. No parecía haber acudido a ayudar a nadie.

—Aclaremos algo, ninguno de nosotros queremos perder el tiempo, ¿verdad? Si estamos de acuerdo en este punto y tu propósito es lanzarte al vacío, te concedo mi permiso para que te suicides.

Jugaba el papel del profesional agresivo que persigue el derrumbamiento de su víctima.

—No necesito tu permiso.

—Te sorprendería saber que sí...

—¿Eres quién yo creo que eres?

Lucía asistía atónita al diálogo. Parecía no entender nada. Y yo estaba seguro de que mi visitante no dejaría vivo a ningún testigo que pudiera identificarle. Por tanto, estaba muerta.

—¡Estás loco, Miguel! Hemos subido para convencerle de lo contrario. ¿Qué te pasa? —le reprochó disgustada la voluntariosa hembra.

—Me pasa cine estoy cansado de tus métodos de Virgen María. Y recuerda que yo soy tu superior.

—¡Alto, no os acerquéis más! —exclamé en voz alta. Siempre había concebido el suicidio como un acto individual en el que el interesado debía atraer la atención de

los medios. Las cámaras de televisión se hallaban cerca, pero a ras del suelo, en la laguna de vías y traviesas, filmando minutos y minutos de cadáveres ennegrecidos, extremidades amputadas y declaraciones del personal de primeros auxilios. Lo que sucedía allí arriba, en ese cuadrilátero, no le interesaba a nadie, al menos mientras aquellos cadáveres permanecieran calientes y su número continuara incrementándose.

—¡No le escuches, por Dios! —gritó ella, presa del nerviosismo. Los tres representábamos los vértices de un triángulo equilátero, de cuatro o cinco metros de lado—. Debes vivir y sobreponerte a esta tragedia, todos debemos hacerlo...

—La he provocado yo —le informé cabizbajo.

—Aunque eso sea así, no puedes responder a tus frustraciones con el suicidio. Piensa en el bien que puedes hacer a las familias de esos niños, les puedes dar una explicación, una respuesta, aunque sea absurdo concebir una motivación para esta barbarie.

Era una curiosa propuesta. Imaginativa, sin duda. Debía conservar la vida para proporcionar una respuesta a todas esas familias. La violencia gratuita no complace a nadie, es evidente. Sí, podría tomarlo en consideración. Pero si seguía viviendo y despertando en cuerpos de moribundos, debería seguir asesinando, entregando puntualmente a Moloch una víctima en sacrificio.

—¡Tú me pediste la liberación, Martín! —gritó el policía—. ¡Ahí la tienes! Has pagado el precio, el único infortunio es que tu verdadero nombre no irá unido a la tragedia. Al menos figurará el de tu hijo.

¡Eres un maldito!

Lo sé. Desde hace unos cuantos miles de años...

Avancé unos pasos hacia el príncipe de este mundo con la intención de agredirle, pero me detuve y retrocedí de nuevo.

—No le escuches, Martín —intervino Lucía—. Los demonios maquinan contra el hombre, porque no pueden soportar que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de Dios. No aceptan que su descendencia esté destinada a ocupar el lugar que ellos abandonaron en el cielo.

Fruncí el ceño desconcertado. Parecía que, por fin, Dios hablaba a través de aquella joven. No estaba solo, por tanto. Convenía aclararle, no obstante, algunos puntos oscuros:

—Tú no lo puedes entender, Lucía. Si no me quito de en medio, perderán la vida otros muchos inocentes.

—Recuerda —insistió ella con voz dulce—, Satanás desea destruir el Orden y la Vida, provocando la confusión y la muerte. Su propósito es atropellar la Verdad, la Justicia y la Misericordia. Debemos hacer frente a sus premisas de dolor y destrucción. Recuerda las palabras de Jesús: *«Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los*

que entran por ella».

—¡Calla, guarra, y deja que acabe con su vida de una vez! —protestó el policía con voz ronca—. ¡Sólo es un miserable y un cobarde! Si hubiera querido lanzarse, lo habría hecho hace rato. Sólo pretende llamar la atención, como un niño pequeño a quien nadie le ríe las gracias. Pero no te preocupes, Martín, si te lanzas una legión de ángeles te recogerá y ascenderás con el Santo Padre a su reino.

—¡No le creas! —replicó Lucía azorada—. Si te suicidas, Dios no te acogerá en su seno El suicidio no está contemplado por Dios.

—Creo que no lo entiendes —le dije calmadamente—. Yo ya estoy muerto. Me he preguntado todo este tiempo por qué, por qué yo. Y la respuesta, la única respuesta es la respuesta de los demonios. He estado dormido todo este tiempo. Y ha llegado mi hora.

Di la espalda a mis interlocutores y extendí los brazos como el crucificado, sólo había que inclinar la cabeza y dejarse vencer.

—El suicidio es tu elección —canturreó musicalmente el negociador—, la libertad es el bien máspreciado del hombre, pero antes observa esto...

Me giré tímidamente, esperando contemplar el verdadero rostro del diablo. Sin embargo, observé a los dos ángeles aproximarse entre sí hasta fundirse en un solo cuerpo. Lucía desapareció y yo bajé la cabeza decepcionado. Había un maldito bastardo en lo alto de ese edificio que no se cansaba de jugar.

—Te felicito —dije irónicamente mientras contemplaba la síntesis del bien y del mal—. ¿Debo aplaudirte por la representación, por este inusitado despliegue de medios? El número dos. Ése eres tú. Dios es el número uno y tú eres el eterno secundario, el que muestras los dos caminos. Y uno de ellos siempre conduce a la perdición.

Se encendió un cigarrillo y me miró con desprecio.

—¿Dónde has aprendido ese cuento? Tu dios no existe, sólo existo yo. No has comprendido nada. El hombre está solo en la tierra, en realidad, en compañía de lobos, sus propios hermanos. Y Jesucristo, ¿quién fue ése? Tan solo un profeta, un visionario que se creía a sí mismo el elegido, un niño milagrero que encontró un grupo de seguidores con más cerebro y ambición de lo que era habitual. Sólo eso. Lo cierto es que el hombre lo ha hecho bien a lo largo de estos dos mil años, ha hecho justamente lo contrario de lo que predicó ese pobre idiota y sigue llamándose a sí mismo cristiano.

—Si no existe Dios, tú quién eres.

—Yo soy la perfecta combinación del mal y del bien. Soy como el hombre, situado en una postura intermedia entre el alfa y el omega, entre lo acertado y lo erróneo, entre lo correcto y lo incorrecto. ¿Quieres un cigarrillo o temes morir de cáncer de pulmón?

Carcajeó y se aproximó a la cornisa. Me hablaba cara a cara, echándome el aliento, compartiendo su saliva conmigo, casi empujándome al vacío con su inagotable discurso.

—Qué destino más cruel, ¿verdad? ¡Matar a tu propio hijo!

—¡Eres un miserable!

—Sí y no, pero hoy vas a descubrir la falsedad en la que vivías.

—No me importan tus malditas revelaciones. He saldado mi deuda y no pienso continuar ni un solo día más a tu lado.

—Estoy seguro de que aún guardas muchas preguntas.

Lobo subió a la cornisa y miró hacia abajo, después contempló el convoy siniestrado sin perturbarse, sin dejar de fumar, haciendo ostentación de su satisfacción.

—Tú ganas, ¿ha muerto mi hijo? —le pregunté sin mirarle a los ojos.

—¿Tú qué crees? Has depositado diez kilos de explosivo plástico en el tren...

—Está bien.

Cerré los ojos de nuevo y pensé en zambullirme, en lanzarme, en acabar con todo de una vez. Estaba cansado del diálogo entre un ser omnisciente y un súbdito bastardo e insignificante.

—¿Te ayudo a morir? ¿Quieres que te empuje?

—No, no quiero nada de ti.

—Estoy aquí para colaborar en la realización de tus verdaderos deseos. Y, sí, vuelves a preguntarte dónde se esconde el buen Dios, por qué miles de millones de seres han empleado una buena parte de sus vidas en creer en su existencia, por qué le han levantado catedrales, mezquitas y santuarios. Es una buena pregunta, yo también me la hago a mí mismo todas las mañanas.

—Si tú no eres obra de Dios, ¿qué eres?

—En ocasiones conviene evitar esos interrogantes existenciales. Evangelio de Juan, capítulo cinco, versículo diecinueve, «*Sabemos que pertenecemos a Dios, pero el mundo entero está en poder del Maligno*». Los fundadores del cristianismo prefirieron verlo así. El mal triunfa en el mundo y triunfará siempre, porque el único dios que existe es el Dios del Mal —me cogió la cabeza con su mano derecha y dirigió mi mirada a los cadáveres ordenados entre las vías. Sólo eran desechos orgánicos reducidos a cenizas negras. Sus siluetas carbonizadas apenas anunciaban que eran hijos del hombre—. ¿Dónde se esconde tu dios? ¿De qué tiene miedo? ¿Lo ves ahí abajo? ¿Quién es, ese sanitario gordinflón que por un día en su vida se está ganando el sueldo? Pero no te preocupes por él y piensa un poco en ti mismo, en tu reputación. El asesinato que lleva tu firma te sobrevivirá...

—¡Eres un maldito bastardo!

Alzó la mano derecha con ánimo de que no le interrumpiera. Paseaba por ese mar

de guijarros de un lado a otro, gesticulando exageradamente, impartiendo su última lección magistral al pupilo en el que había depositado una parte de sus esperanzas.

—... Yo te ofrecí el bien máspreciado por los hombres, la inmortalidad. Y te la vuelvo a ofrecer ahora. Permanece en la tierra para siempre, despierta cada día en un nuevo cuerpo y vive una y cien mil vidas. ¿No es acaso el más dorado de los sueños? ¿O prefieres verlo de otra manera? Mientras permanezcas en la tierra, serás la encarnación de la primitiva rebelión del hombre contra Dios. Piénsalo, yo te ofrezco la vida eterna. Y él, la nada, la oscuridad, el no ser.

Lo miré con odio. No estaba dispuesto a ser el mayor asesino de la historia, sólo por el privilegio de respirar, de caminar entre jardines de azahar, de devorar un filete de ternera, de carcajear ante un ser inferior, de vivir. Y, sí, por supuesto que estaba de acuerdo en que el noventa y nueve por ciento de la población era hija de un dios maléfico, entrenados en practicar el odio y la envidia al prójimo cuando no en violar los, robarlos y asesinarlos. Tal vez yo deseaba ser diferente.

—Querido Martín, piensa que es un precio muy bajo, si analizas cómo está el mercado —el monólogo proseguía y yo le escuchaba bajo un sol que comenzaba a quemar mi rostro—. Puedes dejar de ser un hombre-insecto y convertirte en un dios. Puedes serlo, sólo tienes que pagar un moderado tributo cada día. Y tú sabes perfectamente que hay que morir muchas veces en vida. ¿O qué significa cuando te arrodillas ante el jefe en el trabajo, ante el profesor, el policía o el juez, o cuando las amistades humillan, o lo hace la propia esposa o unos padres autoritarios? Eso es morir muchas veces. Yo te ofrezco la impunidad más absoluta, hacer de tu vida lo que realmente desees. Y vivir muchas vidas, una cada día.

—Conoces mi respuesta. Y, sí, soy un cobarde. De lo contrario habría acabado con esto hace rato.

—Insisto, Martín.

—¿Por qué yo?

—No todos los que mueren despiertan y me encuentran.

—Yo no te busqué.

Expulsó una bocanada de humo y pareció tomarse un respiro. Estaba destinado a proseguir su grandilocuente sermón, la oferta de trabajo del mayor empresario del mundo.

—*Que no fue Dios que hizo la muerte...* Coincidirás conmigo en el carácter malvado y perverso de tu dios invisible. Os proporciona la vida y, al mismo tiempo, os la quita. Y cada minuto que respiráis sobre la tierra, gozáis de la absoluta certeza de que vais a desaparecer. Es perverso, intrincado, retorcido como el más puro cristianismo.

—La muerte es un suceso biológico inevitable.

—No recites como un escolar todas las falacias que os han enseñado. Tenéis una

docena de respuestas mecánicas injertadas en vuestro cerebro y las repetís como autómatas. El capitalismo dice *Todo es posible, querer es poder*; y os lo creéis a pies juntillas, como estúpidos. Otros dicen, *es ley de vida, fue un accidente, tenía que pasarle a alguien*. Y aceptáis con resignación bovina vuestro destino, como el perro que acepta una paliza de su amo, sólo porque éste le mantiene con vida y le regala las sobras de su comida.

—¿Qué quieres, hacer la revolución?

—Sí, por supuesto. ¿Y tú? ¿Cómo aceptas que tu nombre se borre de la memoria de los hombres para siempre, que tu descendencia desaparezca?

Durante todo este tiempo había olvidado que en el gran negocio de la vida no me hallaba solo. Había engendrado un ser genéticamente semejante, un heredero. Pero todo había acabado de modo funesto, como en una pesadilla. Incliné la cabeza y derramé unas lágrimas. Lobo seguía hablando, yo me giré y observé de nuevo las hileras de cuerpos calcinados, agrupados los unos junto a los otros.

—... No nos damos cuenta de lo espantoso que es el olvido. Es hermano de la muerte. Nos hace ir perdiendo a pedazos nuestra vida, nuestros amores, nuestro ser mismo, porque vida y memoria son idénticas. Memoria y alma son una misma. Tu, en cambio, opinas como la mayoría de los estúpidos —se acercó de nuevo y miró hacia abajo, hacia el escenario de la masacre—, que el olvido carece de importancia y que la vida sigue, ¿no? Ven y observa, Martín.

Con su mano apoyada en mi hombro nos dirigimos al lado opuesto del cuadrado de la azotea. Por la calle que circundaba la estación los vehículos transitaban con normalidad. Y centenares de personas seguían con sus vidas, ignorantes de la matanza acaecida y del interminable monólogo del único dios al que algún día podrían conocer.

—La gente ha de continuar con sus vidas, ha de continuar consumiendo. Como buenos hijos de la edad de la técnica, digerirán la noticia en el informativo de la noche y dormirán mejor que nunca. Pensarán *¡Al menos mi familia y yo estamos a salvo! ¡Hemos de valorar mejor nuestras vidas!* Y se abrazarán los unos a los otros como en la falsa navidad. Deberías estar satisfecho, Martín, porque esta clase de tragedias cura la depresión de miles y miles de ciudadanos de todo el mundo de un plumazo. E incluso puede surgir algún iluminado, alguien que sienta la llamada, un nuevo mesías que se considere elegido para constituir una nueva religión. Esta es tu obra, Martín, y debes sentirte orgulloso.

—Sólo soy un asesino —susurré en voz baja.

—*La ley no domina sobre el hombre, sino mientras vive*. Romanos, capítulo siete, versículo uno. Y tú has muerto, ¿verdad?

—¡Basta ya!

—No temas, una sociedad que se considera autosuficiente es capaz de superar

todos los obstáculos. Se ha acostumbrado a las calamidades, a las atrocidades más viles. Pronto ahogará su dolor, quizá con una estúpida manifestación callejera. O, preferiblemente, con el cómodo olvido.

—¡Basta ya! ¡No quiero oírte!

Me alejé de su lado, porque tenía razón. La frivolidad de la ciudadanía, cuando no la más absoluta frialdad, me había enfermado durante toda mi vida. ¿O yo había sido igual y por ello había admirado a los cínicos que no dudan en burlarse del cadáver que tienen delante?

—Te molestan mis palabras, ¿verdad?

—Sólo son palabras pronunciadas para satisfacer el oído, eres un charlatán.

—Un Dios verdaderamente Padre no torturaría eternamente a sus hijos. Has de creer en mí, puesto que yo soy el único que existo. El hombre ha inventado un dios misericordioso y omnipotente, pero nadie lo ha visto, ni siquiera yo.

—Estoy cansado...

—Quizá tengas razón, Martín.

Me ofreció la mano derecha. Y me sentí tentado de responder mecánicamente y estrechar la mano sangrienta de mi adversario. Contemplé la playa de vías a mi izquierda. Las labores de clasificación de cadáveres y la atención a los heridos proseguían a un ritmo fatigoso. Volví a mirarle a los ojos y no hallé en ellos nada especial, tal vez yo estaba completamente loco y era testigo de una compleja alucinación. Pero no podía evitar el sentir cierta simpatía por ese ser. Su presencia tan continua había llegado a ser completamente natural en mi segunda venida. Ahora sólo restaba suicidarse y acabar con todo. No era una cuestión de valor, sólo de equilibrio. Cerré los ojos e inspiré profundamente.

—¡Espera un momento! Quiero que comprendas lo que te he dicho. Yo soy el bien y el mal en uno solo, soy el dios que has negado toda tu vida. Y por eso te anuncio que la única mujer a la que has amado realmente lleva tu simiente.

El corazón se me detuvo. Un agudo pitido recorrió los oídos de un extremo a otro. Evoqué la imagen de Marta. Ni siquiera el buen Dios podía engañarme. Si ella hubiera poseído el cuerpo de una leprosa, yo no me habría dignado en mirarla. Yeso, siendo perfectamente humano, no habría sido justo, tan solo arbitrario. Sólo éramos bestias en celo con la única misión de engendrar seres un poco peores que nosotros mismos.

Se equivocaba si esa segunda anunciación me reconfortaba. Ayudar a traer al mundo a otro esclavo cautivo, a otro ser que no gozaría de la más mínima expresión de libertad. ¿Era ésa la voz de un verdadero padre o sólo la del hombre? Había rechazado una inmortalidad terriblemente condicionada y ahora renegaba de un hijo al que no vería crecer. Cruzó por mi mente una estúpida consigna revolucionaria que había permanecido dormida y oculta durante años:

—¡Ni Dios ni amo!

Le di la espalda a mi interlocutor, incliné la cabeza hacia delante y me impulsé con timidez. Me temblaron los tobillos. Quise recuperar la verticalidad, pero había rebasado el punto de no retorno. El abismo era una confusa imagen fragmentada que avanzaba a toda velocidad. Por fin iba a encontrarme con mi hijo, con mis padres o quizá sólo con la oscuridad.

Capítulo 15

Abrí los ojos en medio de una oscuridad densa y absoluta. Levanté el brazo derecho y tropezó con una superficie acolchada. Deslicé la mano y reconocí una trama interminable de montículos y depresiones. En esa dirección orienté la cabeza, pero continué sin poder ver nada. Creo que fue entonces cuando lo intuí. Dejé de respirar un par de segundos. Ningún sonido llegaba a mis oídos. Mis manos recorrieron lo que semejava una estructura que me aprisionaba. Lo pensé y lo negué un par de veces, pero no había luz ni sonido, sólo una nada de color petróleo. Lancé mis manos a explorar en todas las direcciones y confirmaron mis peores sospechas. Me hallaba aprisionado en el interior de un ataiKi.

Por segunda vez. Experimenté una intensa sensación de paramnesia, de episodio ya vivido. Había despertado en un ataúd en una anterior ocasión. Y podía recordar perfectamente mi segunda venida a la tierra. Esta vez lo haría mejor. En cualquier caso, no podía quedarme encerrado en esa incómoda oscuridad y esperar a la inanición o a la asfixia.

La historia de la humanidad es una materia permanentemente menospreciada. Los eruditos universitarios amenazan siempre con esa grandilocuente y falaz sentencia: *la historia es cíclica, la historia se repite*. Nunca había estado de acuerdo, la heterogeneidad de las voluntades humanas no permite repeticiones cíclicas. Algo bien diferente era la intrahistoria personal, el recorrido vital de cada uno. Recordaba perfectamente mis experiencias y no pensaba renunciar a ellas. Creo que por eso flexioné las rodillas y descargué el primer golpe sobre el féretro que me servía de improvisada morada. El propósito no era nuevo, quebrar el ataúd y escapar de allí. Y a ese fin dediqué los siguientes minutos. Ya me hallaba bañado en un sudor frío cuando la madera cedió.

Con esfuerzo volví a resucitar. Y, como en la anterior ocasión, la oscuridad permanecía envolviéndolo todo. Había superado la primera etapa de un incierto camino.

Y repetí la operación de derribo del muro que cegaba el nicho. Los vivos querían que los muertos no molestaran.

Y mientras mantuve esa privilegiada condición pensé de igual manera.

¿Por qué pensaba que había muerto? Lo cierto es que no hay sueños —tampoco pesadillas— tan elaborados.

Y dos resurrecciones de una misma alma constituían, en cualquier caso, un exceso de fortuna. Había muerto. Y el futuro no importaba.

Asomé la cabeza por la brecha abierta y dejé a un lado el rosario de interrogantes metafísicos que me embargaban. Salté al suelo desde la tercera hilada de nichos, pero no me esforcé en conservar el equilibrio. Rodé como un cilindro unos metros y

amanecí boca arriba, sereno y feliz. Contemplé la luna maravillado. ¿Por qué nunca me había tumbado en el asfalto de una avenida de ocho carriles para observar el satélite terrestre? ¿Qué clase de existencia había llevado? Si los hombres se mueven por estímulos exclusivamente animales, ¿por qué me había esforzado en vida en descubrir el lado amable del ser humano? No, no tenía la urgencia de la primera noche. No deseaba regresar y visitar a mi mujer. Mi hijo había muerto. Y ella, en cierto sentido, también. Podía intentarlo con Marta y comenzar una nueva vida, pero me negaba a abonar el elevado precio de la contraprestación. Esta vez sería sin príncipes de las tinieblas ni contratos de asesino a sueldo. O no sería. Ante mí se perfilaba un nuevo panorama de incertidumbres. Pero allí, en el suelo, acomodado en un lecho de hormigón todavía cálido, no podría resolver mis dudas. ¿Y quién lo deseaba realmente?

Me incorporé. Y no me sorprendí al contemplar el pantalón y la chaqueta de pingüino que me cubrían. Todo era una repetición exacta de lo vivido. Bueno, en cierto modo, estaba modificando ese pasado. No pensaba derramar lágrimas ni corretear excitado y ansioso en busca de mi familia. Simplemente, tomé la dirección que supuse que conduciría a la salida. Y sí, volvió a desfilar ante mis ojos la muerte organizada y clasificada. Millares de nichos de seres olvidados, nacidos para ser olvidados.

En unos minutos me encontré en la explanada monumental que precedía a la salida. A ambos lados se levantaban las sepulturas de los avaros pequeñoburgueses y de los grandes industriales y burócratas del siglo pasado. Y como en esa noche que no había podido olvidar, divisé a lo lejos el fulgor azulado de un televisor. Y, asociado al aparato y a la estancia, podía intuir, sin duda, al vigilante del cementerio, al demonio empeñado en convertirme en inmortal o en asesino. La noticia de mi segunda resurrección le complacería. Pero yo no deseaba volver a hacer girar la rueda del destino y que todo, en lo esencial, tornara a repetirse. Creo que por eso me alejé de su posible influencia, nuevamente a la izquierda, siguiendo la línea de nichos que se adosaban al muro exterior del cementerio. Buscaba la puerta secundaria, la que sólo se abría los domingos. Y, en esta ocasión, ni su altura ni el amenazante filo del enrejado me echarían atrás.

Caminé más de quinientos pasos y no distinguí nada semejante. El abanico de familiaridades que me había acompañado hasta ese momento se había disipado y me había dejado solo. Pensé que, en realidad, no me hallaba en el mismo lugar.

Elevé la vista y contemplé extasiado el ángel de bronce que miraba al cielo esperanzado, con las manos cruzadas y las rodillas flexionadas. Coronaba una inmensa cúpula esférica cubierta de escamas de pizarra. Me interné en el bosque de esculturas y capillas. A un lado, la mujer de alabastro que daba el último saludo. A otro, un templete funerario cuyo doble acceso guardaba la cruz del crucificado. Todo

se hallaba rodeado de una atmósfera gris, en absoluto oscura. Sólo la entrada a las criptas se coloreaba de un negro abismo. Los cipreses centenarios agitaban sus puntas. Percibía el rumor inquieto del viento. Me detuve. Una niña de granito bajaba la cabeza sumisamente y escuchaba las palabras susurradas por dos ángeles, soñadores e idealizados. A dos pasos, el busto de un hombre ilustre y decenas de sepulturas protegidas por una gran cruz en relieve sobre cada una de las lápidas. Y, a lo lejos, los obeliscos, las pirámides y los pináculos góticos compitiendo por alcanzar el cielo. Al fondo se dibujaba una galería porticada que daba cobijo a centenares de nichos anónimos. Y a pocos metros, pedestales que elevaban estatuas aladas decapitadas, extremidades mutiladas de ángeles con los ojos cerrados, calaveras y serpientes.

Mis piernas me llevaron a un panteón donde dos figuras angélicas de mujer me invitaban a entrar, derramando flores de piedra a mi paso. No miraban, cerraban los ojos e inclinaban sus cabelleras recogidas. Penetré en una oscuridad que apenas se clareaba. Bajé los peldaños que conducían a la cripta subterránea. Y allí, descansando en lo alto de un sarcófago macizo, encontré erguido como un guerrero al ángel de la muerte, esculpido en un mármol blanco corrompido por el paso del tiempo. El sepulcro se hallaba parcialmente abierto y anunciaba un desafiante abismo negro. El ángel descansaba sobre la pétrea sepultura del difunto, con los pies y los brazos cruzados, y observaba ambiguo. No ofrecía ningún gesto consolador, aparecía lejano e imperturbable, esperando mi decisión.

Bajé la mirada sumisamente.

Cuando alcé la cabeza había desplegado sus alas y sus brazos. Descendió de un salto a mi nivel y me contempló fijamente con sus ojos vacíos y almendrados. Se aproximó y sentí el gélido aliento de todo su ser. Me esforcé en comprender el origen de su santidad, tan alejada del proclamado amor de un dios creador. Pero yo no debía ser en su camino sino un cadáver entre un millón de cadáveres y me atravesó sin piedad con sus puños de piedra.



Francisco Baeza (Valencia, 1967) es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valencia. Después de una década como disciplinado oficinista en la mejor tradición de Kafka, ejerce en la actualidad como profesor de instituto. Acumula un buen número de galardones en una gran variedad de géneros, desde el guión cinematográfico a los relatos cortos, y ha publicado las novelas *Piel de Perdedor* (I Premio de Narrativa Voces Eléctricas de la editorial La Máscara, Valencia, 1999) y *Pacífico, burgués y bastardo* (Madrid, 2003), a los que suma con la presente obra el IV Premio de Literatura de Terror Villa de Maracena.